Gilbert Cesbron

TEATRO

Son las doce, Doctor Schweitzer

Romper la estatua

Lectulandia

Son las doce, Doctor Schweitzer: Gabón, en vísperas de 1914. El doctor Albert Schweitzer se ocupa del hospital rural que construyó para tratar a la población local, abandonando a su mujer y a su hijo que se quedaron en Alsacia. Tiene como compañía a Marie, su enfermera, y recibe a menudo visitas de sus vecinos: el padre católico de Ferrier responsable de salvar las almas, el comandante Lieuvin responsable de construir las carreteras, así como Leblanc, el administrador civil responsable de hacer respetar el orden. El médico nunca deja de trabajar para tratar a la gente una y otra vez, mientras que pronto la amenaza de guerra le hace temer convertirse en enemigo de Francia, ya que es alsaciano. Por su parte, el comandante Lieuvin está enamorado de Marie y viceversa, pero también la corteja Leblanc.

Son las doce, Doctor Schweitzer es una obra importante donde el humanismo, la sensibilidad y el talento de Gilbert Cesbron infunden a los personajes, destrozados por la guerra, una dimensión a la vez épica y grotesca.

Romper la estatua: Dos intelectuales visitan el convento Carmelo de Lisieux donde vivió Santa Teresa del Niño Jesús. Su guía es un sacerdote, que va mostrando el convento a los dos eruditos. Cuando les muestra la estatua con el rostro oculto del santo, los dos eruditos se burlan de la estatua…

Romper la estatua es una invitación a la oración, a la acción de gracias por lo que Dios hace en las almas que se entregan totalmente a él.

Gilbert Cesbron

Son las doce, Doctor Schweitzer. Romper la estatua

Áncora & Delfín - 270

ePub r1.0
Titivillus 22.08.2024

Título original: *Théâtre. Il est minuit, docteur Schweitzer. Briser la statue*
Gilbert Cesbron, 1952
Traducción: Ana Cela

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta
Son las doce, Doctor Schweitzer. Romper la estatua
Son las doce, doctor Schweitzer
- Personajes
- Acto Primero
  - Escena I
  - Escena II
  - Escena III
  - Escena IV
  - Escena V
  - Escena VI
  - Escena VII
  - Escena VIII
  - Escena IX
  - Escena X
  - Escena XI
- Acto Segundo
  - Escena I
  - Escena II
  - Escena III
  - Escena IV
  - Escena V
  - Escena VI
  - Escena VII
  - Escena VIII
  - Escena IX
  - Escena X
  - Escena XI

Son las doce, doctor Schweitzer
- Personajes
- Prólogo
- Escena Única
- Acto I. El tiempo de las cosas pequeñas
  - Escena I
  - Escena II

Escena III
Escena IV
Escena V
Escena VI
Escena VII
Escena VIII
Escena IX
Escena X
Acto II. El locutorio de las tinieblas
Escena I
Escena II
Escena III
Escena IV
Acto III. Romped el lienzo de este dulce encuentro
Escena I
Escena II
Escena III
Escena III
Escena IV
Escena V
Escena VI
Escena VII
Escena VIII
Notas

Son las doce, doctor Schweitzer

Pieza en dos actos

Para Claudie
esta noche,
estas almas divididas

Personajes

El Doctor Albert Schweitzer, 40 años

El Padre Carlos de Ferrier, 42 años

El Comandante Lieuvin, 40 años

El Administrador Leblanc, 38 años

La Señorita María, 32 años

Esta pieza, estrenada en Colmar por el Centro Dramático del Este bajo la dirección de André Clavé, fue representada por primera vez en París en el Teatro del
Athénée-Louis
Jouvet, el 2 de abril de 1951.

La acción se desarrolla completamente en el despacho del Doctor Schweitzer del hospital de Lambarene (Gabón) en agosto de 1914, por la noche.

Acto Primero

El despacho del Doctor Schweitzer. Una habitación de construcción y decoración rudimentaria, iluminada por tres lámparas colocadas sobre los muebles. Al fondo, una doble puerta de cristales da sobre una galería que a su vez da sobre las tinieblas. A la derecha, una segunda puerta se abre sobre la sala de consulta del Doctor Schweitzer, como se comprenderá enseguida. Entre la puerta de la derecha y la del fondo, está la mesa del doctor, llena de libros y de objetos, y un armario pequeño de medicina.

A la izquierda, una biblioteca que, como puede verse, ha sido hecha con cajones. Entre esta y la puerta del fondo, el piano del Doctor Schweitzer. Sillas, uno o dos cuadros, un calendario de pared; a la izquierda, un mapa de París. En la pared, encima de la mesa, hay un plano de treinta barracas que forman el hospital.

Cuando se levanta el telón, Schweitzer está solo en escena delante del piano, tocando una fuga de Bach. Durante el acto, se oirá el canto de los grillos, gritos de animales, llamadas misteriosas. Sin afectación, los personajes deberán hacer sentir al público el calor, que a pesar de la noche es sofocante.

Escena I

Schweitzer y María

Durante un momento, Schweitzer toca el piano, dando la espalda al público. Está en mangas de camisa y lleva un pantalón de algodón blanco. María, en uniforme de enfermera, entra por la puerta de la derecha, con un fajo de cartas en la mano. Es bella,

con esa belleza patética de las rosas que el sol empieza a cansar. Se acerca al piano, escucha algún tiempo y, por fin, habla.

MARÍA

¡Son las doce, doctor Schweitzer!

SCHWEITZER

se estremece, se vuelve hacia ella, la saluda con la cabeza, toca todavía algunas notas, y dice sin volverse:

En mi casa son las seis, señorita María. El ángelus suena en este mismo momento en el campanario de Gunsbach y mi hija se da la vuelta durmiendo: pasa un ángel…

MARÍA, *con firmeza*

¡Aquí son las doce y hay que acostarse!

SCHWEITZER, *levantándose*

¡Bueno!, pero como se acuesta el sol: ¡vigilando, vigilando en otra parte! *(Vuelve a sentarse y pregunta de repente con una especie de angustia:)* ¡Escuche! ¿Sigue siendo esto? *(Toca un pasaje de Bach. María escucha con atención y hace señas de que sí.)* ¿Seguro?

MARÍA

Sí.

SCHWEITZER

se para y, girando en el taburete, se pone de cara al público. Se mira las manos y dice a media voz:

Manos de leñador…, de carpintero…

MARÍA

¡De cirujano!

SCHWEITZER ***como si no hubiera oído***

¡Ya no son manos de organista!

MARÍA, ***de repente***

¿Y yo? ¿Acaso tengo todavía una cara?

SCHWEITZER, ***estupefacto***

Pues…

MARÍA

a media voz y bajando la cabeza

Una cara de mujer…

SCHWEITZER, ***levantándose bruscamente***

¡Usted se arrepiente!

MARÍA, ***con viveza***

¡No!

SCHWEITZER, ***paseando nerviosamente***

¡Se arrepiente de su decisión, de su venida! ¡Tiene que volver a Europa, señorita María! ¡Sí, sí! Jamás robaré un minuto a nadie…

MARÍA

Doctor, le aseguro…

SCHWEITZER

continuando como para él solo

¡El precio de un solo minuto! ¡No es el mismo para ningún ser! ¡El tiempo de un mendigo que muera mañana es mil veces más valioso que el mío!

MARÍA

Pero él no lo sabe.

SCHWEITZER

¡Yo tampoco! ¡Por eso el tiempo de los demás, de todos los demás, es sagrado! Prométame, señorita María, que si verdaderamente…

MARÍA, ***sonriendo***

El tiempo suyo también es sagrado… ¡y son más de las doce!

SCHWEITZER

duda un momento, después sonríe

Bueno, déjeme todavía dieciséis medidas de Bach: ¡es una manera de parar el tiempo!

(Schweitzer toca otra vez. Al cabo de un momento, se oye un a lo lejos. María, que lo ha percibido antes que el doctor, abre un poco la doble puerta. Se oye mejor el Schweitzer deja de tocar, se levanta, escucha y traduce.)
tam-tam
tam-tam.

SCHWEITZER

Niño… niño enfermo… *(El cesa.)*
tam-tam
Un niño enfermo, pero no he oído el principio del mensaje. Hay que vigilar: va a venirnos gente. *(Mira a María un momento, en silencio, y dice suavemente:)* Usted no es feliz, esta noche… *(Silencio. De repente:)* ¡Trabajemos! *(María vuelve a coger el montón de cartas que había dejado sobre la mesa y lo examina. Schweitzer va hacia una mesa, a la izquierda, y coge una jarra y un vaso.)* ¿Un zumo de naranja?

MARÍA

No, gracias. *(Schweitzer se sienta, deja la jarra y el vaso sobre la mesa de despacho. María ha abierto las carta y enuncia el contenido.)* La Universidad de Estrasburgo quiere saber la fecha de su regreso… *(Schweitzer hace un gran ademán)* y confirma que guarda su cátedra vacante…

SCHWEITZER, *con esfuerzo*

Hay que escribir al rector diciéndole que no es necesario… que nunca volveré, ¡nunca! *(Hablando como consigo mismo.)* ¿Hacer carrera yo? No, todo eso se acabó. ¡Se acabó! ¿Qué más, señorita

María?

MARÍA

Su editor ha recibido nueve peticiones para traducir sus libros sobre san Pablo; y le ruega…

SCHWEITZER, *interrumpiéndola con fuerza*

¡Todo lo que quiera! Tengo confianza en él. ¿Qué más?

MARÍA

Siete proposiciones para dar recitales de órgano en… *(Mira las cartas una a una.)* Edimburgo… Estocolmo… Amsterdam…

SCHWEITZER, *parándola*

¿Para el invierno que viene? Acepte todo: nos hace falta dinero… *(Se levanta y va hacia el plano colgado de la pared.)* Quiero tres barracas más antes del verano de 1915: maternidad, cirugía menor, dementes…

MARÍA, *hojeando el resto de las cartas*

Precisamente hay aquí dones, algunos dones…

SCHWEITZER

¡Ah! ¡Qué sería de nosotros sin los amigos de Europa!

MARÍA, *con irritación*

¡Diga más bien qué sería de los negros sin nosotros!

SCHWEITZER

Si usted quiere… Lo importante es que cada uno encuentre su socorro.

MARÍA, *con dureza*

¡Para mí, están los que pagan con su dinero por un lado y los que pagan con su persona por otro!

SCHWEITZER, *con dulzura*

Para mí, están los que tienen mala conciencia y los que sonríen…

MARÍA

¡Es casi lo mismo!

SCHWEITZER, *con viveza*

¡No! Usted no sonríe… Vamos ¿qué pasa?

MARÍA

se levanta y va a la puerta del fondo

Yo soy como la selva, como toda África hacia la tarde: espero el tornado… Me ahogo…

SCHWEITZER, *yendo cerca de ella*

(Los dos dan la espalda al público.)

El tornado ha pasado: las hojas han revivido, la tierra ha bebido profundamente y los árboles están frescos hasta el mismo corazón…

MARÍA, ***a media voz***

¡Bienaventurados los árboles!

SCHWEITZER

Mañana por la mañana, el sol volverá a torturarlos en silencio, África sedienta sufrirá. Pero, usted, usted habrá vuelto a encontrar la acción y olvidará esta noche odiosa… *(Vuelven al primer plano de la escena. María se sienta. Schweitzer la observa y sirviéndose un vaso de zumo de naranja, dice:)* ¡Demasiado nerviosa para este clima!

MARÍA, ***medio sonriendo, medio agresiva***

Pues:… ¡usted también, doctor! Acaba de echar por fuera un poco de zumo de naranja, ahí…

SCHWEITZER, ***sonriendo***

Lo he hecho a propósito.

MARÍA

¿Por qué? *(Se levanta de repente.)* ¿No oye? *(María se vuelve, confusa, después de un momento.)* Había creído…

SCHWEITZER

Eso es África: se cree siempre… ¡Y lo que no se oye es lo que es verdaderamente peligroso! Vaya a dormir, señorita María.

MARÍA

¡No…, esta noche, no! No podría…

SCHWEITZER, *sonriendo*

¡A los niños que son muy nerviosos para dormirse, se les cuenta cuentos! En fin ¿qué historia podré contarle yo? Mi primera intervención, la misma tarde que llegué. El enfermo echado sobre dos cajones en el gallinero, ahí, transformado en sala de operaciones… La lámpara de aceite que echaba humo… Mi mujer que me ayudaba temblando un poco…

MARÍA

¿Temblando?

SCHWEITZER

Sí, pues además había ocho pares de ojos blancos que nos rodeaban en las tinieblas y seguían todos mis movimientos: ¡ocho guerreros
M'fan
armados y emplumados como gallos de pelea!

MARÍA

¿Y salió bien la operación?

SCHWEITZER, *sonriendo*

¡Si no no estaríamos aquí! ¡Aquella tarde vencí a todos los brujos de la selva grande! Por la noche, los
tam-tam
extendían la noticia; al amanecer, familias enteras llegaban en piragua; desde el desembarcadero, empezaban a gritar mi nuevo nombre:
N'chinda…

MARÍA

¿N’chinda?

SCHWEITZER

¡«El que corta bien»!

MARÍA, *después de un silencio*

¿Y qué nombre me daría usted a mí?

SCHWEITZER, *sonriendo pero grave*

Balua la… (María hace un signo de interrogación.) «La que no ha escogido todavía»…

MARÍA, *con una voz un poco alterada*

¿Conoce usted también remedios para el alma, doctor Schweitzer?

SCHWEITZER, *despacio*

Aquí tiene uno que me ha preservado hasta el día… ¡hasta el día de mis cuarenta años! Nunca me sometí a la necesidad de ser un hombre razonable.

MARÍA

¿Cómo?

SCHWEITZER

Lo había jurado en mi juventud. Entonces oía hablar a las personas mayores de sus ideales y de su entusiasmo como niños que estuvieran muertos. Me entró una especie de terror parecerme a ellos un día, y resolví ir por la vida con un alma… ¡intacta!

MARÍA, ***un poco irónica***

¿Y eso le ha dado la felicidad?

SCHWEITZER, ***después de un momento***

Estamos en plena noche, en plena selva y solos; y sin embargo dudo confiarle una verdad que me ha costado muchos años aceptar: la felicidad no existe.

MARÍA, ***gritando casi***

¡No lo creo!

SCHWEITZER

Es una verdad que se aprende ¡pero que no se enseña!

MARÍA, ***de la misma manera***

¡Pues yo estoy segura de que la felicidad existe!

SCHWEITZER, ***imperiosamente***

Sí, sí. Pero si usted es digna de ella, comprenderá entonces que no tiene derecho a ella, que tiene que asumir una parte de la carga del dolor del mundo… *(Silencio.)* Entonces usted abandona la felicidad y escoge la alegría…

MARÍA, ***estallando***

¿La alegría es dejar a su mujer y a su única hija en Alsacia? ¿Dejar también su parroquia, su cátedra de Universidad y la certidumbre de llegar a ser el primer organista de Europa? ¿Eso es la alegría?

SCHWEITZER, ***después de un silencio***

Le responderé esto: sí, eso es la alegría… *(Obligándose a sonreír.)* ¡Pero le añadiré que el papel de una enfermera no es el de volver a abrir las llagas!

MARÍA, ***bajando la cabeza***

¡Perdone!… ¡Pero no espere ningún miramiento! Los grandes heridos, entre ellos…

SCHWEITZER, ***interrumpiéndola***

¿Herida usted?

MARÍA, ***con una jovialidad agresiva***

¡Sí! Figúrese que acabo de darme cuenta de una evidencia… ¡No hay nada más hiriente que una evidencia! *(Contestando a un gesto interrogativo de Schweitzer.)* SOLO SE VIVE UNA VEZ…

SCHWEITZER, ***a media voz***

Yo lo creía también, hasta que nació mi hija…

MARÍA, ***con violencia, sin oír***

¡Solo se vive una vez! ¡Ya lo sabía, desde luego! El día en que se nos muere la madre, sabemos también que nos quedamos huérfanos; pero solo nos damos cuenta al día siguiente. Solo se vive una vez. Ahora es un hecho: el cáncer del tiempo se ha fijado en mí. Este reloj de pulsera, es mi verdadero pulso que late…

SCHWEITZER, ***con dulzura***

Solo se vive una vez, y usted se pregunta precisamente si no

pierde la vida *aquí*…

MARÍA

Si no la pierdo, simplemente.

SCHWEITZER

Entonces, tranquilícese: los que se hacen esta pregunta ¡no la perderán!

MARÍA

¡No! ¡Los que sean capaces de no perderla! *(Con una voz sorda.)* ¡Ah! nunca me perdonaré…

SCHWEITZER, *interrumpiéndola*

¡Entonces, Dios la perdonará! *(Cambiando de tono.)* Mire, venga a ver por qué tiré antes el zumo de naranja…

MARÍA

después de haberse acercado, con un movimiento de repulsión:

¡Qué horror! Esa fila de hormigas encarnadas…

SCHWEITZER, sonriendo

¡Son mis vacas en el abrevadero! Desde la selva han olido el azúcar y vienen ordenadamente…

MARÍA

¡Es espantoso!

SCHWEITZER

O magnífico, o grotesco: como un ejército, como una procesión. ¡Cuestión de gusto! Pero horrible no, en todo caso: nada de lo que vive es horrible. Solo la muerte, la muerte de los demás… *(Silencio.)* ¡Ya está! Han chupado las tres gotas y las hormigas se vuelven… ¡Prefiero esto a verlas coger en fila el camino del gallinero, para ahogar las gallinas tapándoles las narices y el pico, y devorándolas en unos momentos! Tres noches al año, aproximadamente, nos dan esta alarma.

MARÍA, *a media voz*

Este país es demasiado inhumano…

SCHWEITZER

Es el reino de Damocles: la muerte suspendida en todo instante, en todo lugar… Actúa como un veneno o como un remedio, según los organismos. *(Quedándose inmóvil de repente.)* ¿Oye usted? Alguien se acerca, alguien viene hacia nosotros… *(María hace un gesto nervioso.)* ¡No se espante! Se lo he dicho: ¡aquí, lo que es peligroso, es lo que no se oye!

MARÍA, *a media voz*

¡Yo no he oído nada!

SCHWEITZER, *sonriendo*

Además, hay que querer de antemano lo inesperado, *Balua la*… Un día, una cara aparecerá por una puerta, un libro caerá en sus manos, oirá la palabra de un desconocido… y su vida encontrará un sentido de una sola vez.

MARÍA

¡No! Una vida que valga algo no debe nada a la casualidad.

SCHWEITZER

Una vida que sea grande nace del encuentro con una gran casualidad.

(La puerta del fondo se abre empujada por el Padre Carlos que lleva en sus brazos a un niño negro. El Padre tiene una cara delgada, devorada por una barba algo canosa; una especie de rictus le hace sonreír casi constantemente como a los que ciega el sol. Lleva el hábito que ha hecho célebre el Padre de Foucauld.)

ESCENA II

SCHWEITZER, MARÍA y el PADRE CARLOS

MARÍA

¡Padre Carlos!

EL PADRE CARLOS

¡Sabía que no estarían durmiendo!

SCHWEITZER, *acercándose a él*

¿Es el niño enfermo?

EL PADRE CARLOS

dejando al pequeño sobre una silla

Cuando oí el mensaje: «Demonio… niño… enfermo…», corrí. ¡Ya se preparaban a estrangularlo, Schweitzer! Lo creían loco.

EL PADRE CARLOS

Probablemente.

MARÍA

¿Epiléptico?

SCHWEITZER

que desde hace un momento examina al niño

¡Ni siquiera! Crisis nerviosa provocada por este absceso en el brazo, que voy a operar…

MARÍA

¿Ahora mismo?

SCHWEITZER

¡Naturalmente! Acuéstelo, señorita María. *(Señalando la puerta de la derecha.)* En esa sala. Un calmante y limpieza del brazo. Prevenga a José y a Bonzo para que me asistan. Gracias.

MARÍA

Podría yo misma…

SCHWEITZER

¡Oh, no! Habrá que agarrar al niño sin ninguna ternura: no puedo contar con usted ¡gracias a Dios! *(Sonriendo.)* Ni siquiera esta noche… Pero después lo consolará usted mejor que nadie.

(María coge al negrito en los brazos y sale por la puerta de la derecha. Apenas ha salido, Schweitzer empieza a hablar con vehemencia.)

ESCENA III

SCHWEITZER Y EL PADRE CARLOS

SCHWEITZER

¡Qué fracaso, Padre Carlos! Dos años que estamos instalados aquí, usted y yo, y todavía sacrifican a los niños enfermos… ¡Qué fracaso!

EL PADRE CARLOS, *muy confuso*

¡Dos años, desde luego! ¡Pero cuántos siglos antes que nosotros y cuántos otros delante de nosotros!

SCHWEITZER

¡No, Padre Carlos, no! No me basta que el reino de Dios esté en marcha: ¡quiero que llegue más de prisa, más de prisa! ¿Para qué sirvo yo?

EL PADRE CARLOS, *a media voz*

No es que usted trabaje poco, Schweitzer; soy yo que rezo mal…

SCHWEITZER

yendo del plano del hospital al mapa de África

He levantado treinta barracas, trescientas camas, cien literas, ¡y ya ve usted! ¡Para una región diez veces más grande que Alsacia! Antes, no había nada; un día, habrá hospitales modelos, dispensarios por todas partes. ¡Bien! ¡Pero hoy, Padre Carlos, hoy es lo único que me interesa! *(Silencio.)* Uno de esos terribles protestantes, ¿eh? ¡Es lo que usted piensa de mí!

EL PADRE CARLOS, *después de un silencio*

No. Estaba pensando cómo me juzga usted, Schweitzer. Usted que derriba, construye, cuida noche y día, a mí que paso las horas echado al pie del Santísimo…

SCHWEITZER, *sincero*

Cuando los cuerpos son tan miserables, hace falta mucho ánimo para pensar primero en las almas, que son más miserables todavía. Yo… yo no podría…

EL PADRE CARLOS, *a media voz*

Usted es demasiado generoso.

SCHWEITZER, *sonriendo*

En mi pueblo de Gunsbach, no hay más que una iglesia, Padre Carlos; sirve tanto para los católicos como para los protestantes. ¡Así que la querella de la Fe y de las Obras, sabe usted!… *(Termina*

su pensamiento con un ademán.)

El Padre Carlos

Todos hemos llegado al final de nuestro camino. Al principio nos dábamos la espalda…

Schweitzer

Y nos encontramos cara a cara, en el otro extremo de la tierra, a medio camino de nuestra vida: cara a cara, impotentes y desconsolados. *(Con violencia.)* ¡Ah! ¿es que solamente los tiranos y los millonarios pueden ir hasta el final de sus intentos?

El Padre Carlos, *después de un silencio*

Creía haber encontrado aquí al único hombre a quien la desesperación no alcanzó jamás…

Schweitzer

¡Es porque son las doce, Padre! El examen de las doce… Normalmente, lo hago solo. *(Va hacia el mapa de África.)* Me coloco delante de este mapa de África que guardo aquí por humildad y donde solo figuramos nosotros *(pone un alfiler sobre Lambarene)* por este alfiler pinchado…

El Padre Carlos

¡Esa espina clavada en el gran cuerpo salvaje y que terminará por tener razón!

Schweitzer

Pero ¿cuándo, Padre Carlos? ¿Cuándo? ¿Lo verán nuestros bisnietos?

EL PADRE CARLOS

poniéndole una mano en el hombro

Ellos verán los cuerpos; ¡pero nosotros, Schweitzer, veremos también las almas desde los balcones de la Casa del Padre!

SCHWEITZER

sin alegría, después de un silencio

¡El administrador general señor Leblanc se reiría si nos oyera! Y el comandante Lieuvin también/…

EL PADRE CARLOS

Pero no con la misma risa.

SCHWEITZER, *sorprendido*

¿Conoce usted al comandante?

EL PADRE CARLOS

Todavía no lo he visto aquí, por estábamos juntos en Saint-Cyr.
¿Por qué sonríe usted, Schweitzer?

SCHWEITZER

¡El Padre Carlos en Saint-Cyr!…

EL PADRE CARLOS, *vivamente*

¡Ah! ¡No hable de aquellos tiempos!

SCHWEITZER

¿Era ya entonces el fastuoso, el imperioso, el constructor Lieuvin?

EL PADRE CARLOS

Ya tenía la necesidad de moler una enorme ración de hechos, de decisiones, de materia humana. Decía siempre: «¡Yo soy un animal de acción!» Y se echaba en el minuto presente con todas sus fuerzas: se jugaba todo sobre la misma carta… Lieuvin…

SCHWEITZER

¿Y poseía ya su única debilidad: la necesidad de ser amado, aprobado?

EL PADRE CARLOS, ***sonriendo***

Sí, era una de sus dos maravillosas debilidades.

SCHWEITZER

¿Cuál era la segunda?

EL PADRE CARLOS

El secreto de su éxito: una prodigiosa aptitud para el aburrimiento.

SCHWEITZER

¿El aburrimiento? ¿Lieuvin?

El Padre Carlos

¡Un aburrimiento mortal que lo mataría si dejara de hacer cosas!

Schweitzer, ***después de un silencio***

Hacer… A mí, hasta los treinta años no me cogió el asco de la palabra.

El Padre Carlos

¿La acción es entonces lo contrario de la palabra, para usted?

Schweitzer

Sí, lo único.

El Padre Carlos

No, Schweitzer: lo contrario de la palabra es también el silencio.

Schweitzer

sorprendido, lo observa un largo momento y dice con otro tono:

Está usted adelgazando mucho, Padre Carlos.

El Padre Carlos, ***contrariado***

¡Vamos hombre! Los árboles no adelgazan.

Schweitzer, ***suave, pero imperioso***

Está adelgazando. Siento mucho hablar de esto, pero temo que

se imponga usted ciertas privaciones…

EL PADRE CARLOS, *de la misma manera*

¡Le aseguro que no!

SCHWEITZER, *continuando*

… Y ciertas mortificaciones excesivas. El cuerpo es un bueno compañero, Padre: ¡cuídelo!

EL PADRE CARLOS, *sonriente*

Es un criado goloso, perezoso…

SCHWEITZER, *interrumpiéndolo*.

¡Pero fiel hasta la muerte! Por otra parte, la mortificación más grande sería precisamente sacrificar sus mortificaciones…

EL PADRE CARLOS

¡No me pida eso!

SCHWEITZER

Me parece que sí. Pasemos al lado, voy a examinarlo…

EL PADRE CARLOS

Desde luego, antes que al pequeño ¡no!

SCHWEITZER

yendo hacia la puerta de la derecha

Todo debería estar preparado… *(Volviéndose.)* ¡No se vaya, Padre Carlos! *(Schweitzer sale.)*

(Una vez solo, el Padre Carlos va hasta la puerta grande del fondo y la abre de par en par. Se queda inmóvil, los dos brazos separados, crucificado, blanco sobre ese fondo oscuro de la noche de donde suben unos rumores. María entrará por la derecha y lo observará durante un momento largo antes de decidirse a hablar.)

Escena IV

El Padre Carlos y María

El Padre Carlos

a media voz, para él solo

Las Tinieblas Exteriores…

María, ***con dulzura, después de un silencio***

Cierre esa puerta, Padre.

El Padre Carlos

se vuelve y dice, cerrando las dos hojas de la puerta

¿Los mosquitos?

MARÍA, *con una voz un poco sorda*

¡Los enemigos de fuera, las fuerzas de la noche! ¿No tenemos bastante que hacer ya con nuestra propia noche? ¿Con los enemigos de dentro? *(El Padre Carlos la observa sin responder.)* Padre Carlos, ¿por qué sonríe usted sin cesar?

EL PADRE CARLOS

Es mi única arma: ¡déjemela!

MARÍA, *sin simpatía*

¡Un arma de dos filos!

EL PADRE CARLOS, *tranquilamente*

Sé que puede irritar, pero la irritación puede ser saludable. Cuando el aceite no llega hasta el fondo de una cerradura, se emplea el ácido… *(Silencio.)* Usted me ha preguntado por qué sonreía yo; ¿puedo yo preguntarle por qué no sonríe usted?

MARÍA, *de repente, con angustia*

Padre, ¿usted piensa también que no tenemos derecho a la felicidad?

EL PADRE CARLOS, *despacio*

La felicidad pasa como un soberano en un desfile. Uno lo espera durante mucho tiempo… De repente, nuestro corazón late más de prisa… ¡Ah! ¡demasiado tarde! Ha pasado ya… La felicidad solamente se deja ver de espaldas.

MARÍA

¿Entonces son falsos los cuentos que terminan bien?

El Padre Carlos

Se acaban siempre a las puertas de la felicidad: ¡una página más, y todo se hundiría! O peor aún: se usaría…

María, *violentamente*

¡No! ¡No! ¡La felicidad duraría si ustedes no la alejaran!

El Padre Carlos

¿Nosotros?

María

Sí, las personas como el doctor y usted. ¡Seguros de antemano de no poder retener la felicidad o de no tener derecho a ella! La vergüenza de la felicidad…, un mal contagioso. Y, sin embargo, el tiempo pasa ¡pasa!… Oiga esta pregunta tan tonta: ¿se mira alguna vez en el espejo, Padre?

El Padre Carlos, *después de un instante*

Hace mucho tiempo, me encontré cara a cara con un desconocido. Delante de su mirada inquieta, me dije: «¿Qué puedo hacer por este viejo?» Le tendía la mano: estaba delante de un espejo…

María

cogiendo un espejo sobre la mesa

¡Pues bien! ¡Yo me miro, mañana y tarde, en este espejo, y…!

(Acabando con una voz sorda.) ¡Y quiero ser feliz, enseguida!

EL PADRE CARLOS, *con dulzura*

Pero… ¿no es feliz aquí?

MARÍA, *muy tranquila*

No, Padre: le aseguro que uno puede estar en paz consigo mismo, y con los demás, y con el cielo, y no ser feliz…

EL PADRE CARLOS, *turbado*

Entonces es que no tenemos las mismas definiciones sobre este punto…

MARÍA, *con violencia*

¡Sobre ninguno! ¡Yo vivo sobre la tierra! ¡Y sé a lo que yo llamo amor, a lo que yo llamo amar: elegir a un ser, a un solo ser y darle todo!

EL PADRE CARLOS, *a media voz*

Es el comienzo…

MARÍA, *con violencia todavía*

¿Y si para mí es el final?

EL PADRE CARLOS, *con dureza*

Entonces, ¿qué hace usted aquí?

MARÍA

¿En este infierno?

EL PADRE CARLOS

¿Es este cielo tórrido que usted toma por un infierno? *(María va a responder; el Padre Carlos la detiene imperiosamente.)* ¡No! ¡Voy a decírselo yo: entre usted y usted misma, ha puesto la mitad de la tierra! ¡Usted se venga aquí de alguien, pero sobre usted misma solamente, como hacen las almas nobles! Y ese amor, ese amor exclusivo que echa de menos hoy…

MARÍA, *queriendo interrumpirle*

Padre…

EL PADRE CARLOS, *despiadado*

¿… no ha empezado usted a echarlo de menos en Europa?

MARÍA, *con voz entrecortada*

¿Cómo sabe usted…?

EL PADRE CARLOS

enternecido de repente, continúa con dulzura

No sé nada de su pasado… ¡pero usted no sabe nada de su porvenir! Sin embargo no reserve su corazón, esperando: ¡divídalo aquí entre toda esa gente que tiene tanta necesidad de usted!

MARÍA, *con amargura*

Yo no he venido por ellos…

El Padre Carlos

Usted vino por una idea. Pero el heroísmo consiste en creer todavía en la idea después de haber visto a los seres miserables que la encarnan.

María, ***como consigo misma***

¿He venido yo por una idea?

El Padre Carlos

con dureza después de un silencio

¡Usted no ha venido por algo, sino contra alguien! Pero sépalo bien: nunca nada que sea grande se hace *contra* algo.

María, ***de nuevo violenta***

¿Ah, sí? ¡Toda su religión es *contra* algo! ¡Contra el amor, contra la libertad, contra la mujer, contra la vida!

El Padre Carlos, ***consternado***

¡Qué aberración!… ¡Un niño de seis años piensa también que la vida no es más que una serie de prohibiciones! Cuando habla así… es como si tuviera seis años…

María, ***menos segura***

¿Qué es la perfección, sino la privación de todo?

El Padre Carlos

¿Qué es la perfección a la mirada de la santidad? ¿Y la santidad

sino la sed de todo? ¡Ah! el orgullo está en pretender ser perfecto, sin querer ser un santo…

MARÍA, *a quemarropa*

¿El doctor Schweitzer es un santo?

EL PADRE CARLOS

¡Solo Dios lo sabe, yo no! Pero no me extrañaría nada: este hombre desborda de amor…

MARÍA, *amarga*

¿Verdaderamente? ¿Sabe usted que ha dejado a su mujer y a su hija pequeña en Alsacia?

EL PADRE CARLOS, *a media voz*

No sabía que amaba hasta ese extremo…

MARÍA, *con violencia*

¡Dios me preserve de ser amada de esta manera!

EL PADRE CARLOS, *con más violencia*

¿Dios? ¿Acaso puede usted presentarle algo que valga más, hasta hoy?

MARÍA

con dulzura, después de un silencio

¿Por qué me hiere usted?

EL PADRE CARLOS, *confuso*

Cuando dos ciegos luchan, se infligen heridas terribles.

MARÍA

Por otra parte ¡no! No me ha herido: solamente ha desbridado usted la llaga.

EL PADRE CARLOS

cogiéndola por el brazo, despacio

Escuche: ¿quién sabe si el que usted espera no lo encontrará aquí?… ¿Y quién sabe si él no la está esperando ya?…

MARÍA, *estremeciéndose*

Pero…

EL PADRE CARLOS

Las almas solas y las almas desoladas se dan cita en el fin del mundo…

(En este momento, el doctor Schweitzer entra por la puerta de la derecha. Parece cansado y se enjuga la frente con el pañuelo.)

ESCENA V

EL PADRE CARLOS, MARÍA y SCHWEITZER

EL PADRE CARLOS, *como un grito*

¿Y el niño?

SCHWEITZER

¡Era hora!

MARÍA

¿Duerme?

SCHWEITZER

¡Profundamente! Y con una sonrisa que es mi jornal para este día.

MARÍA, *yendo hacia la derecha*

Voy a velarlo.

SCHWEITZER

Es inútil: Bonzo ha trasladado su estera junto a la cama y no lo dejará solo.

MARÍA, *con dulzura*

¿No fue Bonzo quien perdió, hace tiempo, a un hijo de esa edad?

SCHWEITZER

Sí. *(Silencio.)* A los hombres que se les ha amputado un brazo, con el cambio de tiempo, les suele hacer daño el miembro ausente…

EL PADRE CARLOS, *a media voz*

Mi dolencia hace mi fuerza…

SCHWEITZER

alegremente, cogiéndolo por el hombro

¡Padre, si cree que me halaga con citas de la Biblia, pierde el tiempo! Le he dicho que iba a examinarlo y voy a hacerlo. ¡Venga! *(Schweitzer lo lleva hacia la puerta de la derecha.)*

EL PADRE CARLOS, *reticente*

Escuche…

SCHWEITZER, *de la misma manera*

¡No oigo nada! *(A María.)* ¡Está adelgazando mucho! *(Atravesando la puerta de la derecha?)* ¡Venga!

(Salen los dos.)

ESCENA VI

MARÍA, *sola*, y después el comandante LIEUVIN

Una vez sola, María se acerca lentamente a la mesa, coge el espejo, se mira algún tiempo y estalla en sollozos. De repente se yergue y se seca apresuradamente los ojos: ha oído algo. En efecto, se oye un rumor muy cercano; una claridad bastante viva se agita delante de la puerta del fondo. Esta se abre entonces

impetuosamente y el comandante Lieuvin aparece en el umbral. Es un hombre guapo y lleva la máscara de su carácter. Va envuelto en una especie de capa ligera como la que se ve en todos los retratos del mariscal Lyautey.

LIEUVIN

parándose en la puerta y hablando fuerte hacia fuera

¡Esperadme, muchachos! ¡Apagad las antorchas!…

(*Cierra la puerta y solo se da cuenta entonces de que María está allí. Se le ilumina la cara.)* ¡Ah! no esperaba ya encontrarla despierta… ¿Qué tal?

MARÍA, *con los ojos bajos*

El doctor Schweitzer va bien.

LIEUVIN, *insistiendo y mirándola*

¿Qué tal está *usted*?

MARÍA, *levantando la mirada*

¡Pues… muy bien!

LIEUVIN, *de repente*

Esos ojos colorados… ¡Ha llorado!

MARÍA

Sí.

LIEUVIN

¿Se puede…?

MARÍA, *vivamente*

¡No!

LIEUVIN

mirándola un momento y a media voz

Los corazones un poco orgullosos son como la gente pobre: instintivamente, solo se defienden contra los que les quieren hacer bien…

MARÍA, *casi con sequedad*

¡Es posible!

LIEUVIN, *con sequedad*

¡Es posible, solo que yo no lo admito! Yo no he admitido jamás nada de golpe, excepto lo irreparable…

MARÍA

con dulzura, después de un silencio

¿Quiere ver al doctor, comandante?

LIEUVIN, *casi con timidez*

Venía a verlo a él, pero me alegro de encontrarla a usted…

MARÍA, ***como si no hubiera oído***

Voy a decírselo. *(Se dirige hacia la derecha.)*

LIEUVIN, ***despacio, como consigo mismo***

No me gusta nada que usted quiera evitarme… Sin embargo me decepcionaría si no lo hiciera: es su línea…

MARÍA

que se ha parado, se vuelve hacia él y dice con una voz alterada:

¿Por qué me habla usted así, comandante?

LIEUVIN, ***con mucha dulzura***

Pregúnteme más bien por qué le hablo así solamente hoy… *(Se quedan en silencio, uno delante del otro. De pronto, Lieuvin continúa, pero imperiosamente.)* Entre gente de nuestro temple, estos fingimientos son humillantes. Usted conoce mi pasado, mi carácter; sabe lo que yo ofrezco, adivina lo que exijo. *(María hace un ademán.)* ¡No! ¡No me conteste esta noche! Deje que mis palabras encuentren un sitio en usted, sin que usted lo sepa, como la semilla en la tierra. Si mañana no me habla de ello, yo no le volveré a hablar jamás de este asunto. *(María se dirige hacia la derecha.)* ¡Es inútil! ¡No tengo nada que decir a Schweitzer! Había venido, solo había venido para… eso. *(Silencio muy largo. Lieuvin dice al fin con una voz sorda.)* Ahora, María, dígame algo, por favor…

MARÍA

cogiendo una de las lámparas, dice con esfuerzo

Es la hora de hacer la última visita en la barraca de los operados…

(María sale por el fondo. Lieuvin la sigue con la mirada, sin moverse. Al cabo de un momento, el doctor Schweitzer entra rápidamente por la derecha: viene a buscar el fonendoscopio que se encuentra sobre la mesa.)

Escena VII

Lieuvin y Schweitzer

Schweitzer, *sonriendo*

¡Comandante Lieuvin! Esas luces, esos rumores, eran usted…

Lieuvin, *sonriendo también*

¿Lo dudaba?

Schweitzer

Lo sospechaba… ¡Esperaba al administrador general señor Leblanc, pero usted no lleva la misma comitiva!

Lieuvin, *con altanería*

En realidad, ¿qué tenemos de común, fuera de nuestro encuentro aquí?

SCHWEITZER, ***después de un momento***

Sería mejor, para los indígenas, que los dos perfiles de Francia se parecieran un poco. *(Lieuvin hace un ademán de impotencia.)* ¿Le ha dejado solo la señorita María?

LIEUVIN

Ha ido a hacer la visita del pabellón de cirugía.

SCHWEITZER, ***sorprendido***

¿A esta hora? *(Se dirige hacia la derecha con el fonendoscopio en la mano.)* Dispénseme, estoy examinando al Padre Carlos.

LIEUVIN

¡Ferrier está aquí! ¡Por fin voy a verlo!

SCHWEITZER, ***volviendo sobre sus pasos***

¿Tenía usted autoridad sobre él en otro tiempo?

LIEUVIN

Autoridad, no, pero quizás una cierta ascendencia…

SCHWEITZER

¡Entonces tendré necesidad de usted!

(Sale por la derecha.)

ESCENA VIII

LIEUVIN, LEBLANC, y después SCHWEITZER

El comandante Lieuvin, una vez solo, se pone delante del mapa de África, a la izquierda, y se hunde tan profundamente en su estudio que no oye entrar por el fondo al administrador Leblanc. Este es tan alto y tan agradable como Lieuvin. Como él, es a veces exagerado y tiene salidas intempestivas; sin embargo existe entre ellos una diferencia esencial: en medio de estos héroes, Leblanc es un hombre, es el hombre. Leblanc se acerca a Lieuvin, se queda un momento sin hablar, y después dice:

LEBLANC

¿Qué, Lieuvin, cuántas ciudades nuevas? ¿Cuántos kilómetros de carreteras y vías férreas nos construye usted?

LIEUVIN

¡Perdón! ¡No le había oído venir! Buenas noches, Leblanc.

LEBLANC

¡Pues yo le oí a usted en el cruce de agua de Duara, y a sus portadores de antorchas y a sus cantadores! Ha adelantado mi barco silencioso.

LIEUVIN

Sé que mi «fasto» no le gusta… ¡La palabra es de usted!

LEBLANC

despacio, mirándolo de frente

Es decir, que habría que escoger, creo yo: el fasto o la familiaridad, la altanería o la demagogia; y despreciar a los hombres políticos o tratar de gustarles, ¡pero no las dos cosas!

LIEUVIN

Cuando hable de mí, Leblanc —si usted quiere que hablemos— no emplee nunca *o*, diga *y*.

LEBLANC

¡Me gusta que se tenga una doctrina y que uno se atenga a ella!

LIEUVIN

¡Es más cómodo; pero solamente para los demás!… ¡No! Una doctrina no: un espíritu.

LEBLANC

¡De casta!

LIEUVIN

En fin, usted también tendría que escoger sus reproches. ¿«Espíritu de casta»? ¡Sabe muy bien que el juicio de un sargento cuenta tanto para mí como el de un capitán!

LEBLANC

¡Precisamente! Hay que estar bien seguro de su nacimiento para atreverse a comprometerse…

LIEUVIN

Mi abuelo y sus tres hijos eran generales: ¡ya no es una casta, es

una vocación!

LEBLANC

¡Ya sé! Ya sé que su padre ha servido cuatro regímenes diferentes con… matices de predilección solamente.

LIEUVIN

Lo que demuestra que, en mi familia, el gusto por el servicio gana al de la facción.

LEBLANC, ***designando a Lieuvin con el dedo***

¡Después de todo, un monárquico que conquista un imperio para la República, es bastante singular!

LIEUVIN

¡Usted me hace mucho honor! Pero no, Leblanc, soy demasiado realista para no ser republicano bajo la República.

LEBLANC

¡Matrimonio por despecho!

LIEUVIN, ***sonriendo***

¡Son los más fuertes!

LEBLANC

¡Si usted cree que se sirve a la República maldiciendo a sus hombres de Estado e ignorando sus funcionarios, se equivoca, Lieuvin!

LIEUVIN, ***a media voz, pero violentamente***

¡Detesto a los políticos que, desde allí, revocan y destruyen por un chisme de antecámara cinco años de trabajo y de influencia! ¡Detesto a los militares de oficinas, que son civiles disfrazados, cabos con estrellas! ¡Detesto a todos los que matan de lejos: yo estoy de parte de la fiera, en contra del cazador!

LEBLANC, ***con dulzura***

¡Si usted estuviera «allí», en lugar de ellos, el comandante Lieuvin le inquietaría probablemente y usted *detestaría* sus maneras!

LIEUVIN

¿Por ejemplo?

LEBLANC

¡Por ejemplo sus violencias espectaculares pero calculadas, su espontaneidad… deliberada, ese tuteo y esas confidencias reservadas a los cercanos y ese orgullo un poco demasiado secreto respecto de los demás!

LIEUVIN, ***sonriente***

¡Ah! ¿Es la manera de apegarme a mi gente lo que no le gusta, Leblanc?

LEBLANC

El día de su llegada, un capitán le presentó el informe de arrestos, el presupuesto de la cantina, una orden de desplazamiento para un carro de forraje, etc. «¿Cuántos papeles de esa clase tiene usted cada día?» le preguntó usted. «¡Sesenta, mi comandante! — ¡Yo suprimo cincuenta!» el capitán le consideró como un dios… ¡Es

muy fácil!

LIEUVIN

Es mucho más fácil acumular los paneles, dejar a la gente perecer de asfixia y contestar: «¡No quiero saberlo!»

LEBLANC

¡Por mi parte, yo no quiero saberlo! Son detalles de orden militar. ¡No le reprocho hacer su oficio, Lieuvin, sino precisamente que salga adelante! La manera que tiene usted de «olfatear» el país, de dibujar por adelantado ciudades, ferrocarriles, puertos. ¡A cada cual su oficio, comandante! ¡Guarde nuestros confines, penetre en territorios insumisos, desfile bajo un arco de triunfo, pero déjenos plantar, construir, gobernar!

LIEUVIN

¡Es inseparable! ¡Cuando el jefe militar toma una guarida piensa en el mercado que podrá establecer a continuación y no la coge de la misma manera! ¡Quién tiene la porra soy yo, Leblanc!: ¡soy yo solo quien puede obtener todo *sirviéndome de ello*! Su prestigio cuesta dinero, el mío economiza vidas humanas. Solamente los fuertes son mansos.

LEBLANC

Sé que lo que usted ha hecho en Tonkín y en Marruecos, es… ¡es histórico! Pero aquí el problema es diferente, Lieuvin, y yo lo conozco mejor que usted…

LIEUVIN

¡Usted lo conoce desde el fondo de su palacio y de sus reglamentos! ¡Usted es el señor altivo y yo soy el peatón! Créame, a veces, es bueno bajar hasta las aldeas y recoger la opinión del mozo

de cuerda y la del mendigo…

LEBLANC, ***con calma***

¡Es posible! Pero aquí el dueño soy yo hasta nueva orden. Ve usted, lo digo sin ningún orgullo, pues solamente soy el dueño por antigüedad; el dueño, pero a condición de obedecer. ¡Soy yo quien hace trazar las carreteras y construir los pueblos, no usted!

LIEUVIN, ***con vehemencia***

¡Entonces, hágalo! ¡Nada avanza aquí, excepto el tiempo! ¡Las pocas carreteras que usted empieza serán demasiado estrechas dentro de cinco años! ¡Su nuevo puerto es la maqueta del que sería necesario! ¡Y esos cortes desordenados de árboles en la selva! ¡Y esos edificios estilo cuartel! ¿Usted ve todo eso, Leblanc? ¿Usted manda todo eso?

LEBLANC

Yo ejecuto.

LIEUVIN

¡Pero la gente de las oficinas no sabe nada! ¡Para ellos, este país no ha existido jamás sino en los mapas! Para ellos, el sol es una subasta de cascos; las serpientes, una caja de cuero o un lote de ataúdes; la selva, es un flete: estéreos de madera preciosa; y los negros, reclutas, futuros contribuyentes. ¡Pero supongo que para usted no, Leblanc!

LEBLANC, ***después de un silencio***

Para mí, África no es ni una vocación, ni una aventura: es un oficio. La serie de circunstancias que me han situado aquí es perfectamente mediocre.

LIEUVIN, ***sincero***

¿Debemos compadecerle?

LEBLANC

¡No, puesto que yo no me compadezco ya! No quisiera tampoco, Lieuvin, que mi carrera fuera deshecha, de lejos, por una jugada de dados de la política; ¡pero no quiero comprometer más mi vida, mis noches, mi alma en la construcción de una ciudad!

LIEUVIN

¿Ni en la fundación de un imperio?

LEBLANC

¡Ni en la fundación de un imperio! No tengo ningún interés en figurar en el diccionario.

LIEUVIN, ***después de un silencio***

¿Me cree ambicioso?

LEBLANC

¡Usted mismo se lo ha creído! Usted se desestima. ¡No, es otra cosa! ¡Usted es un gran hombre, Lieuvin! Y me espanta.

LIEUVIN, ***encogiéndose de hombros***

¡Vamos hombre! ¡Yo le hablo un lenguaje humano! Ver crecer cada árbol, cada avenida, cada ciudad con un sentimiento paternal. Leer su éxito en los ojos de su gente y no en el *Boletín oficial*. ¡Ah! Leblanc, la abnegación, el estremecimiento de obediencia de esa gente. ¡Saber que siempre se encontrarán voluntarios!…

LEBLANC, ***separándose de él***

¡Es eso lo que es espantoso! El gran hombre quema todo lo que toca.

LIEUVIN

¡Los inflama!

LEBLANC

Los consume. Ese padre es un asesino.

LIEUVIN

¿Y si ellos prefieren eso? ¿Una vida apasionante: una gran llama, y no el fuego lento? ¿El agua que canta y no el baño de maría?

LEBLANC, ***secamente***

Yo no. *(Silencio. Después, despacio.)* ¡No, no me enrolará, comandante! Ignoro todavía por qué lo mantienen en estas regiones después de haber terminado usted la pacificación. Si quieren dárselas, yo me iré; con un disgusto muy vivo, pero me iré antes que trabajar con usted: me horrorizan los grandes hombres. ¡Entre el Padre Ferrier, Schweitzer y usted, no tengo suerte!

LIEUVIN, ***sonriente***

¡Usted ve héroes por todas partes! Tiene la cabeza épica.

LEBLANC

¡No, tengo el instinto de conservación! El aire, alrededor de ustedes tres, es irrespirable. ¡Ferrier, es la locura de la cruz! ¡Usted, la locura de la grandeza! Schweitzer…

LIEUVIN, *interrumpiéndolo*

Perdone por lo menos al doctor; ¡y deséenos su equilibrio y su eficacia!

LEBLANC, *continuando*

Schweitzer, es el héroe nacional protestante.

LIEUVIN, *irónico*

¿El protestantismo es una patria?

LEBLANC

¡Muy exigente y muy celosa! Con su ejército de salvación, sus héroes de cuello duro y sus especialidades nacionales: la homeopatía, el feminismo, la abstinencia. Yo huelo a los protestantes como otros a los judíos; los reconozco por su ingenuidad astuta, por su esnobismo del Evangelio y sobre todo por esto, Lieuvin: que, no contentos con tener razón, quieren todavía demostrárnosla.

LIEUVIN, *con sequedad*

¡Qué venenoso es usted!

LEBLANC

El terrible veneno de la clarividencia… ¡Los venenos de los brujos de esta selva son sencillos! Sin embargo, son los más fulminantes del mundo.

LIEUVIN, *cambiando de tono*

Honradamente, ¿qué hace usted por Schweitzer?

LEBLANC

Lo tolero. *(Gesto de Lieuvin.)* No olvide que el doctor es alsaciano, es decir, súbdito alemán.

LIEUVIN, ***indignado***

¡Leblanc!

LEBLANC, ***continuando***

¡… Y que mañana podemos estar en guerra con Alemania!

LIEUVIN

¡Para liberar Alsacia, precisamente!

LEBLANC

Desde luego. *(Silencio.)* A propósito, ¿cómo se dice «revancha» en alemán?

LIEUVIN, ***con fuerza***

El doctor Schweitzer es tan poco súbdito alemán que se ha instalado aquí, en el Gabón, y no en el Togo o en el Camerún.

LEBLANC

¡Ha elegido la peor región! Esta raza de palomas solo hace sus nidos en las higueras malditas. ¡Cuando muera, pedirá a Dios, como recompensa, el permiso de instalar sus barracas en el infierno!

LIEUVIN

¿Qué piensan de él en las altas esferas?

LEBLANC

¿En el cielo?

LIEUVIN, ***con la sonrisa forzada***

No, en París.

LEBLANC

No saben qué pensar. La simpatía no es un supuesto político. *(Silencio.)* Yo le ayudo en la medida de mis medios, pero no recibo órdenes para ello.

LIEUVIN, ***más suave***

¿Por qué se ennegrece usted siempre?

LEBLANC

¿Me ennegrezco? Busco solamente no volverme gris: ni enternecimiento, ni entusiasmo. ¡No acepto la falsa moneda, sobre todo cuando soy yo quien la fabrica!

LIEUVIN

después de mirar hacia la puerta de la derecha

¿Le esperaba el doctor esta noche?

LEBLANC

Sí, para un inventario. Los transportes están embotellados por las amenazas de guerra: Schweitzer está escaso de medicinas, casi al final de recursos. *(Silencio. Cambiando de tono y despacio.)* Pero

no es por él por quien vengo aquí.

LIEUVIN, ***que ha comprendido casi enseguida***

¿Ah?

LEBLANC, ***de la misma manera***

Se lo he dicho, Lieuvin: yo soy un hombre…, no soy más que un hombre.

LIEUVIN

después de un silencio, mirándolo fijamente

¡En este dominio, todos somos hombres!

LEBLANC

lo mira un momento en silencio y después con violencia

¿María?… ¡Lo sospechaba! ¡Pero es hacer trampas, Lieuvin! Hay que elegir: Ferrier ni siquiera escribe ya a su familia; Schweitzer ha dejado a su mujer y a su única hija en Europa. Los héroes viven solos. ¡Usted juega sobre los dos tableros!

LIEUVIN

Pero con una sola carta.

(En este momento, el doctor Schweitzer entra por la puerta de la derecha.)

SCHWEITZER, ***yendo hacia Leblanc***

¡Ah! señor Administrador, no lo esperaba ya. *(Se dan la mano.)* Lieuvin, acabo de examinar a fondo al Padre Carlos. ¡Le suplico que se cuide y él sonríe! Trate usted de convencerlo, si ha conservado alguna influencia sobre él. *(A Leblanc.)* ¿Conoce usted una raza más terrible que la de las gentes que sonríen todo el tiempo?

LEBLANC, ***después de mirar a Lieuvin***

¡Los que no sonríen jamás!

SCHWEITZER

Tenemos necesidad de la señorita María para este inventario. ¿Viene usted?

LEBLANC

Dejemos a los de Saint-Cyr juntos: ¡ninguno de nosotros es de esa promoción!

(Salen por el fondo. Lieuvin va apresuradamente hasta la puerta de la derecha y la abre.)

ESCENA IX

LIEUVIN Y EL PADRE CARLOS

LIEUVIN

retrocediendo un paso de tan sorprendido como está

¡Ferrier!

El Padre Carlos *apareciendo en la puerta* ¡Lieuvin! *(Se estrechan la mano durante un momento largo. Silencio.)*

LIEUVIN, *despacio*

¡Estás desconocido! Sí, sin embargo, los ojos: tienes todavía los mismos ojos. Pero ¿cómo está nuestro gordo Ferrier?

EL PADRE CARLOS

Todos me llamabais ya *él Padre* Ferrier.

LIEUVIN

La fortuna más grande de la promoción… ¡Y estoy seguro que no posees más que este traje!

EL PADRE CARLOS

Y algunos libros.

LIEUVIN

¿Tus poetas latinos encuadernados tan bien?

EL PADRE CARLOS, *sonriente*

¡Ya no son los mismos!

LIEUVIN, *continuando*

Y detrás de la fila, ¡un pedazo de
foie-gras

y una botella de chambertin!

EL PADRE CARLOS, *a media voz*

¡Cállate!

LIEUVIN, *de la misma manera*

A la puerta, un cupé muy bajo para —como decías tú— ¡no cansarse levantando el pie!

EL PADRE CARLOS, *gritando*

¡Cállate! *(Confuso, a media voz.)* Perdona…

LIEUVIN, *cambiando de tono*

¡Soy yo quien se excusa, Ferrier! *(Silencio.)* Pero quisiera saber una cosa: para llegar ahí, ¿qué camino has seguido?

EL PADRE CARLOS

He andado sobre las olas…

LIEUVIN

¿Qué?

EL PADRE CARLOS

¿Te acuerdas del Evangelio? Cuando se ha oído claramente el «¡Ven!» salido de la boca de Dios, basta andar, sin sombra de preocupación, incluso aunque parezca una locura.

LIEUVIN

¡Sabía muy bien que irías hasta el final! Pero por qué camino…, lo ignoraba.

EL PADRE CARLOS, *después de un momento*

¿Te decepciono, Lieuvin?

LIEUVIN, *despacio, mirándolo de frente*

No, me irritas un poco. Este paso de un exceso a otro tan «vistoso»…

EL PADRE CARLOS

¿Soy yo «vistoso»?

LIEUVIN

Sí. En este siglo, un ermitaño es vistoso; a un hombre que se esconde, que huye la multitud, se le señala con el dedo. *(Silencio breve.)* ¡Eras un esnob, Ferrier, podemos decirlo! ¿Estás seguro de que…? *(Lieuvin se interrumpe.)*

EL PADRE CARLOS, *sonriente*

¿Quieres que te ayude? ¿Estás pensando si en mi «caso» no entra un… esnobismo de la humildad? Tal vez. Dios no hace los detalles: nos hace entrar enteros, buenos y malos, en su combate. ¡Cuando se echa un leño al fuego, los gusanos que lo roían arden con él!

LIEUVIN

¿No encontraste entonces una orden bastante… mortificante, de regla suficientemente dura para ti? *(El Padre Carlos dice no con la cabeza.)* ¡En fin! ¡No habría ningún rey si sus partidarios no fueran más monárquicos que él!… Pero tú vives al margen de la Iglesia con

tu leyenda individual. Tú, oficial, no eres más que un francotirador…

El Padre Carlos, ***a media voz***

El francotirador de Dios… *(Cambiando de tono.)* Haz un grupo de francotiradores, dótalos de un uniforme y de un reglamento: verás como da un regimiento escogido. *(Con una voz sorda.)* Pero mis superiores me niegan la alegría… ¡no! el orgullo de ser el fundador de una orden.

Lieuvin

¿Es el suplicio de la obediencia? Lo conozco yo también… ¡Pero el único desquite es la acción loca, y en eso me decepcionas, Ferrier! Te imaginaba evangelizando regiones enteras, plantando tu cruz en todas partes…

El Padre Carlos, ***sonriente***

¡… Y organizando el terreno conquistado, mi comandante! No, no he llegado a eso…

Lieuvin

¡Cifras en mano, Leblanc me asegura que de todos los misioneros, tú eres el que cuenta con el número más pequeño de conversiones en su haber! *(El Padre Carlos hace señas de que es verdad.)* ¿Entonces?

El Padre Carlos

Yo los domo… Fraternizo con ellos… No les enseño, les *demuestro* que todos somos hermanos en Dios…

Lieuvin

No conseguirás nada si no te haces… Leblanc diría: temer; yo digo: respetar.

EL PADRE CARLOS

Yo digo: amar… ¡Dejemos esto! Lo que hago es preparar la tierra; otros podrán sembrar; y otros recogerán los frutos. Se hace el bien en la medida en que se *es*, Lieuvin; tengo que trabajar todavía en mi conversión personal antes de pretender…

LIEUVIN*, interrumpiéndole con dulzura*

¡Hombre, Ferrier, míranos! ¡Mírate!

EL PADRE CARLOS

cerrando los ojos, a media voz

Ya me veo…

LIEUVIN

La muerte ha elegido ya su sitio en nosotros: ¡hace su nido, Ferrier! Todas las noches aporta su ramita. El final ha comenzado para nosotros… ¡No pierdas más tiempo!

EL PADRE CARLOS*, sin responder*

La primera llama arde lentamente, tarda en prender… ¡Pero el incendio se apagará de un solo golpe!

LIEUVIN

¿Conoces aún el precio del tiempo?

EL PADRE CARLOS, *con dulzura*

Se aprende mejor rezando seis horas seguidas que matándose en la acción…

LIEUVIN

¡Sin embargo, haz algo de prisa, Ferrier! Los negros te adoran: una sola palabra tuya los uniría completamente a Francia…

EL PADRE CARLOS, *con firmeza*

¡No es esa mi misión! Para mí se trata de unirlos con Jesucristo.

LIEUVIN

Es lo mismo.

EL PADRE CARLOS, *obstinado*

En la medida en que Francia continúa su misión ¡sí! Si busca solamente reclutar soldados ¡no!

LIEUVIN, *sonriente*

¡Qué! ¿La «hija mayor de la Iglesia»?

EL PADRE CARLOS

¡Ni siquiera! Simplemente la madre de estos pueblos infantiles: una madre que quiere que sus hijos la igualen y que hasta acepte que ellos la adelanten un día, si lo merecen.

LIEUVIN, *amargamente*

¡Vete a explicar entonces eso al señor Leblanc!

EL PADRE CARLOS, *moviendo la cabeza*

El señor Leblanc es muy inteligente…

LIEUVIN

¡Mucho! Pero jamás hará nada, porque le falta esa parcela de amor sin la cual ninguna obra humana…

EL PADRE CARLOS

lo interrumpe y le coge las manos

¡Lieuvin! Estas palabras… ¡Al fin te encuentro!

LIEUVIN, *con una sombra de tristeza*

Tú sabes lo que yo he hecho. ¿Creías que era por ambición?

EL PADRE CARLOS, *dudando*

No, pero no te reconocía completamente…

LIEUVIN

después de un instante, con una voz sorda

¡Porque no creo ya, Ferrier! ¡No creo ya!

EL PADRE CARLOS, *con fuerza*

¡Ingrato! ¿Quién te ha enseñado el camino? ¿Quién te ha dado la salida? ¿Quién te ha dado hambre y sed de justicia? ¡Jesucristo!

LIEUVIN

¡Sí, Jesucristo! Pero no creo ya, Ferrier: hay muchos misterios, muchas exigencias…

EL PADRE CARLOS

Como si valieras algo, tú, sin tus exigencias… ¡Pródigo! ¡Has cogido tu herencia y te has ido a la conquista del mundo!… Pero el Padre te esperará hasta el último instante…

LIEUVIN, *emocionado*

Carlos, Carlos…

EL PADRE CARLOS

¡No eres desgraciado, Lieuvin: los placeres son los signos de las potencias! Pero la alegría, si supieras, la alegría…

(Se le entrecorta la voz, desfallece y tiene que sentarse; le cuesta trabajo respirar.)

LIEUVIN, *preocupado se inclina sobre él*

¿Qué te pasa, hombre? ¡Vamos!…

EL PADRE CARLOS, *con trabajo*

Esta noche he hablado más que en meses y meses… Estoy como agotado… ¡Qué tontería!

LIEUVIN

¡Lo que es una tontería es que no te cuides! Schweitzer está

preocupado…

El Padre Carlos

enseñando las piernas y los brazos

¡Mírame, Lieuvin! ¡Qué tronco! ¡Qué raíces! ¡Los árboles mueren de pie! Si me acuesto, es porque me habrán derribado…

Lieuvin, *intentando bromear*

¡Nada de abandono de puesto, lugarteniente Ferrier! ¡Usted es el embajador de Dios en este país más vasto que toda Francia!

El Padre Carlos

Hay dos hombres para este papel: Schweitzer y yo, inseparables e inconciliables, como el alma y el cuerpo… Ningún hombre representa nunca más que la mitad de Jesucristo; ningún hombre llena jamás más que la mitad de su destino…

Lieuvin, *Después de un momento*

¿La mitad de su destino en todos los dominios?

El Padre Carlos, *con firmeza*

En todos los dominios.

Lieuvin, *dudando*

Entonces, Ferrier —¡lo que te pregunto es grave!— ¿un hombre como yo puede casarse?

El Padre Carlos

¡Hace veinticinco años que estás casado, Lieuvin! Te has casado con tu ambición; y ves crecer muchos hijos: ¡pueblos, ciudades, países enteros!

LIEUVIN, ***con violencia***

¡No, no! ¡Una verdadera familia y ver crecer verdaderos hijos!

EL PADRE CARLOS, ***con mucha dulzura***

Temo que no, Lieuvin. Hay que elegir…

LIEUVIN, ***de la misma manera***

¡Elegir es sacrificar! ¿Y si yo no quiero?…

EL PADRE CARLOS

Entonces los acontecimientos elegirán en tu lugar. ¡Qué humillación!…

(En este momento, el doctor Schweitzer entra solo por el fondo.)

ESCENA X

LIEUVIN, EL PADRE CARLOS y SCHWEITZER

LIEUVIN

a Schweitzer, con un poco de demasiada viveza

¿Dónde están los demás?

SCHWEITZER, ***muy sombrío***

Están acabando el inventario de medicinas. ¡Pero el de las cuentas es más desastroso aún!

EL PADRE CARLOS

¿Entonces?

SCHWEITZER

Pues el medio acostumbrado: una gira de conferencias y de recitales de órgano en todas las capitales de Europa, y volver con doscientos cajones de medicamentos… ¡Pero el señor Leblanc pretende que, esta vez, no tendré siquiera el tiempo de llegar!

EL PADRE CARLOS

¿La guerra?

SCHWEITZER

¡La guerra!

LIEUVIN, ***con irritación***

¡Como todos los veranos desde hace cuatro años! Es el ciclo: las primaveras, las flores, las cerezas, la guerra…

SCHWEITZER

¡Hasta aquí, donde las estaciones están cambiadas, la guerra es lo único fiel! *(Silencio.)* Comandante, ¿cree usted que… *(duda continuar)* los alemanes movilizarán a los alsacianos?

LIEUVIN

¿Contra Francia? Tienen derecho a hacerlo.

EL PADRE CARLOS, *para romper el silencio*

¡Ya estábamos impacientes con esta guerra, Lieuvin, en los tiempos de la Escuela!

(Lieuvin se encoge de hombros.)

SCHWEITZER, *obligándose a sonreír*

¡Si a los militares no les gusta la guerra, ahora!…

EL PADRE CARLOS, *con dulzura*

¿A usted le gusta la enfermedad, doctor?

SCHWEITZER

¡No me gusta, pero por lo menos no es una invención de los hombres!

LIEUVIN, *despacio*

Tratemos de ser justos. La guerra cuenta con más héroes en su haber que la paz…

SCHWEITZER

Sí. ¡Y también hay personas que nunca han estado tan bien como en el lecho de muerte!

EL PADRE CARLOS

Es la gran trampa: los hombres en guerra están en paz con Dios…

SCHWEITZER

Ya lo sé. *(Con fuerza.)* Pero, si amar a un ser es amar también sus defectos, detestar es odiar también las cualidades mismas. *(Despacio.)* Detesto la guerra.

EL PADRE CARLOS

Usted como médico, yo como sacerdote, y usted, Lieuvin, si no como militar, al menos como constructor…

SCHWEITZER, *con una voz alterada*

Si yo dejara el hospital, las termitas destruirían sus treinta edificios ¡en menos tiempo que me hubiera hecho falta para edificar cada uno de ellos!

EL PADRE CARLOS

Si dejamos este país, enseguida los ídolos, los sacrificios humanos…

LIEUVIN, *interrumpiéndolo*

Yo no perdería más que mis planos, mis esperanzas. *(A media voz.)* ¿Pero no es precisamente más cruel?

EL PADRE CARLOS

¿La ruina o el despojo?

SCHWEITZER

Perder un hijo o saber que no se tendrá jamás: sí ¿qué es más cruel?

LIEUVIN

después de un silencio, cambiando de tono

¡Bueno, todavía no estamos en guerra ya que hablamos de nuestros pensamientos en el presente y de nuestras obras en el futuro! En tiempo de guerra, se obra en presente, se habla en pasado… Aprovechemos bien estas horas inquietas e inciertas: ¡quizás es a eso a lo que llamaremos felicidad de aquí dentro de poco!

SCHWEITZER, *después de un silencio*

Comandante, yo estoy reducido aquí a vivir solamente de rumores. Puedo contar con usted si… *(No termina.)*

LIEUVIN

Mañana le enviaré un corredor que le traiga las verdaderas noticias. Y, si son graves, vendré yo mismo mañana por la tarde.

EL PADRE CARLOS

Y yo me quedo aquí, Schweitzer, con su permiso. Hace tiempo que prometí una visita a algunos enfermos suyos.

SCHWEITZER

¡Perfecto! Podré ponerle en tratamiento. Se guarda muy bien de reclamarme los medicamentos que le he prescrito, ¿eh?

EL PADRE CARLOS

¡Pero si no tiene bastantes!

SCHWEITZER

¡Bueno, bueno! Venga por aquí…

(Lo lleva al armario de medicinas en el que busca unos frascos. Después, entran por el fondo María con un fajo de papeles en la mano, y Leblanc. María va hacia el doctor Schweitzer; Leblanc hacia Lieuvin, que está solo en el lado izquierdo.)

ESCENA XI

Los mismos, MARÍA y LEBLANC

MARÍA

entregando los papeles a Schweitzer

Aquí tiene el inventario, doctor.

(Examinan juntos las cuartillas, mientras que el Padre Carlos estudia con desconfianza las medicinas que Schweitzer acaba de darle.)

LEBLANC, *a Lieuvin a media voz*

¡Enhorabuena, Lieuvin! Ha ganado. ¿Pero se debe felicitar al tramposo cuando gana?

LIEUVIN, ***con altivez, a media voz***

¿Cómo?

(En este momento sube de fuera un canto indígena extremadamente triste. Todos se vuelven hacia la puerta del fondo.)

MARÍA

se estremece y pregunta con una voz angustiada

¿Qué es eso?

SCHWEITZER, ***imperiosamente***

¡Chist! *(Escucha un instante. El coro es más claro.)* ¡No, señorita María, no es lo que teme usted! *(Explicando a los demás.)* Cuando uno de nuestros enfermos muere, su familia, que lo rodea, canta una letanía siniestra. Pero no es eso…

LEBLANC, ***a Lieuvin, a media voz***

Acabo de hablar solo con la señorita María. ¡Usted se me ha adelantado!

LIEUVIN, ***de la misma manera***

¿Se lo he ocultado?

EL PADRE CARLOS

entreabriendo la puerta del fondo

Ese canto viene del río.

LEBLANC

¿Piraguas a esta hora?

SCHWEITZER

Si buscan el hospital, hay un farol en el desembarcadero, como de costumbre.

MARÍA

que ha ido a mirar por la puerta del fondo

No, Bonzo ha debido olvidarlo esta noche. Voy a encenderlo…

(María coge una de las lámparas de la habitación y va a salir.)

EL PADRE CARLOS, *deteniéndola*

¡Deje! Los que pasan la noche en el hospital le deben un trabajo: ¡déjeme a mí hacer este!

(Le coge la lámpara de las manos y sale en la noche. El canto, que se ha acercado constantemente, cesará poco después.)

SCHWEITZER, *a Leblanc*

¿Quiere usted también pasar aquí la noche, señor Administrador?

LEBLANC

Gracias. ¡Esta noche no!

SCHWEITZER

Llegará usted con el día.

LEBLANC

¡Como los acontecimientos!

LIEUVIN

¿Cree en eso verdaderamente esta vez, Leblanc?

LEBLANC

Esta vez sí.

SCHWEITZER

¡Los indígenas también! La selva entera está nerviosa…

LIEUVIN

¡Porque nosotros lo estamos un poco demasiado! *(A Leblanc.)* Volvamos juntos, Leblanc: el amanecer no nos encontrará completamente los mismos… ¡Venga!

LEBLANC

No, Lieuvin: no tenemos en absoluto el mismo paso. *(A Schweitzer.)* Mañana le mandaré quinina y alcohol. O más bien se lo traeré yo mismo.

SCHWEITZER

¿Usted mismo? ¡De ninguna manera! No tiene ninguna importancia.

LEBLANC, ***mirando a María***

Para mí tiene una gran importancia. *(Con un ademán circular.)* ¡Buenas noches! *(Y sale.)*

SCHWEITZER

Le acompaño.

(Sale también. Lieuvin y María se quedan solos. María va rápidamente a la puerta de la derecha pero Lieuvin la para.)

LIEUVIN

¡María!

MARÍA, ***a media voz***

Mañana…

LIEUVIN

¡No quiero conocer su decisión por Leblanc! ¡No me gusta este juego de espejos!

MARÍA

ocultándose la cara entre las manos

¡Y yo quiero la paz! ¡Quiero estar sola, estar sola!

LIEUVIN, ***con dulzura, después de un silencio***

Es la acción, el día, quien da consejo, no la noche. Hasta mañana por la tarde, María.

SCHWEITZER

parándose en la puerta, la cabeza vuelta hacia la noche

Aquí vuelve el Padre Carlos. *(A Lieuvin que sale.)* ¿Cuento con usted en caso de…?

LIEUVIN

¡Desde luego!

(*Lieuvin sale. Se le oye gritar*: «¡Buenas noches, Ferrier!» *Después*: «¡En marcha, muchachos, nos vamos!» *El Padre Carlos aparece en la puerta, algo sofocado.)*

EL PADRE CARLOS

¡Venga, Schweitzer! Son siete en una piragua. Hombres que deben venir de muy lejos: comprendo mal lo que hablan. *(Breve silencio.)* ¡Monstruos, Schweitzer!

MARÍA

¡Qué!

EL PADRE CARLOS

¡Están cubiertos con tumores enormes, ya no tienen forma humana. Esta barca, en la noche, llena de animales con miradas de hombre, es horrible!

SCHWEITZER, ***despacio***

Es frecuente. He operado tumores de veinte kilos, aquí. África es Europa vista a través de una lupa; el infierno, es la vida vista a través de una lupa.

MARÍA, ***a media voz***

El cielo también, creo yo.

SCHWEITZER

Mañana operaré a los siete.

EL PADRE CARLOS

¡A los siete! ¡Mañana!

SCHWEITZER

No hay ninguna razón para que uno sufra un día más que los demás. No me diga que Dios lo quiere, Padre Carlos. Voy a recibirlos. Buenas noches. *(Sale.)*

MARÍA, ***con violencia***

¡Dios! ¡Dios! Estos sufrimientos, estas cosas horribles, la guerra, testimonian contra Dios. ¿Qué responde Él? ¿Qué responde usted?

EL PADRE CARLOS

Que un día usted tendrá hijos que sufrirán la enfermedad a sus

ojos, y usted estará desarmada. Entonces, ellos la mirarán como usted me mira en este momento. ¿Qué responderá usted?

MARÍA

¡Que dar la vida, es precisamente ser tan loco como Dios!

EL PADRE CARLOS

«Precisamente ser tan loco como Dios»… ¡Que esta sea nuestra oración de la noche! Buenas noches, señorita María.

MARÍA

¿Dónde va a dormir usted?

EL PADRE CARLOS

Ahí, por el suelo, delante del ventanal. ¡Y con la cara vuelta hacia las estrellas, como los pastores, como los magos!

MARÍA

¿Navidad? *(María arranca maquinalmente una hoja del calendario de la pared y le lee en voz alta:)* 2 de agosto de 1914… ¡Navidad está lejos!

EL PADRE CARLOS, *con fuerza*

¡No! ¡Esa es la maravilla de Jesucristo: podemos ser salvados, María, podemos renacer en todo momento! ¡Para los hombres, todos los días son Navidad!

(En este momento estalla a lo lejos un urgente. El Padre Carlos y María se quedan inmóviles para escuchar, después se miran en silencio. María hace un gesto de impotencia y se

dirige hacia la derecha. El Padre Carlos hace una gran señal de la cruz y se arrodilla de espaldas al público.)
tam-tam

El telón cae despacio.

Acto Segundo

El mismo decorado. La noche siguiente, hacia las once. Antes de que se levante el telón, se oye un
tam-tam
lejano.

Escena I

Leblanc y María

María

volviéndose hacia él después de un silencio

¿Quiere verdaderamente que le conteste?

Leblanc

No: solamente quiero saber por qué no me contesta usted.

María

No quiero jugar a la isla desierta.

Leblanc

¿Qué quiere decir…?

MARÍA

Que soy la única mujer blanca aquí. ¿Sobre qué otra podría usted poner los ojos?

LEBLANC

¡Quiere usted pelearse!

MARÍA

Quiero ser elegida, *(Leblanc sonríe.)* ¡Supongamos que sea orgullosa!

LEBLANC, *con dulzura*

Lo es.

MARÍA, *con vehemencia*

¿Cómo puede saberlo usted? ¿Qué saben todos ustedes de mí?

LEBLANC

¿Todos? Está hablando conmigo solo, María, conmigo que acabo de hacer cinco horas de selva, incluso hoy, para verla sola. *(Silencio. Con dulzura.)* El mundo entero no está de un lado, y del otro la señorita María…

MARÍA, *sonriente*

¡Pongamos que sea egoísta!

LEBLANC, *grave*

Lo es.

MARÍA, ***de la misma manera***

¿Orgullosa? ¿Egoísta? Entonces me parece extraño que un hombre haga cinco horas de selva para…

LEBLANC, ***de la misma manera, despacio***

Porque es a usted a quien amo: como es usted, como soy yo…

MARÍA, ***con dureza***

¡Como usted quiere parecer ser y como usted me cree!

LEBLANC, ***a media voz***

¡Sea sencilla! Tenemos quizás el tiempo contado.

MARÍA, ***continuando***

La enfermera de gran corazón, la mujer que ha renunciado a todo para venir a cuidar negros, es bonito, ¿verdad?

LEBLANC

Es algo único.

MARÍA

¿Sospechoso?

LEBLANC, ***después de un breve silencio***

Sí, porque usted no parece ser feliz. Los que cometen una gran locura se quedan llenos de alegría o de paz. Si no…

MARÍA, ***a media voz***

¿Si no?

LEBLANC, ***mirándola de frente***

Tal vez no sería más que un gran cálculo.

MARÍA, ***con una sonrisa poco segura***

¿Como yo por ejemplo?

LEBLANC

Imaginemos que usted haya tenido una viva decepción en Europa; yo la creo sincera para poner buena cara, pero demasiado orgullosa para no querer salvar las apariencias.

MARÍA

¿Marchándome al fin del mundo?

LEBLANC

Disfrazando esta huida en vocación.

MARÍA

con violencia, después de un silencio

¿Y si fuera verdad?

LEBLANC, ***muy de prisa***

¡Yo la amaría más aún!

MARÍA, ***con ironía***

Lo sé: ¡en todo hombre hay un consolador en el fondo!

LEBLANC

¿Consolarla? ¡No! Usted no es de la raza que olvida, sino de la que borra.

MARÍA, *de la misma manera*

¡El orgullo siempre!

LEBLANC, *con amargura*

Por eso el comandante Lieuvin tiene tanto valor a sus ojos: ¡se puede *volver*, del brazo de un hombre como ese!

MARÍA, *tratando de interrumpirlo*

Usted no…

LEBLANC, *continuando*

Schweitzer era ya una disculpa. ¡Pero Lieuvin!…

MARÍA, *secamente*

Usted olvida esto: que amo al comandante Lieuvin.

LEBLANC, *herido*

Bueno ¡lo admira! ¡Él la atrae! ¡El hierro no ama al imán! *(Silencio.)* Yo la amo, María. Yo paro de escribir, de mirar la hora y pienso: «En este momento, ella se dirige al río.» O si no: «Su mano, su larga mano, toca la frente de un enfermo.» *(Bajando la voz.)* Jamás, desde hace un año, he dejado pasar la hora de su sueño sin cerrar los ojos, sin decirle buenas noches.

MARÍA, *conmovida*

Pero… ¡si yo no le amo!

LEBLANC, *muy de prisa*

¡No le pido que me ame! *(Despacio.)* Sino solamente que se despierte. Vive como una sonámbula entre grandes estatuas: Schweitzer, Ferrier, Lieuvin, y cuerpos que gimen. No sabe ya lo que es un ser humano. ¡Abra los ojos!

MARÍA, *intentando bromear*

Sin embargo es aquí el lugar más «humano» de toda África… ¡Todo el mundo lo sabe!

LEBLANC

¡Un lugar donde no se llama a nadie por su nombre, sino a los criados! ¡Un lugar sin niños!

MARÍA

sonriendo y señalando, la puerta de la derecha

No, hay un niño enfermo, ahí…

LEBLANC

¡Usted los ama, María, usted los ama! Por eso póngase en guardia: los grandes hombres no tienen hijos. Quieren, desde luego, lo que les cuesta trabajo y les sobrevive: pero son los libros, las leyes, los edificios. La señora Schweitzer y su hija, ¿cuentan algo al lado del hospital?

MARÍA

¡Qué injusto es!

LEBLANC

Sí, desde hace un minuto; y usted desde hace un año…

MARÍA, *sonriendo*

¿Porque no le amo a usted?

LEBLANC

¡Porque lo dice sonriendo!

MARÍA

Pero…

LEBLANC, *continuando*

¡Porque cree que juego a la isla desierta viniendo aquí fielmente! *(Con dulzura.)* Pero, hubiera podido volver a Francia desde hace meses, María. ¡Francia no es una isla desierta!

MARÍA

Escuche…

LEBLANC, *imperioso*

¡No, esta noche es *usted* quien me escucha! *(Con más dulzura.)* Y le suplico que tome su decisión *esta noche*, antes de que los acontecimientos vengan a falsear todo con su luz de teatro, antes de que nos convirtamos todos en actores, y que todas nuestras palabras

sean importantes y nuestros gestos hagan una sombra.

MARÍA

¿Qué importancia tiene nuestro problema frente a la guerra?

LEBLANC

Sí, ¿qué es un árbol frente a un incendio? *(Silencio.)* Sobre mí llevo un sobre sellado, para abrir solamente en caso de guerra. Ella hará de mí un árbol vivo o leña para quemar.

MARÍA

¿Es que el comandante Lieuvin…?

LEBLANC

¿… Ha recibido también órdenes secretas? Probablemente, pero ¿qué tienen que ver con la decisión de usted? *(Silencio de María. Despacio.)* Está pensando: «Al fin una verdadera rival: ¡la guerra!» ¿Verdad?

MARÍA, *con viveza*

¡En absoluto!

LEBLANC, *cogiéndole la muñeca*

¡Ah, no, María! ¡Usted no! ¡En esta trampa, no! En esta trampa infantil…

MARÍA, *moviendo la cabeza*

¿Infantil, la guerra?

LEBLANC

Sí, como una estampa de Epinal: ¡colores muy violentos y que caen siempre fuera de los dibujos! La guerra lo cambia todo. No hay más que héroes o traidores; ¡qué melodrama!

MARÍA, *irónica*

¿Debo *también* desconfiar de los héroes?

LEBLANC

Sí, y más de los que los admiran, que llaman héroes a los que aceptan morir en su lugar. *(Silencio. Con otro tono.)* ¡Tenga cuidado con todo lo que no está a la escala humana, María! ¡Con todo lo que niega o huye de la felicidad!

MARÍA, *mirándolo bien de frente*

¿Cree usted en la felicidad?

LEBLANC, *después de un silencio, a media voz*

No sé… Yo he sido bien educado: ¡han hecho todo por asquearme de ella! Pero quiero intentarlo, por lo menos una vez, y será con usted. *(Tendiéndole la mano.)* ¡Deme la mano!

MARÍA, *tendiéndole la mano y sonriente*

¡Se la doy, pero no puedo prometérsela! *(Silencio.)* Cuando el doctor Schweitzer y el Padre Carlos le pregunten por qué ha vuelto usted esta noche ¿es eso lo que va a contestar? ¿«Para persuadir a esta mujer, en medio de una selva inhabitable y el mismo día en que se declara la guerra, para persuadir a esta mujer de que la felicidad existe»?

LEBLANC, ***cambiando de tono***

No, María. Vengo a ofrecer una protección armada.

MARÍA

¡Será bien recibido!

LEBLANC

¡Lo sospecho! Es el peligro de tener muchos amigos: uno cree que no tiene enemigos. Schweitzer y el Padre olvidan que los grandes brujos reinaban en esta selva hasta su llegada.

MARÍA

¡Cómo! ¡Esos ridículos animales con plumas!

LEBLANC

¡Aves de rapiña, sí! Y que huelen la sangre que todavía no ha sido derramada. ¿Ha oído usted esos
tam-tam
y esos gritos todo el día? La guerra desencadena sus locuras antes de empezar; es eso mismo lo que la hace al fin inevitable.

MARÍA

¡A menos que no sea la «protección armada» la que la haga inevitable! *(Silencio.)* Pero usted no lo piensa: toda la selva adora al doctor blanco. ¡Y el indígena que fuera enviado para matar al Padre Carlos caería de rodillas suplicándole que le bendiga!

LEBLANC

¡Escuche! En mi niñez, una vez, vi un perro rabioso. Era un gran

compañero: la víspera aún, yo lo acariciaba y él me lamía la cara. Al día siguiente… *(Se interrumpe. Silencio.)* ¡No lo he olvidado jamás!

MARÍA

Cuente eso al doctor; ¡pero dudo que se deje… vacunar!

(Schweitzer y el Padre Carlos entran por la derecha.)

ESCENA II

MARÍA, LEBLANC, SCHWEITZER y el PADRE CARLOS

SCHWEITZER, *yendo hacia Leblanc*

¡Señor Administrador! Su presencia aquí es tranquilizadora.

MARÍA, *a media voz*

¡No lo crea!

(María se sienta, cerca de la mesa de despacho y clasifica algunos papeles. Hablará poco y todas sus intervenciones deben sorprender.)

SCHWEITZER, *continuando*

¡Es muy desagradable operar durante siete horas seguidas al son incesante de un
tam-tam

cuyo sentido no se comprende!

LEBLANC

Sin embargo es claro: «¡Los blancos han venido aquí para impedirnos que nos peleemos. Y ahora van a pelearse entre ellos!…»

SCHWEITZER

¡A miles de kilómetros!

EL PADRE CARLOS

¡Eso no importa! No hay que extrañarse de los niños que se pelean, cuando sus padres «arman escándalos» entre ellos, como tan bien se dice.

MARÍA

El señor Leblanc nos propone vigilar el hospital con sus soldados.

SCHWEITZER

suelta una carcajada, así como el Padre Carlos. Después se domina y dice, bastante confuso:

Discúlpeme, pero la idea de los soldados, con el arma junto al pie, delante de cada una de mis barracas… *(Silencio.)* ¡No me había reído desde esta mañana!

LEBLANC, *con bastante sequedad*

¡Muy afortunado de haber atravesado la selva para traerles este

momento de expansión!

SCHWEITZER, *muy serio*

Le he ofendido… Le ruego que me perdone.

LEBLANC

En serio, doctor Schweitzer, poner la mejilla izquierda después de la derecha, no es una máxima compatible con la ocupación colonial.

SCHWEITZER

poniendo la mano sobre el brazo de Leblanc

Más en serio aún, señor Leblanc, centinelas vigilando mi persona contra los indígenas, es incompatible con toda mi vida.

LEBLANC

Lo comprendo muy bien. Pero si un puñado de fanáticos atacan el hospital *(volviéndose hacia el Padre Carlos)* o su ermita…

SCHWEITZER, *sonriendo*

¡Me defendería con mis propias armas!

LEBLANC, *encogiéndose de hombros*

Son como pastores que no creen en el lobo. Yo soy el perro que ladra y ustedes lo hacen callar. ¡Peor para las ovejas!

SCHWEITZER, *sonriendo*

Entre perro y lobo… entre perro y lobo ¡está el hombre! Tengo confianza en el hombre.

EL PADRE CARLOS

Mi ermita está abierta día y noche, desde hace dos años: abierta a las serpientes, a los animales, a los hombres. Cuando uno tiene la suerte de poseer a Dios, no lo guarda bajo llave, señor Leblanc. *(Silencio.)* Además… *(Pero no continúa.)*

MARÍA, *con dulzura*

¿Además?

EL PADRE CARLOS, *confuso*

Nada…

LEBLANC, *con violencia*

¿Quiere usted que yo termine? «¡Además, si unos fanáticos atacaran el Santísimo que yo guardo, me dejaría matar con alegría!» ¿Es eso?

EL PADRE CARLOS, *de la misma manera*

Sí.

LEBLANC, *de la misma manera*

¡Solo que eso no resuelve nada! ¡No sirve para nada, excepto para asegurar, cree usted, su salvación personal y su gloria eterna! ¡Nosotros nos quedamos en la tierra con nuestras molestias y toda clase de censuras, eternas también! ¡El desgraciado Judas, el desgraciado Pilato, el desgraciado Cauchon, consagrados desde toda la eternidad a trabajos espantosos, al papel de «hacer valer»! No hay

mártires sin verdugos: pero la muerte, el remordimiento, la soledad de los verdugos, es también un martirio espantoso. ¿Piensa usted en ello algunas veces? ¡Hacen falta cuevas podridas y tenebrosas para que sirvan de cimientos a sus catedrales que tocan el cielo!

EL PADRE CARLOS, *con claridad*

No, señor Leblanc: si el mártir no salva a su verdugo con él, no está en el cielo, ¡créalo! *(Silencio. Cambiando de tono.)* Y, en cuanto a nuestra muerte, es la única cosa importante que nos pertenece con toda propiedad: ¡déjenosla!

LEBLANC

¡Desde luego que no!

SCHWEITZER, *sonriente*

Nuestra muerte pertenece al Estado, Padre Carlos. En el campo, cuando alguien se suicida, se llama a los guardias: ¡como para un desertor!

LEBLANC

Y, en la ciudad, a los bomberos: ¡como para un siniestro! «¡Mal ejemplo, prohibido acercarse!» El Estado ama las muertes útiles, pero desconfía de las muertes ejemplares…

MARÍA

¿Y usted?

LEBLANC, *volviéndose hacia ella*

¿Yo? ¡Oh! es muy sencillo. Yo detesto la muerte y nada más. Útil, utilizada, calculada, la encuentro humillante. Inútil, gratuita,

voluntaria, la acepto mejor. Quizás sea orgullo…

EL PADRE CARLOS, *sencillamente*

¡No lo dude!

LEBLANC

Y sin embargo ¿no hay más orgullo al hacer un mercado de nuestra muerte? ¿Ofrecerla, como hacen los cristianos, a cambio de tal o tal cosa?

EL PADRE CARLOS

Señor Leblanc, usted realiza exactamente las palabras del Evangelio: «A quien no tiene nada, se le quitará incluso lo que tiene…» *(Se lleva las manos al pecho.)* Esta respiración, esta vida es verdaderamente todo lo que poseo. ¡Déjeme, si no suprimirla, por lo menos cambiarla!

LEBLANC

¿Por la del doctor, por ejemplo?

EL PADRE CARLOS, *con sencillez*

Desde luego.

SCHWEITZER, *con viveza*

¡Desde luego que no, Padre! ¡No empecemos de nuevo esta discusión! Usted es tan útil como yo.

EL PADRE CARLOS

¡Mucho más fácil de sustituir! La Iglesia rebosa de locos como

yo; la sociedad no es rica en locos como usted, Schweitzer…

LEBLANC

¡Qué cumplidos son ustedes dos! ¡Pero si conservaran la vida el uno y el otro, sería todavía más sencillo! Se han reído de mi proposición de hace un momento; ¡yo también podría reírme de sus regateteos con el cielo!

SCHWEITZER

¿Es usted cristiano, señor Leblanc?

LEBLANC

En Francia, se es cristiano como se tiene pelo; católico como se es moreno, en la mayoría; protestante como se es rubio, y eso va por regiones. En Francia, los que se convierten se hacen notar como las personas que llevan peluca o se tiñen el pelo…

SCHWEITZER, *sonriendo*

No es la respuesta que esperaba al preguntarle…

LEBLANC

¿Si yo soy cristiano? *(Hacia el Padre Carlos.)* Bastante para comprenderlo, Padre; y demasiado poco para no espantarme de esa serie de promesas, de compromisos, de reclamaciones que representan las relaciones de cada uno de ustedes con Dios… ¡Ese mercado de buenas a buenas en que ustedes hacen las dos voces! ¡Ese número de ventrílocuo! *(Señalando al cielo.)* Él, ustedes lo visten de cólera o de indulgencia, según el tiempo… ¡No, verdaderamente, me daría vergüenza jugar así, a los muñecos, con mi Dios!

SCHWEITZER

Hay algo de verdad en lo que usted dice. Sin embargo, me encargo de expresarlo en términos… benévolos, y todo eso le parecerá natural y probablemente le conmoverá.

LEBLANC

Yo estoy por una religión de personas mayores: «¡Cada uno para sí y Dios para todos!»

SCHWEITZER

¡Pero si es precisamente lo contrario! Cada uno para todos y Dios para sí…

EL PADRE CARLOS, ***con dulzura***

¡No, Schweitzer: cada uno para todos y Dios para todos!

LEBLANC, ***de repente, después de un silencio***

¡Bueno! ¡Y si yo les diera la prueba, aquí, ahora, de que Dios no existe! ¡De que la Biblia es una invención de poetas y que Jesucristo no era más que un prestidigitador! ¡La prueba irrefutable! ¿Cambiaría eso en algo sus maneras de vivir?

EL PADRE CARLOS, ***rápidamente***

¡En nada!

SCHWEITZER, ***después de un instante***

En nada.

LEBLANC

¡Entonces ustedes no son honrados!

El Padre Carlos

¡Es exactamente como si usted exigiera que ande con la cabeza para abajo porque me prueba que la tierra es redonda! ¡Persuada a un recién nacido de que la leche no es lo que le hace falta! *(Silencio.)* Usted sabe cuáles son los caminos por los que he pasado, señor Leblanc… ¡*Ahora* sé lo que es bueno para mí!

Leblanc

¿Pero quién le asegura que los demás?…

Schweitzer

Por otra parte, exista Dios o no, la cara de un hombre que sufre es la misma y me aprieta el corazón.

El traje negro de un niño huérfano; los ojos hinchados de cansancio de un obrero que sale de la fábrica y se echa sobre la banqueta del tren, como un saco de herramientas; el viejo hombre endomingado que, instintivamente escoge el asiento más duro, se sienta en el borde y espera a ser recibido… ¡Oh! Leblanc, los seres sin defensa me encontrarán siempre sin defensa…

Leblanc

¡Porque usted ve a Jesucristo en ellos!

El Padre Carlos

Aunque solamente hubiera sido el farsante del que usted hablaba antes, basta con que lo hayan golpeado, condenado, crucificado, para que yo coja en mis brazos a mi hermano desgraciado…

LEBLANC

¡Ya no lo adora usted!

EL PADRE CARLOS

Por eso no lo amo menos.

SCHWEITZER, ***después de un silencio***

Cuando era niño, había un judío que pasaba por Gunsbach en su carro. Iba siempre con la cabeza baja, como su burro. Y los chiquillos, entre los que estaba yo, lo perseguíamos chillando su nombre que me acuerdo que era: «¡Mausché! ¡Mausché!», burlándonos de él. Una vez, me acerqué para tirarle de la chaqueta o decirle una tontería y le vi la cara, señor Leblanc. Es una herida todavía viva…

EL PADRE CARLOS

Por eso está usted aquí, Schweitzer; por eso cada uno de nosotros, bueno o malo, se encuentra donde está, cielo o infierno: ¡porque un niño de ojos asombrados le empuja por la espalda! Usted cuida aquí al judío Mausché…

SCHWEITZER

Al judío Mausché, y al negro de bronce, al pie del monumento del almirante Bruat, y al caballo cojo que llevaban al matadero de Colmar…

LEBLANC, ***gritando casi***

¡Ellos no se curarán jamás!

SCHWEITZER, ***más fuerte aún***

¡Yo tampoco!

EL PADRE CARLOS, *a Leblanc*

¿Cree usted que se terminará en este país la esclavitud que hemos abolido? ¡Usted descubre la pista cada día y cada día renace bajo otra forma! ¿Se desanima por eso?

LEBLANC, *confuso*

Yo cumplo solamente con mi deber de hombre.

SCHWEITZER

Y la parte de su deber de hombre que consiste en hacer un poco más que su deber de hombre: ¿cómo la llama usted? ¿De dónde viene?

LEBLANC, *sin contestar*

Renunciar a continuar, sería desanimar a los demás de empezar de antemano.

MARÍA, *levantándose de repente*

¿Y por qué no desanimarlos puesto que el judío, el negro, el caballo no se curarán jamás?

SCHWEITZER, *con dulzura*

Señor Leblanc, usted lucha contra la esclavitud, y el desorden, y la epidemia, cuando todo está siempre por empezar, porque sabe que un día todo será justo y definitivo. Usted también espera el Reino… *(Silencio.)* ¡Es la prueba de la existencia de Dios que usted nos trae ahora, aquí, la prueba irrefutable!

LEBLANC

Les anuncio, por el contrario, la inminencia de lo que puede hacer dudar más de Dios: ¡la guerra! Quizás en este mismo momento un corredor está en camino hacia nosotros… Una vez más, doctor, su hospital puede encontrarse amenazado, desde esta noche…

SCHWEITZER, ***sonriente, pero firme***

¡Sabe muy bien que no hay nada más terco en el mundo que un alsaciano, excepto un protestante!

LEBLANC

hace un gesto de impotencia y se vuelve hacia el Padre Carlos:

En todo caso, Padre, no puede quedarse aislado: tiene que quedarse aquí algunos días.

EL PADRE CARLOS

¡No me ordenen eso!

LEBLANC

Se lo recomiendo solamente.

EL PADRE CARLOS

No, sigo siendo suficientemente militar para saber lo que merece un abandono de puesto. Volveré a la ermita esta misma noche.

LEBLANC

Entonces, vayamos juntos. Yo debo hacer precisamente un rodeo por
Bdu-Sala.

EL PADRE CARLOS, *dudando*

¿Tiene usted escolta?

LEBLANC

¡Desde luego!

EL PADRE CARLOS, *después de un instante*

No, señor Leblanc. ¿Sabe cómo me llaman los indígenas?

MARÍA, *con dulzura*

«El hombre de las manos abiertas.»

EL PADRE CARLOS

No me verán aquí entre hombres armados.

LEBLANC

¡Como quiera, Padre! Sin embargo, cierre bien la puerta esta noche. Buenas noches, doctor… Buenas noches, señorita María…

MARÍA

Le acompaño.

(Salen los dos por el fondo.)

Escena III

Schweitzer y el Padre Carlos

Se quedan mirándose un momento sin una palabra, después:

Schweitzer, *con una voz alterada*

¡Padre, Padre, esta vez sí que estamos al borde del abismo!

El Padre Carlos, *con calma*

Más abajo aún, Schweitzer: ¡ya es el cuerpo a cuerpo, estoy seguro!

Schweitzer, *sorprendido*

Pero Leblanc no…

El Padre Carlos, *interrumpiéndolo*

He tenido el presentimiento mientras nos hablaba. Una herida y un alivio a la vez: como el hombre a quien se le abre un absceso. No lo dude, Schweitzer: es un hecho…

Schweitzer, *con fuerza*

¡Usted ve en el tiempo, Padre! Mañana, tal vez… ¡Sí, mañana! Pero no me diga que los hombres con los que he crecido y con los que usted ha crecido se matan entre ellos en este momento, ¡en este momento en que nosotros hablamos de Dios!

EL PADRE CARLOS, *con calma.*

Sí, y quizás en su nombre.

SCHWEITZER, *después de un silencio*

¡Que Francia salga de ella victoriosa!

EL PADRE CARLOS

¡Pero sobre todo mejor! *(Silencio.)* Me marcho…

SCHWEITZER, *parándolo, despacio*

Padre, ¿ha pensado usted que quizás le llamarán para… mandar hombres?

EL PADRE CARLOS

¿Para mandar unos hombres y matar otros? ¿Cómo no pensarlo?

SCHWEITZER

¿Y cómo rechazar?

EL PADRE CARLOS, *con calma*

Yo estoy tranquilo: Dios encontrará la solución. Y probablemente ya la ha encontrado…

SCHWEITZER

¡Cuidado, Padre! ¡Damos la razón a Leblanc con esta manera de… firmar cheques contra el cielo!

EL PADRE CARLOS

Pero el señor Leblanc olvida una cosa: que nuestros cheques no están jamás sin provisión. ¡Todo se paga. De nuestro lado, por lo menos! Solo Dios puede dar… *(Silencio.)* ¡Y aún!

SCHWEITZER

¡No presta más que a los ricos; a los pobres se lo da!

EL PADRE CARLOS, *sonriendo*

Entonces *me* dará el medio de escapar, sin huir… *(Silencio.)* Buenas noches, Schweitzer… *(Va hacia la puerta del fondo y se vuelve.)* ¡Cuánto trabajo me cuesta dejarle! Me parece que algo importante va a dejar de…

SCHWEITZER, *con una voz alterada*

Quizás sea este el último lugar, el último instante en que un alsaciano y un francés pueden hablarse fraternalmente… *(Silencio.)* Usted se va, Padre. ¡Yo me quedo con toda mi gente, trescientos enfermos, sus familias, y sin embargo me parece que me deja solo, que usted me abandona!

EL PADRE CARLOS, *a media voz*

Dios está con toda la creación, con millones de muertos y de vivos: sin embargo es Él quien está más solo, si no me vuelvo inmediatamente a la ermita.

(Se oye de repente un tumulto bastante cercano y que va a prolongarse durante las palabras siguientes.)

SCHWEITZER

¿Oye ese ruido?

El Padre Carlos

abriendo la puerta del fondo

¡Sí, y muchos más desde esta mañana!

Schweitzer

Pero este es más cerca.

(Escuchan un momento aún.)

El Padre Carlos, *mirando fuera*

No veo a la señorita María…

Schweitzer

Ha debido subir a la sala de operados graves; uno de ellos está perdido…

El Padre Carlos

¿Casa?

Schweitzer

Sí, Casa. No puedo hacer nada más por él.

El Padre Carlos

después de un breve silencio

La señorita María está maravillosamente atenta…

SCHWEITZER, *rectificando a media voz*

Maravillosamente puntual.

EL PADRE CARLOS, *con gravedad*

Dígale, Schweitzer, que rezo… ¡no! que *pienso* en ella, en su alma… *(Con una expresión de angustia.)* Se lo dirá, ¿verdad? ¿Esta noche?

(Schweitzer inclina la cabeza. El Padre hace un signo de adiós y sale.)

SCHWEITZER

va a grandes pasos hacia la puerta del fondo gritando:

¡Ferrier! ¡Ferrier!

EL PADRE CARLOS

volviendo a aparecer en la puerta

Es la primera vez que usted me llama por mi nombre de hombre.

SCHWEITZER, *muy emocionado*

¡Deme un abrazo!

(Se abrazan durante algún tiempo.)

EL PADRE CARLOS, *a media voz*

¡Adiós!

(Sale. Schweitzer permanece inmóvil. La puerta de la derecha se abre de repente y María aparece, ahogada. Las primeras palabras se cambiarán muy de prisa.)

ESCENA IV

SCHWEITZER y MARÍA

MARÍA, *gritando*

¡Doctor!

SCHWEITZER, *volviéndose*

¿Sí? ¿Ese ruido era aquí, verdad?

MARÍA

¡Las familias de la barraca 14 han forzado la despensa y han robado el aceite de palma y la harina de mandioca! *(Schweitzer vuelve hacia la puerta de la derecha, corriendo casi. María lo para con un ademán.)* ¡Es inútil! José, Bonzo y los demás han restablecido el orden.

SCHWEITZER

¿Qué les ha dado?

MARÍA

Los nervios: esos tam-tam, incesantes desde la pasada noche, los rumores traídos por los últimos que han llegado. ¡Se creen que los blancos van a cerrar el hospital y a abandonarlos aquí mismo!

SCHWEITZER

¡Están locos! Voy allá… ¡No! No voy a hablarles tan pronto: estoy demasiado furioso.

MARÍA

¡Son como niños!

SCHWEITZER, ***con amargura***

¡Y yo, qué! ¡Un viejo niño incorregible! He renunciado a la música, a la enseñanza, a todo lo que quería; he dado la espalda a la vida para llegar a eso: a que roben las provisiones del hospital. *(Silencio.)* ¡Oh! Gunsbach, la sombra de los tilos, el sonido de las campañas… ¡Oh! mis amigos de la tarde… *(Bajando la voz.)* Helena… mi hija…

MARÍA, ***con una especie de dureza***

Allá, pueden vivir sin usted: saben esperar. *(Señala la puerta de la derecha.)* Pero estos, sin usted, ¡es la desesperación!

SCHWEITZER

¡Robar el hospital!

MARÍA

¡Precisamente! Se han vuelto locos con el pensamiento de

quedarse solos.

SCHWEITZER

¿Quién de nosotros está más solo que yo, que alojo a sus familias en el hospital mismo? *(Se pasea a zancadas por la habitación hablando como para él solo.)* ¿Abandonarlos? ¿Es que he dejado a la casualidad una sola viga de un solo edificio? ¡Desesperado, recorriendo en piragua toda la región en busca de hojas de rafia para cubrir las salas! Y las fibras para fijar los cabrios al techo las cortaba a siete leguas de aquí porque me parecían más fuertes —¡imbécil! Y cuando todo se acabó ¡qué!, ¡volví a empezar todo en más grande, en otro sitio, para que el aire del río les llegara mejor… *(bajando la voz)* a esos ladrones!

MARÍA, *a media voz*

¡Doctor!

SCHWEITZER

¡Y estoy pensando agrandarnos más, en este ingrato país donde siempre hay que volver a empezar!

MARÍA, *de la misma manera*

¡Este ingrato país donde siempre hay que volver a empezar es la tierra entera!

SCHWEITZER, *sin oírla*

¡Mis plantas de mandioca y de maíz, plantadas en medio de la selva para que crezcan mejor, que cuando se vuelve quince días más tarde, la maleza ha cogido ya una parte! ¡País ladrón! ¡País asesino donde un rayo de sol vale el filo de una espada! ¡Donde el peligro cae de los árboles, sale de la tierra, *(haciendo un movimiento de*

cazar un mosquito) vuela por el aire, invisible! ¡Este país, donde ni un animal se hace familiar sin hacerse enemigo de toda la selva! Este país inhumano…

MARÍA

No, no es inhumano: Son hombres los que lo habitan. Es por ellos, no por él, por lo que usted ha venido.

SCHWEITZER, *parándose de andar*

Sí. ¡Y yo recibo hoy mi recompensa!

MARÍA

Su recompensa… ¡la ha recibido cien veces! Al despertar de cada operado, con el grito de: «¡Ya no me duele!» Con la mano que busca la suya y no quiere soltarla…

SCHWEITZER

Es verdad. *(Silencio.)* Pero, ante la alegría mía de verlos curados me reclaman un regalo. ¡Y, para retenerlos en el hospital entre las inyecciones, tengo que inventar una medicina roja que no es más que agua teñida! ¡O si no, exigen las mismas dosis que los más graves! ¡Se frotan el cuerpo con la poción que les he prescrito, chupan todas las píldoras de la caja!

MARÍA, *sonriente*

Su mujer dirá otro tanto de su hija, en Gunsbach.

SCHWEITZER, *desarmado*

¡Mi hija, por lo menos, acepta trabajar!

MARÍA, ***de la misma manera***

Sí, pero cuando pasa un pájaro o una ardilla, estoy segura de que su mirada se pierde y se le cae el lápiz de la mano. Por otra parte, usted la enseñó a trabajar. *(Con un ademán hacia la puerta de la derecha.)* ¿Y a estos quién les enseñó cuando eran pequeños?

SCHWEITZER, ***con rencor***

¿Quién les ha enseñado a robar? *(Sacando un llavero de su bolsillo.)* ¡Usted sabe muy bien que debemos encerrar a las lavanderas y a las mujeres que cuecen el aceite de palma detrás de las verjas para que no desaparezca el aceite y el jabón! ¡No, no! Yo…

MARÍA, ***interrumpiéndole con suavidad***

Doctor, ¿quiere usted tocar algo de Bach, por favor?… ¡Por mí!

SCHWEITZER

duda un momento y se sienta al piano

Por usted… ¡y sobre todo por mí! Y también para luchar contra esa horrible música de
tam-tam:
¡contra ese corazón que late, desordenado!

MARÍA

Que late de inquietud.

SCHWEITZER, ***con dureza***

¡O de impaciencia! *(Empieza a tocar con fuerza. Al cabo de*

unos instantes, lo hace más suave, mientras habla.) Señorita María, ¿por qué los defiende usted contra mí que los quiero, usted que no los quiere?

MARÍA, ***estremeciéndose***

Le aseguro…

SCHWEITZER, ***que continúa tocando***

No los quiere y tiene mucho más mérito. ¿Por qué los defiende usted?

MARÍA, ***violentamente, después de un silencio***

¿Y por qué estoy aquí? «¿Mucho más mérito?» ¡Solamente es mucho más lastimoso!

SCHWEITZER

se para de tocar y, volviéndose hacia María, dice imperiosamente:

Los defiende porque yo los ataco, y que nada ni nadie, jamás, es completamente justo o injusto; es la condición humana. Que usted lo haya querido o no, formamos un equipo, señorita María: cuando dejo de querer, usted lo hace en mi lugar. *(Se pone a tocar suavemente.)*

MARÍA, ***a media voz***

¿Querer yo? ¿Qué es querer? ¡Cada uno de nosotros, aquí, tiene su definición! ¿Cuál aceptar?

SCHWEITZER, ***despacio***

La de los seres que han sometido sus vidas a sus definiciones.

MARÍA, ***más bajo aún***

¿Y solamente hay que aceptar el amor del que somete su vida a su amor?

(Schweitzer no responde y quizás no lo ha oído. Se pone a tocar más fuerte. La música reina sola durante un largo momento. De repente se ve aparecer en la puerta del fondo a Lieuvin. María hace un gesto; Lieuvin le impone silencio poniéndose un dedo en los labios. Schweitzer, que no lo ha visto, continúa tocando; pero de repente se da cuenta de la presencia de Lieuvin, se para y se levanta).

ESCENA V

SCHWEITZER, MARÍA y LIEUVIN

SCHWEITZER, ***con angustia***

¿Qué hay?

LIEUVIN

Es un hecho, Schweitzer.

SCHWEITZER

se deja caer, abrumado, sobre el asiento de delante del piano:

¡Y usted me dejaba seguir tocando el piano!

LIEUVIN

Sí, le daba un minuto más de libertad y lo miraba: ¡es bonito ver a un hombre que todavía no sabe que está en guerra y que tiene que odiar una parte del mundo!

SCHWEITZER, ***levantándose de repente***

¡Jamás, comandante! ¡Jamás me obligarán a considerar que un hombre es enemigo mío!

LIEUVIN

¿Tampoco si bajo su orden destruyen el hospital?

MARÍA, ***con más dulzura***

¿Tampoco si bajo su orden destruyen Gunsbach y sus habitantes?

(Schweitzer baja la cabeza sin contestar y cierra el piano.)

LIEUVIN

¡No contesta! *(Silencio.)* ¡Qué bien sabe enseñar la guerra a cada uno la cara que la justifica a sus ojos! Para unos es la Libertad o la Igualdad ante la muerte. Para otros, solo la Fraternidad. Desde que la declaran, escriben «Guerra» con mayúscula. ¡No escapará a ella, doctor!

SCHWEITZER

La guerra es sobre todo el desquite. No solamente el de un país

sobre otro: el de todos los hombres también. Se vengan de su mediocridad, de su mala suerte, de la suerte de los demás.

LIEUVIN, ***con amargura***

¡Ni siquiera! ¡De su jefe, de su mujer, del aburrimiento de ir a misa los domingos y de las visitas del día primero de año! Para los peores, la guerra es una venganza; pero para los mejores, es una diversión: «¡Encontrarse entre hombres, como en los buenos tiempos del servicio militar!» Eso es lo que piensan todos. Y cuando uno se encuentra cara a cara con la verdad, que es la muerte, no tiene más remedio que ser un héroe o un cobarde, según su temperamento: dejarse matar por los demás o fusilar por los suyos.

SCHWEITZER, ***a media voz***

¡Es injusto, comandante!

MARÍA

Y usted, doctor, se está volviendo indulgente.

LIEUVIN

Peor: ¡cómplice! La guerra ha encontrado su punto débil: esa piedad, esa maravillosa piedad. Pero la guerra, es la injusticia, doctor, es la violencia: ¡contra ella, hay que ser injusto y violento!

SCHWEITZER, ***con firmeza***

¡No, jamás! ¡Contra nadie! *(Silencio.)* Por otra parte, usted ha hecho la guerra, comandante: en Tonkín, en Marruecos, aquí. Hubo un tiempo en que el mundo entero estaba en paz, excepto donde usted se encontraba y donde dependía de usted que se depusieran las armas.

LIEUVIN

Sí, yo hice la guerra, pero con la mano tendida, no con el puño tendido: un mes de guerra para asegurar veinte años de paz. *A* los que murieron bajo mis órdenes, no les edifiqué monumentos, sino reinos; por cada cruz de madera, ¡una ciudad entera! Mientras que la guerra de ellos, es la destrucción, ¡y cada vez más! Ruinas, placas de mármol y discursos, es todo lo que quedará de la guerra, por las dos partes.

SCHWEITZER

Olvida usted, de un lado —¿pero de cuál?— esta humillación insoportable: la vergüenza de los mayores, el desprecio de los jóvenes, y ese gran deseo de desquite que hace que toda guerra sea perdida de antemano por el que la gana.

LIEUVIN

¡Están locos! ¡Es la tontería más grande que haya hecho el mundo! Todos los pueblos comprometidos en ella perderán tarde o temprano sus colonias. ¡La guerra entre europeos, es la guerra civil!

MARÍA

¿Conocen la noticia los indígenas?

LIEUVIN

Lo han sabido al mismo tiempo que yo y antes que Leblanc, a quien está buscando todavía una estafeta, en medio de la selva. ¡El correo nos llega cada tres semanas con noticias de hace un mes, pero las noticias de esta clase, nos las trae el viento, la semilla alada, los relámpagos! ¡La selva entera sabe ya que los blancos de Europa han empezado unas «palabras mayores» *(bajando la voz)* y que la tribu del comandante se bate contra la del gran doctor!

SCHWEITZER, ***después de un silencio***

En este momento, ya no se oye ningún tam-tam.

MARÍA, ***citando a media voz***

En África, lo que no se oye, es lo que es verdaderamente peligroso.

LIEUVIN, ***preocupado de repente***

¿Dónde está Ferrier?

SCHWEITZER

Se volvió a la ermita.

LIEUVIN

¿Esta noche?

SCHWEITZER

Hace un momento.

LIEUVIN

¿Solo? *(Schweitzer hace un signo de que sí.)* ¡Qué locura!

MARÍA

No quiso juntarse a la escolta del señor Leblanc.

LIEUVIN, ***encogiéndose de hombros***

¡Ya empiezan los *gestos*! Eso es la guerra.

MARÍA, ***a media voz***

¡Habla usted como el señor Leblanc!

SCHWEITZER

También me ofreció a mí que el hospital fuera guardado por la tropa. Yo rehusé. ¿Llama usted un «gesto» a eso? Es todo lo contrario. El Padre o yo protegidos contra los indígenas por los soldados, eso es lo inesperado, la locura: ¡el gesto!

LIEUVIN, ***imperiosamente***

¡Si yo hubiera creído al hospital en peligro por un instante, hubiera prescindido de su asentimiento, doctor!

MARÍA

¿El Padre Carlos está entonces en peligro?

LIEUVIN

¡Sí, porque está solo! La guerra desencadena primero a los cobardes; los héroes aparecen después.

SCHWEITZER

Además, el Padre no se defenderá.

LIEUVIN

¡Sin embargo yo lo he conocido combativo! En Saint-Cyr, un día que yo me había cargado con un duelo ridículo, quería

batirse en mi lugar a la fuerza.

SCHWEITZER

Sería por fraternidad, no por violencia.

LIEUVIN, ***muy sorprendido***

¿Cree usted? *(Schweitzer hace señas de que eso le parece evidente.)* Sí… es probable. Yo había juzgado aquello, de una vez para siempre, con mis ojos de veinte años… ¡Ferrier! *(De pronto, con tanta furia como angustia.)* ¡Ah! ¡no puedo soportar saber que está solo allí, esta noche! Voy a enviarle mis guardias. ¡No! Se sentiría humillado. ¡Iré yo mismo!

> *(En el momento en que termina estas palabras estalla en la cercanía inmediata una letanía fúnebre. Schweitzer y María se miran.)*

SCHWEITZER

¡Casa!

MARÍA

Casa acaba de morir.

SCHWEITZER, ***volviéndose hacia Lieuvin***

Uno de los operados de esta mañana. Estaba perdido. Iré dentro de un momento: ¡el dolor sin esperanza de los paganos me trastorna tanto como el de los niños pequeños!

LIEUVIN

Sus trescientos enfermos oyen este canto fúnebre y el demonio piensa en ellos: «Afortunadamente, no soy yo quien ha muerto. ¡Un día más!» Desde ahora, trescientos millones de seres humanos van a pensar eso cada día. ¡Es la guerra!

MARÍA, ***a media voz***

¡Pobre Casa!

LIEUVIN

¡Sí, pobre Casa que muere un día demasiado tarde! Todo ha cambiado: su muerte no tiene ya el mismo peso.

SCHWEITZER, ***vivamente***

¡Oh, el mismo, comandante, exactamente el mismo!

LIEUVIN

¡Para Dios, probablemente! Pero para…

SCHWEITZER

¡Para todos los que son dignos del nombre de hombre, porque ellos han respetado la vida!

LIEUVIN, ***con dulzura***

Sin embargo, doctor, en este mismo momento, los mejores ciudadanos de varias naciones grandes reciben, limpian y sopesan todo lo que puede servirles para matar. Es la guerra… ¡la guerra!

SCHWEITZER

¡Precisamente! Solo tenemos en cuenta las personas o los

principios lo bastante fuertes para que la guerra no los altere en nada. Usted está obsesionado por la destrucción que se prepara; yo, por la reconstrucción que seguirá. Se hará sobre la base del respeto a la vida. Mantener, favorecer la vida, llevarla a su más alto valor: esto es el bien; destruir la vida, perjudicarla, someterla al sufrimiento: esto es el mal. ¡La responsabilidad de cada uno de nosotros hacia todo lo que vive es total, comandante! ¡Se nos pedirá cuenta de un insecto aplastado por nuestro capricho, como de un regimiento aniquilado por nuestra imprudencia!

LIEUVIN, ***de la misma manera***

¡Usted es un manso, doctor! ¡Acepto que los mansos poseerán el reino de la tierra, pero hoy no!

SCHWEITZER

¡Yo no soy un manso! El mundo es un caballo caído que se debate en su arnés. Hay que desatarlo, ayudarlo, pero castigarlo también. ¡Lo sé muy bien!

(La melopea se ha terminado desde hace un momento.)

MARÍA

escucha atenta y, después de un breve silencio, dice dulcemente:

¡Casa ha terminado de luchar!

SCHWEITZER

Voy a decirle adiós.

(Sale por la derecha.)

Escena VI

María y Lieuvin

(Se miran durante un momento largo en silencio.)

Lieuvin

Espero una decisión suya esta noche.

María

¡Y es usted quien me trae una noticia… decisiva!

Lieuvin, *vivamente*

¡Pero que no cambia nada!

María

Depende.

Lieuvin

¿Y de qué?

María

De un sobre: de esas órdenes «secretas», y que ya no lo son desde hace un momento.

Lieuvin

Cualquiera que sean esas órdenes, la dejan completamente libre, María.

MARÍA

Libre de dejarle libre, sí. *(Silencio.)* Sin embargo pienso si el doctor tiene razón…

LIEUVIN

¿Razón?

MARÍA

Sí: si es una fuerza o una debilidad hablar hoy como se hablaba ayer *(bajando la voz)*, decidir hoy lo que se hubiera decidido ayer.

LIEUVIN, *después de un silencio*

Si usted me amara, María, si me casara con usted; si mañana me marchara a la guerra y si, más tarde, muriera ¿se arrepentiría de su decisión?

MARÍA, *arisca*

¡Jamás arrepentirse de lo que fue voluntario! ¡Pero maldecir para siempre al cielo!

LIEUVIN, *a media voz, muy emocionado*

¡Usted me ama, María!

MARÍA, *de la misma manera*

¡Yo no soy cristiana! ¡Y no me resigno! Ha llegado el momento de que lo sepa…

LIEUVIN, ***emocionado todavía***

Ahora sé que me ama y es bastante…

MARÍA, ***de la misma manera***

He esperado demasiado… ¡Cuando me llegue la vez, no la cederé!

LIEUVIN, ***con dulzura***

Nosotros la cederemos, quizás.

MARÍA

aturdida, lo mira y dice con esfuerzo

Quizás. *(Silencio.)* Ahora dígame esas órdenes.

LIEUVIN

¿Me dirá usted después su decisión?

MARÍA

Probablemente.

LIEUVIN, ***sacando unos papeles del bolsillo***

Lo que me ordenan es extraño y prudente: que me quede aquí, si la situación lo exige; que vuelva a Francia a encargarme de un mando, si estimo que esta región está pacífica y próspera.

MARÍA

¿Entonces es usted dueño de elegir?

LIEUVIN

No, de elegir, no; ¡de juzgar!

MARÍA

¿Y… su decisión?

LIEUVIN, ***sin sonreír***

¡La suya primero!

MARÍA

De ninguna manera. ¡Que su juicio sea puro!

LIEUVIN, ***después de un silencio***

¡Bien, dejemos esto! Me parece que conozco sus sentimientos… Y, en cuanto a mi juicio, está decidido: me quedo.

MARÍA, ***con ardor***

¡Se queda!

LIEUVIN, ***casi con violencia***

¡Sí! Allí, es la aventura, la carrera, las estrellas… ¡y me quedo! Esta guerra a la que nos están preparando desde hace veinte años… ¡pero yo me quedo!

MARÍA, ***con dulzura***

¿Con la muerte en el alma? *(Lieuvin la mira, duda, pero dice sí*

lentamente con la cabeza.) Entonces ¿por qué quedarse?

LIEUVIN, ***con una especie de ira***

¡Porque encontrarán diez mil jefes de batallón para llevar a las tropas al asalto del quinto galón! Pero hombres capaces de mantener un imperio sin créditos y sin soldados, ¿cuántos se presentarán?

MARÍA

¿Sin soldados? Creía que las tropas estacionadas aquí…

LIEUVIN, ***interrumpiéndola, de la misma manera***

¡… Son numerosas, sí! Pero devolveré casi todas. Practicaré la política de la sonrisa: una obra en construcción vale un batallón; una enfermería indígena vale un regimiento. ¡Pero mis hombres se batirán allá sin mí! Y yo suministraré también buques mercantes llenos de ultramarinos…

MARÍA

¿Se lo ordenan?

LIEUVIN, ***cambiando de tono***

No. *(Casi con ternura.)* Un niño no espera una orden para socorrer a su madre…

MARÍA

¡Usted es más monárquico que el rey!

LIEUVIN

Quizás. ¡Sin esta clase de gente, la república no duraría mucho tiempo!

MARÍA, ***con esfuerzo, después de un silencio***

¿Ha pensado usted bien…?

LIEUVIN, ***con demasiada viveza***

¡En todo! *(Con un tono más suave.)* Le ruego que crea que he pensado en todo antes de tomar la decisión de no luchar.

MARÍA

¡O más bien, de no luchar de esa manera!

LIEUVIN, ***con amargura***

¡Desde ahora, la única importante a los ojos de todos!

MARÍA, ***con dulzura***

¿Los juicios son importantes aún a los suyos?

LIEUVIN, ***después de un instante, con sencillez***

No, ya casi no. Es probablemente la definición del tirano…

MARÍA, ***sonriente***

¡O la del «gran hombre»! ¡El señor Leblanc nos haría un buen discurso sobre ello!

LIEUVIN

¡Será necesario que prescinda del juicio del señor Leblanc!

MARÍA, ***con gravedad***

¡Desgraciadamente, es el único que habrá que tener en cuenta! *(Lieuvin hace un gesto.)* Escuche, todo lo que pueda obligarle a marcharse de aquí me horroriza…

LIEUVIN, ***conmovido***

¡María!

MARÍA, ***continuando imperiosamente***

Pero me gusta menos el equívoco, el pesar, el cambio. *(Bajando la voz.)* Como a un enfermo no le gusta la causa de su mal… ¿Ha pensado que no realizaría ninguno de sus planes si el señor Leblanc se opusiera a ellos?

LIEUVIN, ***con calma***

¡Todos mis planes! ¡A mi modo! Pues *(se saca otro papel del bolsillo)* aquí tiene mis cartas de mando sobre el gobernador civil…

MARÍA

¿Lo sabe él?

LIEUVIN

Ni él ni nadie más que usted. *(Silencio.)* ¡Hemos hablado bastante del señor Leblanc! ¡Hablado bastante de lo que no es ni usted ni yo! *(Con gravedad.)* A lo que me comprometo en esta guerra, o más bien a lo que renuncio, para hacer frente a ello, cuento con usted, María… *(Silencio.)* ¡Es mi manera de decir que la amo!… Y ya nos separamos…

MARÍA, ***vivamente***

¿Por qué?

LIEUVIN

Ferrier, completamente solo…

MARÍA

Es verdad.

LIEUVIN

¡Deme una palabra que no me abandone nunca!

MARÍA

Pero…

LIEUVIN

Una palabra que me encante y me encadene, como el anillo de oro…

MARÍA, ***tendiéndole la mano, con dulzura***

El silencio es desde hace tanto tiempo nuestro reino… ¡No salgamos de él todavía! que nos sirva de promesa mutua, Hervé…

LIEUVIN, ***en el colmo de la emoción***

Su voz para decir este nombre que nadie usa… Su voz esta noche… Me doy cuenta, a la vez, de que mi corazón estaba vacío y que ahora está colmado…

MARÍA, ***con angustia***

Un instante, un solo instante de felicidad… ¿Es demasiado? ¿Es demasiado tarde?

LIEUVIN

¿Demasiado tarde?

MARÍA, ***de la misma manera***

La máquina está en marcha, la mecha encendida… Esta es la primera noche inhumana. ¿Cuántos hombres han muerto indebidamente hoy? Nuestro primer instante de felicidad está ya manchado de sangre… ¿La felicidad es quizás no pensar en los demás?

LIEUVIN, ***tratando de bromear***

¡Chist! ¿Qué diría Schweitzer de estas palabras?

MARÍA

Ya lo sé: me diría que no tenemos derecho a la felicidad…

LIEUVIN

¿Y a qué tenemos *derecho* en la tierra? ¡Todo se roba!

MARÍA

¡Todo se paga!

LIEUVIN

encoge los hombros con despreocupación o cansancio. Y *después de un silencio*:

¡Tome esta sortija! Es la primera vez que me separo de ella desde hace veinte años… *(Le pone en el dedo la sortija.)* Le tiembla la mano, María… ¿Qué tiene?

MARÍA, ***con una voz alterada***

¡Miedo! Por primera vez desde hace mucho tiempo, miedo por dos…

(Lieuvin está emocionado… Va a cogerla en sus brazos. En este momento la puerta del fondo se abre de repente y aparece Leblanc; está muy pálido.)

ESCENA VII

MARÍA, LIEUVIN y LEBLANC

LEBLANC, ***gritando***

¡Lieuvin! ¡El Padre Ferrier!…

LIEUVIN, ***con una voz breve***

¿Qué pasa?

LEBLANC

¡Asesinado!

MARÍA

ocultándose la cara entre las manos

Dios mío…

LIEUVIN, ***de la misma manera***

¿Cuándo? ¿Quién? ¡De prisa!

LEBLANC

No había querido juntarse a mi escolta. Al pasar cerca de su ermita, oí un tumulto, voces. Di una orden y nos dirigimos hacia allí. Un tiro… Llegamos… ¡Oh! Lieuvin… El Padre de rodillas, atado, cae contra el suelo de cara, lentamente, como si durmiera…

LIEUVIN

¿Muerto?

LEBLANC

De una bala detrás de la oreja y que salió por el ojo izquierdo…

MARÍA, ***dudando***

¿Desfigurado?

LEBLANC

No. Sonriente…

LIEUVIN, ***como un grito***

¡Ferrier! *(De nuevo con el tono breve.)* ¿Y los asesinos?

LEBLANC

Huyeron cuando nos sintieron acercarnos. Tres de mis hombres los persiguen en la noche ¡sin esperanza!

LIEUVIN

¿Huyeron hacia el sur?

LEBLANC

Sí.

LIEUVIN

¡Naturalmente! *(Con más desesperación que furor.)* ¡Ah, Leblanc! ¡cómo pudo dejarlo marchar solo esta noche!

MARÍA

No quería bajo ningún pretexto…

LIEUVIN, ***interrumpiéndola violentamente***

¡No era dueño de su persona! ¡Ni dueño de su muerte! Él, usted y yo representábamos aquí a Francia. Sus asesinos vienen del sur: de las colonias alemanas. Lo eligieron antes que a usted, antes que a mí, porque no estaba protegido ¡y por nuestra culpa!

LEBLANC, ***con dulzura***

Es un suceso, Lieuvin, un doloroso suceso; ¡no haga de él un crimen político!

LIEUVIN

Ni una cosa ni otra: es un acto de guerra. Ferrier es quizás el primer muerto de esta *(bajando la voz)* y era mi camarada…

MARÍA, ***con violencia***

¡No, no! ¡Diez contra uno que no está armado es un asesinato! ¡No haga entrar esta muerte en uno de sus grandes juegos: la guerra o la política! Un simple asesinato… *(Silencio. Con una voz alterada.)* ¡Ah! Me da vergüenza vivir en un mundo que asesina al Padre Ferrier…

LIEUVIN, ***después de un silencio***

¿Por qué no se lo llevaron mejor como rehén? ¡Hubieran podido obtener todo de nosotros!

LEBLANC, ***bajando, la cabeza***

Mi llegada debió precipitar las cosas: se espantaron… y uno de ellos tiró…

LIEUVIN, ***poniéndole la mano sobre el brazo***

¡Olvide eso, Leblanc! ¡Es un pensamiento con el que no es bueno vivir! *(Silencio.)* ¿Está solo?

MARÍA, ***a media voz***

Está muerto: ¡está solo!

LEBLANC

He dejado dos soldados; y todos esos animales amaestrados que gimen; y los negros cada vez más numerosos que se cuelan en silencio hasta la ermita y se quedan consternados… ¡Persuadidos sin embargo de que el gran doctor blanco va a despertarle como

resucita sus operados! *(Silencio. A media voz.)* Pero la sangre corre lentamente sobre esta tierra saturada…

(Lieuvin se vuelve de repente para ocultarse la cara.)

MARÍA, *después de un silencio*

Voy a decírselo al doctor Schweitzer.

LEBLANC, *con dulzura*

Le va a dar mucha pena…

MARÍA, *violentamente*

¿Pena?… ¡Vergüenza! La vergüenza de los supervivientes…

(Lieuvin se vuelve y la mira durante algún tiempo. María sale por la derecha.)

ESCENA VIII

LIEUVIN y LEBLANC

LEBLANC

sacándose del bolsillo una agenda que tiende a Lieuvin

Tenía su agenda en la mano…

LIEUVIN

abriendo la agenda, hojea algunas páginas y lee

«Vivir como si debieras morir mártir hoy…»

(Silencio. Después, de repente Lieuvin se dirige hacia la puerta del fondo.)

LEBLANC

¿Qué va a hacer usted?

LIEUVIN

Saludar a mi camarada. Rendir a Ferrier los honores militares.

LEBLANC

¡Concédame primero cinco minutos! Los vivos pasan antes que los muertos. *(Lieuvin duda.)* Cualquier vivo importa más que cualquier muerto…

LIEUVIN, *volviendo cerca de él*

Es verdad.

LEBLANC

¿Conoce usted las órdenes?

LIEUVIN

Las mías, sí.

LEBLANC

He recibido una copia de una parte de ellas. Qué, ¿ha elegido usted?

LIEUVIN, ***volviendo la cabeza***

Sí, desde hace poco: me voy…

LEBLANC, ***estupefacto***

¿Usted?

LIEUVIN

Sí. ¿Qué hay de extraño? ¡Es la guerra, soy militar y me voy!

LEBLANC, ***con violencia***

¡Quién habla en usted, no es el soldado, es un niño! ¡El chiquillo turbulento que jugaba a la guerra! ¡Y como usted, hay millones en toda Europa!

LIEUVIN, ***con dulzura, sonriendo casi***

Se equivoca, Leblanc: no jugaba al soldado, jugaba «al País»… Trazaba carreteras y ríos, construía puentes.

LEBLANC

¿«El País» es solamente un juego de niños, un juego de tiempos de paz?

LIEUVIN, ***con viveza***

¡No!

LEBLANC, *de la misma manera*

Entonces, ¿por qué se marcha usted?

LIEUVIN

despacio, después de haberlo mirado en silencio

Y usted ¿por qué me retiene?

LEBLANC, *desconcertado*

Pues…

LIEUVIN

¡Al fin va a encontrarse único dueño de este reino y me retiene! ¿Qué ha cambiado la última noche?

LEBLANC, *después de dudar*

Simplemente esta frase: «¡No quiero jugar a la isla desierta!»…

LIEUVIN

¿Qué significa?…

LEBLANC, *con una voz sorda*

No quiero encontrarme cara a cara con María…

LIEUVIN, *con amargura*

¡Al fin solos!

LEBLANC, ***con violencia***

¡Usted sabe muy bien que no! ¡Sabe muy bien que con las almas de esta clase, los ausentes tienen siempre razón!

LIEUVIN, ***después de un instante***

¡He aquí todos los problemas que la guerra le plantea!

LEBLANC

Los otros problemas se encargan de resolverlos en mi lugar; ¡y sin darme a elegir, como se lo dan a usted! *(Silencio.)* Además ¿debo deshacer mi vida porque unos hombres de Estado han decidido divertirse, una vez más, con el Juego de los Imperios?

LIEUVIN, ***con violencia***

¿Qué le importa el imperio, con tal que usted pueda continuar jugando a su pequeño juego personal?

LEBLANC, ***con sequedad***

¡No me dé una lección! ¡Si el imperio le importara algo, se quedaría, Lieuvin!

LIEUVIN

¡La suerte de África se juega en Lorena!

LEBLANC

¿Cree usted que allí andan escasos de jefes de batallón?

LIEUVIN

¡Lo que me corroe es la falta de acción!

LEBLANC

Pero la acción libre, inmediata, productora, está *aquí*, a pesar de la guerra, ¡lo sabe muy bien!

LIEUVIN, *conciliando, casi suplicante*

¡Usted dirigirá esta acción!

LEBLANC, *despacio, con ironía*

¿Tiene confianza en mí? ¿Qué ha cambiado desde la noche pasada?

LIEUVIN, *después de un silencio*

Nada. Además, estaba resuelto a quedarme *(bajando la voz)* hasta hace un momento…

LEBLANC

¿Hasta la noticia que le he traído? *(Lieuvin hace señas de que sí.)* ¡Pues la muerte de Ferrier debería ser precisamente para usted un deber de quedarse!

LIEUVIN, *parándolo con un gesto*

¡No se dé a la elocuencia, Leblanc! En quien puede hacerse confianza, ninguna razón ha prevalecido jamás contra un reflejo. Yo *sé* que donde reemplazo a Ferrier es allí, no aquí…

LEBLANC

¿Quiere usted vengarlo? ¡Por eso las guerras son tan largas y

jamás son decisivas!

LIEUVIN, ***con dulzura***

No, la venganza, no, sino —María acaba de decirlo— la vergüenza de sobrevivir… *(Silencio.)* ¡Va a reírse, Leblanc! Hace veinte años, Ferrier quiso batirse en mi lugar: ¡hoy, yo debo batirme en el suyo!

LEBLANC

Sí, ¡y aquí tiene su sitio! No deje esta región completamente huérfana…

LIEUVIN

En fin… ¡Schweitzer está ahí!

LEBLANC, ***después de un instante***

No.

LIEUVIN, ***estupefacto***

¿El doctor se va a marchar de África?

LEBLANC, ***con esfuerzo***

El doctor es alsaciano, es decir súbdito alemán. Será detenido esta noche antes de las doce.

LIEUVIN, ***gritando***

¡Usted está loco, Leblanc!

LEBLANC, ***sacando un papel del bolsillo***

Aquí está la orden.

LIEUVIN

No va a ejecutarla, ¿verdad?

LEBLANC, ***bajando la cabeza***

Seguramente, sí.

LIEUVIN, ***yendo hacia él***

¡Se lo prohíbo!

LEBLANC, ***despacio***

¿Con qué derecho?

LIEUVIN

Con el derecho… *(Se lleva la mano al bolsillo donde había metido la carta de su mando, después se vuelve atrás. Silencio. Continúa con mucha calma.)* Será desaprobado. El mundo entero…

LEBLANC, ***interrumpiéndolo, de la misma manera***

El mundo entero está en guerra y le importa un comino el doctor Schweitzer.

LIEUVIN, ***imperioso, pero suplicante***

¡Leblanc, rompa esa orden! Yo lo encubriré…

LEBLANC, ***de la misma manera***

Mañana ya no estará aquí. Hoy, usted es virrey; mañana, un

oscuro jefe de batallón…

LIEUVIN, ***con una voz sorda***

Y si me quedara…

LEBLANC, ***mirándolo de frente***

Le ordenaría ejecutar esta orden, Lieuvin: respondería de ella…

LIEUVIN, ***con viveza***

¡Sabe muy bien que no la ejecutaría!

LEBLANC, ***a media voz***

¡Tanto mejor!

LIEUVIN, ***con violencia***

¡Entonces no sea hipócrita! *(Leblanc dice no con la cabeza.)* ¡Piense en Schweitzer! *(Silencio. Con otro tono.)* Piense en María…

LEBLANC, ***amargo***

¿Es usted quien me lo aconseja, ahora?

LIEUVIN

¡Lo despreciará!

LEBLANC

Despreciará a los que han dado esta orden…

LIEUVIN

Si usted los respeta, ¡desobedézcalos!

LEBLANC, *con calma*

¡No, Lieuvin! No. Soy de la raza de los que no respetan, sino de los que obedecen. A medio camino entre la devoción y la rebeldía: soy un hombre como los demás. Uno de los que gracias a ellos, usted y los suyos pueden ser una excepción y, si el golpe tiene éxito, marcar en la Historia… *(Con amargura.)* ¡Yo soy un pedestal! ¿De qué se queja usted?

LIEUVIN, *a media voz*

María lo despreciará…

LEBLANC, *moviendo la cabeza*

Si ella es de su raza, sí; pero no lo creo. La conozco mejor que usted, ya que ella no me ama… *(Silencio.)* La amo lo bastante para afrontar su desprecio… Algún día comprenderá…

LIEUVIN

¡Y yo tengo bastante confianza en ella para marcharme! *(Silencio.)* Cuando vuelva…

LEBLANC, *con violencia*

¡Todos están siempre seguros de volver! La muerte, es para los demás ¿verdad? Y, cuando vuelvan, pasarán bajo el arco de triunfo, la vida será un perpetuo banquete y —¡milagro!— ¡ni ustedes ni sus amores habrán envejecido! ¿Cree que la guerra es la Bella Durmiente del bosque?… ¡No, Lieuvin! ¡Si usted vuelve, no encontrará nada ni nadie intacto!… A la vuelta, lo que espera al

héroe es un montón de esquelas y una carta del fisco reclamándole los atrasos de los impuestos… ¡En el mismo año, pensará que los buenos tiempos eran aquellos en que la única preocupación era la de matar hombres! ¡Y los demás, en el mismo año, pensarán que los héroes solo se pueden aceptar a condición de que mueran en la guerra!

LIEUVIN, ***con dulzura***

Probablemente tiene usted razón… ¿Quiere usted retenerme por caridad?

LEBLANC, ***con una voz sorda***

No, ya se lo he dicho: ¡le temo más ausente que presente!

LIEUVIN

¡Bien, mi decisión está tomada y Ferrier me espera! *(Va hacia el fondo, pero se vuelve y casi suplicante dice.)* ¿Cuidará de esta región, Leblanc?

LEBLANC, ***apurado***

¡Aún no es la hora del testamento! Volverá esta misma noche. ¿Conoce María su nueva decisión?

LIEUVIN

¡Si no la sospechara, en este momento, yo dudaría de ella! Volveré mañana. Soportar la mirada del doctor Schweitzer dentro de un rato, es superior a mis fuerzas… ¡Mucho ánimo!

(Lieuvin sale.)

Escena IX

Leblanc y María

Una vez solo, Leblanc permanece inmóvil y como abrumado, de espaldas al público. Después alza la cabeza y, con un paso decidido, se dirige hacia la puerta de la derecha. Entonces ve a María que ha entrado por esta puerta, hace un momento, a las palabras: ¿Conoce María su nueva decisión? *y se ha quedado inmóvil en la sombra.*

Leblanc, *parándose*

¡María! ¡Estaba usted ahí!…

María, *con una voz alterada*

El comandante Lieuvin se marcha, ¿verdad?

Leblanc

Sí. *(María permanece impasible.)* ¡No dice nada! ¡Ni siquiera luchará usted! *(María mueve la cabeza.)* Se ha pasado ya al campo contrario: ¡con los que sacrifican la felicidad, el presente, la tierra a las grandes palabras y a las actitudes! ¡Al campo de los falsificadores! *(Bajando la voz.)* ¿Es tan difícil ser siempre humano?

María, *con dulzura*

¡El comandante Lieuvin y yo hemos cambiado de opinión en el mismo instante, con la noticia que usted nos ha traído! No hay nada más humano…

LEBLANC, ***con una violencia contenida***

¡Yo no admito que la muerte de un hombre pese sobre el destino de los vivos!

MARÍA, ***de la misma manera***

Lo que pesaría sobre nuestro destino sería solamente que la decisión del comandante Lieuvin me fuera extraña, odiosa, y que yo me opusiera a ella, solamente eso…

LEBLANC, ***con amargura***

¡Qué confianza!

MARÍA

Confianza, sí… Tanta confianza en usted también, que no pregunto por qué, contra toda lógica, intenta retener aquí al comandante…

LEBLANC, ***con viveza***

Simplemente porque…

MARÍA, ***interrumpiéndolo***

¡Lo sé! Veo claro en usted.

LEBLANC

Porque nosotros somos de la misma raza ¡pero él no!

MARÍA, ***despacio***

¿Cree usted que si pudiera quedarse en este país alejándole a

usted, lo haría?

LEBLANC

Seguramente.

MARÍA, *con calma*

¡Se equivoca! Tiene los medios y es él quién se va de aquí.

LEBLANC

¿Qué medios?

MARÍA, *de la misma manera*

Una carta de mando absoluto. *(Leblanc hace un gesto de duda.)* Yo la he visto.

LEBLANC, *después de un silencio*

¡Esta generosidad me insulta! ¿Entonces es porque no me teme en absoluto?

MARÍA

Porque tiene confianza, absoluta confianza en mí…

LEBLANC

¡Y esta confianza los encadena! ¿Caerán en todas las trampas?

MARÍA, *con dulzura*

Poco importa la trampa, si ella me retiene… *(Silencio. María tiende hacia Leblanc la mano que lleva la sortija y dice*

sonriendo.) Aquí tiene la primera, la más común…

LEBLANC

¡Su sortija!… ¿Ha descifrado ya usted el sello? Es célebre…

MARÍA, *mirando la sortija y leyendo*

«The life's joy lies in doing.»

LEBLANC

«La única alegría de vivir es la acción.» ¡La devorará, María!… *(Esta hace un ademán de indiferencia. Leblanc continúa con una voz alterada.)* Usted y yo conocemos el precio del tiempo… Era nuestra última experiencia, María… ¡Ah! ¡no pronuncie nunca más la palabra Felicidad!…

MARÍA, *gravemente*

Entonces pondré mi alegría en otra parte, como él, como el doctor Schweitzer, y nadie me la arrebatará…

LEBLANC

con un esfuerzo para hablar con sequedad

La alegría del doctor Schweitzer le va a ser arrebatada. Tengo la orden de arrestarlo antes de las doce como súbdito alemán.

MARÍA

¿Qué?

LEBLANC

¡Desprécieme, ande! ¡Que mi desesperación sea absoluta esta noche!

MARÍA, ***tendiéndole la mano***

Le compadezco solamente.

(Leblanc inclina la cara sobre la mano de María. Largo silencio.)

LEBLANC, ***con sinceridad***

Si cierran el hospital y no puede marcharse a Europa enseguida ¿qué va a hacer usted?

MARÍA, ***con mucha dulzura***

¡Deje!… Déjeme prolongar este instante en que no pensaba *primero* en mí.

LEBLANC, ***con violencia***

¡Piensa en Lieuvin, que ya nada le impedirá reunirse con él!

MARÍA, ***retirando la mano***

No: en el doctor Schweitzer…

LEBLANC, ***confuso***

¡Piense también en mí, que debo prevenirlo!

(Sale por el fondo.)

Escena X

María y el Niño Negro

Una vez sola, María va hasta la puerta del fondo y la abre. Se queda ahí, inmóvil, de espaldas al público. Pero de pronto la puerta de la derecha se abre y aparece tímidamente el niñito negro del primer acto. Lleva un camisón, los pies descalzos y un brazo, vendado. Se adelanta sin ruido hasta el medio de la escena. En este momento María llama en la noche, con una voz ahogada pero desesperada.

María

¡Hervé!… Hervé…

El Niño

¡Mamá!

(María se vuelve, corre hacia el pequeño y lo coge en sus brazos. Va a sentarse en una silla, cara al público, y lo tendrá tiernamente contra ella.)

María

¡Mi niño!… ¿Por qué te has levantado? ¿Por qué no duermes?

El Niño

Tengo miedo…

María

¿Miedo? ¿De qué?… ¿De ese
tam-tam
todo el día? *(El niño dice no con la cabeza.)* ¿De este silencio de ahora? *(El niño dice sí.)* ¡No tienes que asustarte ni de una cosa ni de otra, guapo! *(Se pone a acunarlo. El pequeño se dormirá poco a poco.)* Primero es el día y después la noche; el tumulto y después el silencio… Ayer, te dolía el brazo ¿verdad? *(El niño dice sí.)* Y hoy ya no te duele. *(No.)* ¡Siempre es así, y siempre será así, pequeño! La espera y, mañana, el pesar; la alegría y, después, quizá, la desesperación. Esta es tu condición, la condición de todos… No comprendes lo que te digo, pero te tranquilizas, te vas a dormir… Y yo, para acunarte, hago el ademán de Dios: te llevo de un extremo al otro… ¿Te dejarás tú también coger en la trampa? ¿Del orgullo a la desesperación, y de la desesperación al orgullo, sin cesar? ¿O sabrás elegir y seguir recto tu camino de hombre hacia la luz? Entonces, acuérdate siempre del Gran Doctor que te curó, y del Padre blanco que te besaba esta mañana… Los dos sonreían, pequeño, sonreían hasta el último minuto… ¡El que ha encontrado su camino, con toda certeza sonríe!… Es lo único que importa, querido; sonreír… sonreír…

(El niño duerme y María lo mira; sonríe durante un largo momento, pero se le congela la sonrisa y debe ocultarse la cara con la mano. En este momento entran por el fondo el doctor Schweitzer seguido de Leblanc. El doctor tiene la mirada fija, la boca entreabierta, el paso, de autómata del hombre que acaba de recibir brutalmente una mala noticia. Va hacia María que pone buena cara y se inclina hacia el niño.)

Escena XI

MARÍA, SCHWEITZER y LEBLANC

SCHWEITZER, *señalando al niño*

¿Tenía algún dolor?

MARÍA

Tenía miedo.

SCHWEITZER

¡Es también un dolor! *(Silencio.)* Matarán a los niños de este país y ni el Padre ni yo podremos hacerles nada… *(Llevando suavemente a María hacia la derecha.)* ¡Vaya! ¡Que duerma tranquilo su última noche aquí!

MARÍA, *con una voz alterada*

¡Doctor!…

(El doctor se lleva un dedo a los labios, acaricia la cara del niño y señala la puerta de la derecha. María sale con el niño.)

SCHWEITZER, *volviéndose hacia Leblanc*

¿Antes de las doce ha dicho usted? *(Leblanc hace sí con la cabeza. El doctor mira el reloj. Suspira. Silencio. De repente, muy despacio, dice:)* Señor Leblanc, ¿qué va usted a hacer por ellos?

LEBLANC, *sordamente*

Es la misma pregunta que me ha hecho también el comandante

Lieuvin y, con la boca inmóvil, entreabierta, el Padre Ferrier… ¿Qué quiere usted que conteste, doctor?

SCHWEITZER, *de la misma manera*

Conteste: «¡Todo lo que pueda!»

LEBLANC, *de la misma manera*

¿Pero qué podré yo?

SCHWEITZER

Es una mala respuesta… *(Silencio.)* ¡Ah! mi ausencia va a complicar su tarea, señor Leblanc. ¡No me detiene a mí, sino que libera la lepra, el sueño, la malaria!

LEBLANC

Sé que la muerte va a ganar terreno…

SCHWEITZER

¡El dolor sobre todo! ¡Y es un déspota más terrible que la Muerte!

LEBLANC

Los negros lo sienten con menos intensidad que nosotros.

SCHWEITZER, *con vehemencia*

¡Eso es falso, se lo juro! Y la ignorancia de lo que va a ocurrirles dobla su angustia… *(Calmándose y obligándose a sonreír.)* ¡Créame, señor Leblanc, ellos no tienen más ganas de morir que usted!

(María entra sin ruido por la derecha.)

LEBLANC, *sin convicción*

¡Durante siglos se han pasado sin médicos!

MARÍA, *con dulzura a Leblanc*

¿Qué hubiera ocurrido en su familia si hubieran debido pasarse sin médico solamente diez años?

SCHWEITZER, *después de un silencio*

¿Para qué discutir? ¿Dónde están los adversarios? De un lado, estamos nosotros tres y del otro, esa decisión sin rostro… De un lado: la irresponsabilidad; del otro: hombres que van a morir… ¡Sí, es la guerra! *(Consulta el reloj y volviéndose hacia María.)* ¿No era la noche pasada cuando hablábamos del tiempo que pasa? Aquí, está quizá la unidad de medida: los minutos que nos quedan para vivir libres… La libertad también tiene su agonía… *(Va a la puerta del fondo y la abre de par en par, sobre las tinieblas. Se queda ahí, dando la espalda al público. Se le oye murmurar.)* África… ¡África, mi patria!… *(De repente se vuelve y, cerrando los ojos, habla.)* ¡No! Debo aprender a amarla a ciegas… *(Silencio. Continúa con una voz extraña, los ojos todavía cerrados.)* Veo, sobre la vertiente, las flores blancas de los cafetos, las flores rojas de los tulíperos, vivos como miradas… Oigo el rechinar de los puercoespines y el grito de los grillos, de los innumerables grillos… ¡Ya está! El chaparrón se ha parado de golpe y la selva respira, profundamente, hasta las entrañas… Acantilado de árboles, y el río tibio corre a sus pies. Veo una pequeña garza blanca, de pie, inmóvil bajo la luna… En la orilla del río, hay también un águila que duerme y toda una familia de golondrinas. Ellas me hablaban de Europa; allí, de ahora en adelante, me hablarán de África. El grito penetrante de los vencejos me herirá… *(Se lleva las manos a*

los ojos.)

MARÍA, *emocionada*

¡Doctor!

SCHWEITZER, *con mucha dulzura*

Hay un macizo de madera de rosa y un macizo más grande de ocumo. Entre los dos, el cerro del cementerio… *(Silencio.)* El cementerio: es lo único que podrá reconocerse cuando las termitas hayan devorado el hospital, cuando la selva lo haya borrado toda… *(Abre los ojos.)* ¡Escuchen!… *(Silencio.)* Nada. Los parientes de Casa han sucumbido al sueño… Todo duerme. Es el silencio feliz de los cuerpos sanos… Estoy en paz con todos los que me han sido confiados y que están aquí. Perfectamente en paz… ¡Pero no puedo aceptar ninguno más! *(A Leblanc.)* Señor Leblanc, hay un farol en el desembarcadero que guía hacia el hospital a los que vienen de lejos. ¿Quiere usted ir a quitarlo? ¡A usted pertenece apagar esa llama!

LEBLANC, *a media voz*

Es verdad…

(Sale por el fondo.)

SCHWEITZER, *con un ademán circular*

Dios mío, entrego todo esto en vuestras manos: trescientos enfermos curados, y también un muerto, porque yo no soy más que un hombre… Debería aceptar y entregarme a vos con toda confianza, pero me ahogo de amargura y me ahogo de inquietud, porque no soy más que un hombre… *(Va hacia María.)* Señorita María, entre tantas preocupaciones, me olvido de usted: sé que el comandante Lieuvin se marcha a Europa, y creo que el comandante

y usted… *(No acaba la frase.)*

María

Es verdad.

Schweitzer, *sonriente*

¡Pronto se reunirá con él!

María, *con dulzura*

No.

Schweitzer, *sorprendido*

Pero…

María, *de la misma manera*

Me quedo en el hospital.

Schweitzer, *emocionado*

¡Sin médico! ¿Cómo podrá usted…?

María

Me mantendré… Trataré de mantenerme… *(Como un grito.)* ¡Ah! ¡no me desanime, doctor!

Schweitzer, *cogiéndole la mano*

¡Pequeña!…

MARÍA, ***retirando la mano***

¡No me lo agradezca tampoco!

SCHWEITZER

¡Sí! En mi ruina, me deja alguien en quién pensar… ¡Es lo esencial!

MARÍA

llevándose la sortija a los labios, dice a media voz

¡Sí, lo esencial!…

SCHWEITZER

después de un silencio, de repente

Usted cree también que el pensamiento es más fuerte que la ausencia, ¿verdad?

MARÍA, ***con una voz sorda***

¡Más fuerte que la presencia misma! ¡Y la fidelidad más exigente que el amor!

SCHWEITZER

Entonces, oiga las últimas palabras que recibí del Padre Carlos: «Dígale que pienso en su alma… ¡Sobre todo, dígaselo, esta noche!…»

MARÍA, ***con una voz alterada***

¿De quién hablaba el Padre?

SCHWEITZER, ***despacio, mirándola***

Este corazón que oigo latir en usted ha contestado ya.

María se lleva la mano al corazón y se queda inmóvil, sin saber qué hacer. Schweitzer, sin añadir una palabra, va al piano, se sienta y empieza a tocar una pieza de Franck, desgarradora. De pronto, Leblanc aparece en el marco de la puerta del fondo, con la farol encendido en la mano. Mira durante un momento a María y después baja la cabeza. De pronto, la levanta, apaga la llama del farol con fuerza y dice con una voz fuerte:

LEBLANC

¡Son las doce, doctor Schweitzer!

Schweitzer se para de golpe y se levanta, de espaldas al público.

CAE EL TELÓN

Romper la Estatua

Pieza en tres actos y un prólogo

A mi madre,
A mi padre,
inseparablemente

Personajes

La Priora

Hermanas de Teresa Martin:

Madre Inés de Jesús
Hermana María del sagrado Corazón
Hermana Genoveva de la Santa Faz

Novicias:

Hermana Elisabeth
Hermana Mélanie
Hermana Catalina
Hermana Clara

Monjas:

Hermana San Agustín
Hermana San José
Hermana San Pablo
Hermana San Benito

Doña Teresa
Celina Martin
El Capellán
El Señor Martin
El Doctor

Personajes del prólogo:

El Sacerdote
Primer Intelectual
Segundo Intelectual
Él

Romper la estatua fue representada por primera vez el 19 de diciembre de 1947 en el Teatro Mélingue de París, bajo la dirección de Maurice Leroy.

El papel de Teresa Martin fue representado por MAGDELEINE MARTEL y el papel de Él por PAUL DELON.

PRÓLOGO

El prólogo evoca una de esas reuniones de intelectuales en un antiguo claustro, reuniones que estuvieron tan a la moda en los años que precedieron a la guerra de 1939-1945. El decorado representa pues un claustro en ruinas. La poca importancia y la poca profundidad de los demás decorados de la pieza permitirá construir este (a reserva de la nota que se encontrará en la página 167).

En medio, del jardín yace por tierra un cruz rota; a la derecha, hay una puerta en el muro que conduce a la iglesia del pueblo. Al lado de esta puerta y empotrada en el muro, hay una gran estatua completamente nueva de Santa Teresa de Lisieux (como las que se encuentran en las tiendas del barrio de
Saint-Sulpice
de París), rosa, sosa, sonriente: repugnante. Bajo la estatua, hay flores y plantas muy vistosas.

Escena Única

El Sacerdote, Primer Intelectual y Segundo Intelectual

Se levanta el telón. La mirada es atraída enseguida por la estatua de Santa Teresa (que estará iluminada especialmente). Nadie en la escena; después, la puerta se abre, a la derecha, y salen el Primer Intelectual, con la cabeza descubierta, el Segundo, poniéndose la boina, y el Sacerdote, con la cabeza descubierta también. Esto debe bastar para dar a comprender al público que la puerta da sobre una iglesia.

El Sacerdote

¡Bueno! Todo esto es el dominio de ustedes durante días… *(Levantando un dedo.)* «Allí se reunirán las águilas…»

Primer Intelectual, *sonriendo*

¿Se burla de nuestros… ejercicios para intelectuales?

El Sacerdote

Al contrario, soy feliz de poder ofrecer a su… congreso la hospitalidad de mi viejo claustro.

Segundo Intelectual

que examina el claustro

¿Lo ha salvado usted de los anticuarios?

El Sacerdote

¡Piedra a piedra! Y del Estado, que quería anexionarlo al cuartel como almacén para las piezas de artillería…

Primer Intelectual, *riendo*

¡Los intelectuales son más peligrosos que los cañones!

El Sacerdote

¡Menos *degradantes*, en todos los sentidos de la palabra! *(Con un ademán circular.)* Conocen ya su dominio… y yo desaparezco…

Primer Intelectual

sonriendo, señalando, la puerta

Nuestro dominio… ¿la iglesia también?

El Sacerdote, *sonriendo*

La iglesia no está nunca cerrada: ¡es su manera de estarles abierta!

Segundo Intelectual

(Se ha detenido delante de la estatua de Santa Teresa de Lisieux y dice después de un silencio:)

Me parece que si yo fuera creyente, exigiría a la Iglesia no solamente la Verdad sino también la Belleza…

El Sacerdote

¡Desde luego!

SEGUNDO INTELECTUAL

¿También es su opinión?

EL SACERDOTE

¡Mi exigencia!

SEGUNDO INTELECTUAL

señalando la estatua

Entonces ¿por qué *eso*? ¿Por qué esa cosa horrible que no ha tenido el valor —y le felicito— de poner dentro de la iglesia?

EL SACERDOTE

De lo que no he tenido el valor sobre todo es de echar fuera las viejas estatuas de los santos…

SEGUNDO INTELECTUAL

¡Porque son bonitas!

EL SACERDOTE

Y también porque me parecería… mal educado quitar a los viejos patrones de esta iglesia. Sin embargo hacía falta un lugar para Santa Teresa y la he puesto ahí. Sabía que eso no impediría ni a las flores ni a los fieles venir a ella. Respecto a la estatua, ¡no existe otro modelo!

SEGUNDO INTELECTUAL

¡Entonces habría que suprimirla por fea!

PRIMER INTELECTUAL, ***con sequedad***

Primero habría que suprimirla porque no tiene interés.

EL SACERDOTE, ***con dulzura***

¿Conocen ustedes la vida de Teresa de Lisieux?

PRIMER INTELECTUAL

¡Como todo el mundo! Es una estampa de Epinal: su padre es relojero, su madre encajera: dos oficios de silencio y precisión. Y deciden *fabricar* una santa. Teresita era muy buena. Entra en el Carmen a los quince años, batiendo así todos los *records*, y continúa siendo muy buena. Escribe poesías bonitas que se cantan los días de fiesta con música de Massenet, y un libro del género piadoso. Pero cae enferma, es triste, ¿verdad? A los 24 años, después de una larga agonía, sonriente y resignada, exhala, muy buena como siempre, su último suspiro, ligero, muy ligero… ¡Esta es la historia de «Teresa, la niña buena» que habría que poner entre las de «Gustavo, un mal chico» y la de «León, que se metía los dedos en la nariz»! *(Al Sacerdote.)* Perdone mi franqueza, Padre.

EL SACERDOTE

después de un silencio, hablando mirando recto hacia delante:

Una muchacha, Teresa Martin, muere a los 24 años, en un pequeño convento de Carmelitas en el fondo de una provincia que no tiene la fama de ser mística. Una docena de amigos sigue su cuerpo. Se terminó… Pero de un día a otro su nombre aparece en todos los labios. El manuscrito de Teresa Martin, *Historia de un*

alma, va de mano en mano. Primero lo editan tímidamente. Muy pronto el Carmelo, espantado, debe responder a 50, 200, 500 peticiones por día. En unos años se venderán 200.000 ejemplares. El libro será traducido a treinta idiomas. En ninguna parte, jamás, ningún libro —ni siquiera la *Imitación de Cristo*, ni el *Evangelio*— ha llegado tan de prisa, tan lejos, sin ser predicado, ni explicado, ni apoyado por la acción… En el mismo momento en que Renan escribe: «Habrá sin duda más santos canonizados en Roma, pero no habrá más canonizados por el pueblo», el pueblo cristiano fuerza la mano del Papa: ¡y ante esta exigencia universal llegan hasta a abreviar excepcionalmente los plazos que impone la Iglesia! Nacida en 1873, Teresa Martin es proclamada santa en 1925, ante 500.000 peregrinos venidos del mundo entero para asistir a este triunfo… ¡Por otra parte, desde hace veinte años ya, el nombre de esta francesa es más conocido en el universo que el de Víctor Hugo y su efigie está más extendida que la de Pasteur! *(Ante un gesto de los otros dos.)* No juzgo la cosa: solamente hago constar un hecho… Millones de seres humanos pronuncian cada día, en todos los idiomas del mundo, el nombre de Teresa Martin… *(Silencio. Después, tímidamente dice a los otros dos.)* ¡Es algo que existe!

SEGUNDO INTELECTUAL, *después de un silencio*

Ignoraba todo eso.

EL SACERDOTE, *a media voz, sonriendo*

¡No merecemos los santos que tenemos!

PRIMER INTELECTUAL, *con arrebato*

¡Tenemos los santos que merecemos! ¡Esta santa de cartón pintado, personaje de la biblioteca rosa, está hecha a la medida de este siglo! *Uniprix*, cuplés, novelas para criadas, películas que terminan bien, muebles de esquina de la casa Levitan… ¡No faltaba más que la «rosa deshojada»! ¡Ah! ¡corresponde muy bien con su estatua! Existía ya San Antonio de Padua, búsqueda de objetos

perdidos de todas clases, fuerte recompensa —¡y ahora hay Teresa de Lisieux, tuberculosis pulmonar y todas sus complicaciones, curación segura! La tuberculosis: el mal del siglo— ¡qué suerte! Distribuidor automático de curaciones: ¡se meten veinte céntimos en la ranura, se enciende una vela y ya está! ¡Bonito asunto! Basta un poco de publicidad ¡y qué rendimiento! ¡No, no! ¡Si la Iglesia quiere reconquistar sus posiciones por la demagogia, si quiere beatificar el Mal Gusto y dar una patrona a las modistillas, es cosa suya! ¡Pero que nos dejen tranquilos con Teresa Martin!…

El Sacerdote

«Hecha a la medida de su siglo.» ¡Qué cumplido más bonito para un santo!

Segundo Intelectual

¡Qué reproche para un héroe! Un héroe debe ser lo contrario del siglo: cuando los demás se arrastran en el barro de las trincheras, Guynemer muere «en pleno cielo de la gloria…» Cuando los demás van en zapatillas y se esconden en el anonimato de las ciudades, Bournazel expone su túnica roja al sol del desierto… Cuando los generales se visten de civiles para viajar en *segunda* en el metro, intrigar en el Parlamento e inscribirse en la Masonería, Lyautey alardea sobre su caballo blanco y conquista un imperio para una república de chaqué… Cuando el siglo sueña solamente con dinero y seguridad, Mermoz es pobre y arriesga su vida… ¡Los héroes son un par de bofetadas dadas a su época!

El Sacerdote

Los héroes son disculpas, pero los santos son modelos.
Juan-María
Vianney, cura de Ars, llegó a tiempo para devolver el ánimo al clero, y Juan Bosco a los huérfanos del mundo entero. Teresa Martin también, fue *dada* a su siglo *(al primer intelectual)*, ¡pero no como usted lo entiende! Teresa Martin recuerda el abandono, la

infancia, la sonrisa: el mundo al revés…, a este siglo de listas, de tramposos, de gente que «se defiende».

SEGUNDO INTELECTUAL

¡Qué simple es todo eso!

EL SACERDOTE

Sí, muy simple. ¡Y sin embargo millones de hombres levantan la cabeza: han oído sonar la verdad en algún sitio y lo demás no tiene importancia! ¡La sonrisa, la terrible sonrisa cristiana les ha conmovido! Nunca más serán los mismos…

PRIMER INTELECTUAL, ***dando la espalda***

¡Peor para ellos!

SEGUNDO INTELECTUAL, ***conciliador***

En fin, ¿qué ha hecho de extraordinario Teresa Martin?

EL SACERDOTE

¡Nada! Absolutamente nada… Pero no hay ni un solo acto de su vida que no haya sido cumplido por amor: por amor de Dios, es decir, por amor de los hombres. No ha inventado nada: solamente ha vestido de nuevo verdades antiguas, que es precisamente el oficio de los santos a través de todas las épocas… Teresa Martin ha encontrado en el Evangelio aquello de lo que su siglo tenía sed. El agua existe antes de que el zahorí la descubra; pero sin el zahorí ¿cuál es su valor?

PRIMER INTELECTUAL, ***con sequedad***

Yo no lo admiro. ¡Lo deploro!

EL SACERDOTE, *levantando la voz*

¡Cómo! ¿Admira usted la precocidad de Mozart, de Pascal que inventa la geometría, y no la de Teresa Martin que inventa la oración, a los 9 años, en un rincón de su cuarto? ¿Llora usted por la muerte de Isolda, y la muerte por amor de Teresa Martin lo deja insensible? ¿Admite usted la misión de Juana de Arco porque salvó a Francia y no la de Teresa Martin que salva las almas?

SEGUNDO INTELECTUAL, *sonriendo*

¡Parece que le han dado cuerda!

EL SACERDOTE, *sonriendo también*

Dicúlpeme… *(Silencio. Al primer intelectual.)* ¿Ha leído usted la *Historia de un alma*?

PRIMER INTELECTUAL

La empecé un día y se me cayó de las manos…

EL SACERDOTE, *con tranquilidad*

A mí también la primera vez…

PRIMER INTELECTUAL, *al segundo*

Es el estilo del género «inefable», ¿sabe usted?

EL SACERDOTE, *de la misma manera*

El de su época, el de su ambiente: terriblemente afectada. Además de todos esos recuerdos sin interés…

PRIMER INTELECTUAL

¡Sin hablar de las poesías!

El Sacerdote, ***de la misma manera***

¡Que son con frecuencia execrables!

Primer Intelectual

¡Y paso en silencio los grabados, los títulos con dibujos, los requiebros y demás símbolos! Respecto a las fotos…

El Sacerdote

Creyeron que debían retocarlas.

Segundo Intelectual, ***sorprendido, al sacerdote***

¿Y qué hizo entonces?

El Sacerdote

Entonces volví a coger el libro, conseguí pasar los siete primeros capítulos y… ¡ya está! *(Con una voz un poco alterada.)* Creía que era jarabe y era sangre…

Segundo Intelectual, ***riendo***

¡Me dan ganas de conocer ese libro! *(Al primer intelectual.)* ¡Amigo, debería leerlo hasta el final, por… honradez de espíritu!

Primer Intelectual

después de dudar

¡En el fondo, es un tema de discusión que vale tanto como

cualquier otro! La santidad… la vida monacal… la necesidad de idolatrar estatuas… ¿Por qué no? *(Al sacerdote.)* ¿Tiene varios ejemplares? *(El sacerdote hace señas de que sí.)* ¡Es un libro muy pedido! Me imagino que todas las chicas…

EL SACERDOTE, *interrumpiéndolo*

¡Eso no! ¡Y si los ejemplares que les preste están manchados de negro o de rojo, sepan que es el chico del carnicero o el aprendiz de mecánico que lo han leído con demasiada pasión!

(Se dirigen los tres hacia la izquierda. Cuando llegan al centro de la escena, el sacerdote se queda inmóvil, se vuelve hacia los otros dos y señala las diferentes partes del decorado.)

¡Miren! ¡Reconstruyan estas ruinas con el pensamiento… Pongan un poco de orden en este jardín… Supriman esa estatua… Levanten la cruz… Y nos encontramos en el claustro del Carmen de Lisieux, hace… Pero el tiempo no tiene importancia si la clausura está restablecida! El decorado está plantado. El drama «Teresa Martin» puede empezar…

PRIMER INTELECTUAL, *sonriendo*

¡Oh! «El drama» ¡No exageremos!

EL SACERDOTE

Sin embargo encontraremos en él el amor, el secreto, la incomprensión, la noche oscura, la tentación, la sangre… Y encontraremos también, excepto ciertos días o durante ciertas horas, ese elemento capital que falta tan a menudo en los demás dramas humanos… *(Los otros dos le interrogan con la mirada. El sacerdote responde a media voz.)* ¡El silencio!

Las luces se apagan de golpe y la escena queda en la

oscuridad sin bajar el telón.

Es indispensable que el intervalo entre este prólogo y el Primer Acto dure menos de un minuto. Pero hay que tener en cuenta que se pasa de un claustro en ruinas al claustro de Lisieux. El primer decorado deberá pues ser el mismo que el segundo, pero con telones recortados de manera desigual para que el mismo claustro pueda parecer sin ruinas. Se puede encontrar otro artificio de decorado; pero cualquiera que sea el procedimiento, deberá ser de tal manera que en unos segundos (aquí bastará levantar los telones dentados) se pase de un decorado a otro.

Con el mismo fin, se podrían adoptar, para la parte de muro donde un crucifijo debe remplazar la estatua de santa Teresa de Lisieux, una pared giratoria, que tenga sobre una cara el crucifijo y sobre la otra la estatua, que gire sobre ella misma en unos segundos alrededor de un eje vertical.

Entonces, el único trabajo de los tramoyistas consistirá en alzar en medio del jardín la cruz del primer decorado que yace rota en el suelo, cosa que será hecha rápidamente.

Naturalmente, las luces deberán ayudar mucho a hacer la diferencia de los decorados, cuya semejanza, sin embargo, lejos de extrañar, ha sido subrayada en el texto.

ACTO I

EL TIEMPO DE LAS COSAS PEQUEÑAS

«No despreció el tiempo
de las cosas pequeñas».

ZACARÍAS

Apenas el escenario ha quedado en la oscuridad, vuelve a encenderse, pero esta vez, sobre el claustro del Carmelo de Lisieux. A la derecha (en lugar de la estatua de santa Teresa), hay un inmenso crucifijo. Una cruz de piedra (intacta aquí) se alza en medio del jardín. Cuando se ilumina la escena, un grupo de monjas, de pie y dando la espalda al público, ocupa la parte de la izquierda. Asisten a un espectáculo (invisible) que se da en el extremo izquierdo. Es día de fiesta y la regla del silencio está atenuada. Durante una parte de este cuadro, algunas monjas pueden atravesar el proscenio o el jardín hacia la izquierda o la derecha, a paso diferente, llevando cosas, ropa, flores, leyendo, rezando el rosario, encontrándose en medio de la escena y cambiando unas palabras (que no se oyen), señalando algo del jardín a del edificio, llamando con una seña a una hermana joven, dándole una orden, etc. Esta trama deberá variar, naturalmente, en función de la importancia, de la violencia y del secreto de las escenas que constituyen el cuadro —hasta desaparecer enteramente durante momentos bastante largos. Pero el espectador debe acostumbrarse a ello desde el principio y sentir la impresión de que la vida continúa, mientras asiste de más cerca a ciertos episodios de ella: que observa las abejas sin molestar la colmena.

Durante todo este acto, Teresa Martin tendrá golpes de tos, pero discretos y que tratará de reprimir. Sobre todo, no

deben apiadar al público; todo lo más, irritarlo.

Escena I

Teresa Martin, la Hermana Margarita María y la Hermana Catalina

La voz de Teresa Martin, *recitando*

«Mi vida es un instante, una hora pasajera,
Mi vida es un momento que me escapa y me huye.
¡Tú lo sabes Dios mío! Para amarte en la tierra,
No tengo más que hoy…»

(Rumores de aprobación en él grupo de hermanas de la izquierda, algunos aplausos. Las hermanas se levantan. Casi enseguida se ve a Teresa Martin atravesar la escena hacia la derecha, con un paso igual. Le siguen dos novicias: La Hermana Margarita María y la Hermana Catalina.)

La Hermana Margarita María

¿Dónde va, hermana Teresa?

Teresa Martin

parándose sin volverse hacia ella

Es mi turno para lavar las escudillas…

La Hermana Catalina

¡Un día como hoy!

TERESA MARTIN, *con dulzura*

Cada día es hoy…

LA HERMANA MARGARITA, *a media voz*

¿Por qué da ese rodeo? *(Señalando a la izquierda.)* ¡Las cocinas están de este lado!

(Teresa Martin sale sin contestar. A la derecha, se oye la voz de la Hermana San Pablo.)

LA HERMANA SAN PABLO

Hermana Teresa, ya que pasa por ahí, hágame el favor de subir a la enfermería…

(Teresa Martin dice «sí» con la cabeza y se vuelve imperceptiblemente hacia las novicias que se han quedado en el medio de la escena. Después, continúa y desaparece por la derecha.)

ESCENA II

LAS DOS NOVICIAS, LA HERMANA SAN AGUSTÍN, LA HERMANA SAN JOSÉ Y LA HERMANA SAN PABLO

La Hermana San Agustín atraviesa la escena viniendo de la izquierda. Se para al lado de las dos novicias.

La Hermana San Agustín

¿Están tristes, hijitas mías? ¡Tristes en un día como hoy!

La Hermana Catalina

¡La Hermana Teresa del Niño Jesús no se queda en el recreo!…

La Hermana Margarita María

¡Hoy no nos reiremos!

La Hermana San Agustín

¡Qué drama!

(Las dos novicias van hacia la izquierda donde se reúnen con otras dos novicias y hablan en voz baja. La Hermana San Pablo, y la Hermana San José han entrado por la derecha, llevando unos platos y una cesta. Se han parado bajo un arco del claustro y echan pan a los pájaros del jardín. La Hermana San Agustín se acerca.)

Las migajas de pan son para los pájaros ¿y lo demás?

La Hermana San José

Lo preparamos para la Hermana Teresa del Niño Jesús.

La Hermana San Agustín

¡Oh!

La Hermana San Pablo, *con viveza*

¡Le gustan mucho!

LA HERMANA SAN AGUSTÍN, *a media voz*

Es una santa…

LA HERMANA SAN JOSÉ

soltando una carcajada

¿Porque le gustan los restos?

LA HERMANA SAN AGUSTÍN, *mirándola*

Por muchas razones tan risibles… ¡Crea en mi experiencia!

LA HERMANA SAN PABLO, *doctoral*

Hermana San Agustín, usted y yo tenemos la misma edad…

LA HERMANA SAN AGUSTÍN, *con dulzura*

¿Y los mismos ojos también?

LA HERMANA SAN PABLO, *continuando*

… Y solamente he conocido una santa en estos muros: ¡nuestra Madre Genoveva de Santa Teresa!

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

Era nuestra priora y tenía ochenta años. ¿La hubiera usted reconocido santa siendo portera y a los veinte años? *(La Hermana San Pablo hace un gesto.)* ¡No se es santa con el ascenso, hermana San Pablo, al contrario!

LA HERMANA SAN PABLO

¡Vaya! ¡Entonces yo, que soy portera desde hace treinta y siete años, debería ser muy santa!

LA HERMANA SAN AGUSTÍN, *impenetrable*

Sí, debería ser muy santa…

(La priora —la Madre María de Gonzaga— ha entrado por la izquierda. Las novicias se han inclinado a su paso; después, las dos que ya conocemos van a arrodillarse delante de ella. La Hermana San Agustín se dirige lentamente hacia el grupo. La Hermana San Pablo y la Hermana San José, mientras continúan dando pan a los pájaros, se vuelven hacia la izquierda para seguir la escena. La Hermana San Pablo posa en equilibrio, sobre el poyo del muro del claustro, un plato que tenía en la mano. Más tarde, lo olvidará cuando se retire hacia la derecha con la Hermana San José, hacia la mitad de la escena siguiente.)

ESCENA III

LAS MISMAS Y LA PRIORA (MADRE MARÍA DE GONZAGA)

LA PRIORA, *a las novicias arrodilladas*

¿Qué ocurre?

LA HERMANA CATALINA, *brevemente*

La Hermana Teresa del Niño Jesús está muy pálida, Madre; sabemos que ha velado casi toda la noche para escribir la poesía que usted le había encargado…

La Priora

¿Y qué más?

La Hermana Margarita María

menos segura

Habíamos pensado, Madre, que si nosotras se lo pedimos, usted aceptaría… dispensarla…

La Priora, *interrumpiéndola*

Un alma de este temple no debe ser tratada como un niño; ¡las dispensas no están hechas para ella! *(Levantando a las novicias.)* ¡Déjenla, Dios la sostiene! Además, si está enferma, debe venir a decírmelo ella misma… *(Las novicias bajan la cabeza. La Madre las despide con la mano.)* ¡Váyanse al recreo! *(La Priora vuelve a ir hacia la derecha. Las novicias desaparecen por la izquierda, excepto la Hermana Margarita María que va a sentarse de cara al jardín contra uno de los pilares del claustro. Solo se le ve una parte de la espalda y debe olvidarse su presencia. La Priora encuentra a la Hermana San Agustín inmóvil.)*

La Hermana San Agustín, *a media voz*

Usted no quiere a la Madre Teresa del Niño Jesús…

La Priora

¡… del Niño Jesús *y de la Santa Faz*! No olvide este nombre que ella misma ha elegido.

La Hermana San Agustín, *de la misma manera*

¿Por qué no la quiere usted?

LA PRIORA

La quiero como se debe quererla. Ella lo sabe muy bien; ¡solo ella no se equivoca!

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

Cuando tenía quince años y todo se oponía a su entrada en el Carmen, usted desafió al vicario general y la opinión pública, y acogió a esta niña con los brazos abiertos, nace siete años… Después…

LA PRIORA

Tenía quince años en el mundo. Detrás de estos muros ya no hay edad…

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

después de un silencio

¿Qué le reprocha usted?

LA PRIORA, ***mirándola de frente***

La Hermana Teresa es perfecta. Solo le conozco un defecto: tener tres hermanas en este monasterio…

LA HERMANA SAN AGUSTÍN, ***con dulzura***

¡No son palabras de Madre!

LA PRIORA

¿De qué sufrirá una Madre, si no es ante todo de la división entre sus hijas? La entrada de Celina en el Carmen…

LA HERMANA SAN AGUSTÍN, *sonriendo*

¡Lo sé! El «clan Martin»… *(Cambiando de tono.)* Pero si no hay edad ¿puede haber una familia detrás de estos muros? *(Bajando la voz.)* ¿Se acuerda alguna vez de que yo soy prima suya y mayor que usted? ¿De que soy la amiga de su infancia, Juana?

LA PRIORA

¡Usted es mi hija! ¡Es mucho más!

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

¿Entonces por qué piensa que los Martin…? *(Con viveza.)* Mientras fue priora la Madre Inés de Jesús, ¿cuál fue la religiosa que habló con menos frecuencia con ella? ¡Su hermana Teresa!

LA PRIORA, *rectificando*

¡*Nuestra* Hermana Teresa!… Pero ya no se hablará más aquí del «clan Martin». El Carmelo de Hanoi pide voluntarias…

LA HERMANA SAN AGUSTÍN, *arrodillándose*

¡Todas somos voluntarias!

LA PRIORA, *levantándola*

Lo sé. Y pienso designar a la Madre Inés de Jesús, a la Hermana María del Sagrado Corazón, a la Hermana Genoveva de la Santa Faz…

LA HERMANA SAN AGUSTÍN, *gritando*

¡No envíe a la Hermana Teresa! ¡Es la luz de este monasterio!

LA PRIORA, *con severidad*

¡Nuestra luz no viene de aquí!

LA HERMANA SAN AGUSTÍN, *a media voz*

La Hermana Teresa no viene de aquí…

LA PRIORA, *con sequedad*

La Comunidad de Hanoi no pide más que tres voluntarias. Por otra parte, el estado de salud de la hermana Teresa le prohíbe… Quiero solamente su conformidad sobre esta marcha.

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

¿Ha negado ella alguna vez algo a cualquiera?

(*Salen por la izquierda. Casi enseguida se oye, a la derecha, la voz de Teresa Martin*: «Sí, hermana… Cuando quiera… Desde luego…» *Al oír esta voz, la novicia que está sentada en el jardín, se levanta y mira hacia la derecha. Se le contrae la cara y se esconde rápidamente detrás de una columna del claustro. Teresa Martin entra por la derecha, casi extenuada, andando como una enferma, lastimosamente. La novicia deja escapar un sollozo. Teresa Martin, que lo ha oído sin saber de donde viene, se pone derecha y se esfuerza en continuar su camino, andando normalmente.)*

ESCENA IV

LA HERMANA MARGARITA MARÍA y TERESA MARTIN

TERESA MARTIN, *a media voz*

¿Quién gime como una golondrina?… *(Cuando llega ante la columna donde está la novicia, se para.)* ¡Hermana Margarita María! *(La novicia da un paso hacia ella y se esconde la cara entre las manos. Teresa Martin la vuelve casi bruscamente hacia el jardín y señala el crucifijo colgado en la pared de la derecha.)* ¡No! ¡Delante de Él, no!

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

¿Quién si no me consolará?

TERESA MARTIN

¡Somos nosotras quienes tenemos que consolarlo, no Él a nosotras! ¿Por qué llora usted?

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

Por usted.

TERESA MARTIN, *contrariada*

¡Vamos!…

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

¡Está agotada y no le conceden ningún alivio!

TERESA MARTIN, *indignada*

¡A-li-vio! *(Volviendo la novicia hacia el crucifijo de la*

derecha.) ¡Mírelo! Y míreme… ¿Cuál de los dos tiene necesidad de «alivio»?

LA HERMANA MARGARITA MARÍA, *a media voz*

Casi no puede andar usted, y encima da rodeos y carga con el camino que deberían hacer las demás…

TERESA MARTIN

Sí, pero no las que usted cree. *(Cogiéndola del brazo.)* ¡Escuche! En algún sitio hay siempre un misionero que tropieza… Está agotado… Va a abandonarse… Piense en esas almas, detrás de él, huérfanas… ¡Ah! ¡es necesario que se levante! ¡Es *necesario* que continúe! *(Bajando la voz.)* ¡Hermana Margarita María, yo ando por un misionero!

LA HERMANA MARGARITA MARÍA, *gritando*

¡Pero para usted es un sufrimiento!

TERESA MARTIN, *despacio*

Yo no puedo sufrir más: todo sufrimiento me es suave. *(La novicia se esconde de nuevo la cara entre las manos. Teresa Martin se las separa a la fuerza.)* ¿No se da cuenta de que usted llora por usted? Vamos ¿qué pasa?

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

¡Qué dura es, hermana Teresa!

TERESA MARTIN

Es lo que la tierra debe pensar del instrumento que la trabaja: «¡Qué duro es!» *(Silencio. Con más dulzura.)* Hermanita, se siente

desgraciada porque está muy cansada y nadie la compadece ¿verdad? *(La novicia hace sí con la cabeza.)* Y ¿por qué siente tanto ese cansancio? ¡Porque nadie lo sabe! Mire, oiga esta historia: nuestra Madre Genoveva, cuando tuvo dos panadizos decía que solamente había sufrido con el primero porque no había podido esconder el segundo a la compasión de las hermanas…

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

como si no hubiera oído

Hablan mal de usted, Hermana Teresa, no le reconocen sus virtudes…

TERESA MARTIN, *sonriendo*

¿Así que hablan mal de mí, hermana Margarita María? ¿No reconocen mis virtudes? Antes eso me entristecía: tenía necesidad de pensar que en el día del Juicio todo sería descubierto…

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

¡Ah, sí! ¡Afortunadamente!

TERESA MARTIN

¡No! ¡Será una tristeza doble para todas las criaturas que la habrán desconocido! No es usted quien pierde: ¡son ellas!

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

después de un silencio, gritando casi

¡Me ahogo! ¡Me ahogo entre estas paredes!… ¡Oh, esas caras

vivas que no veré nunca más!… *(Bajando la voz.)* Esta noche, soñé con un niño que era mío…

TERESA MARTIN, *cogiéndola contra ella*

Pequeña… *(Silencio. A media voz.)* Es el combate decisivo… ¡Que Dios elija! *(Silencio.)* ¿Pero no se ahogaría también entre las murallas de una ciudad? Los extremos de la tierra no son más que las paredes de una cárcel… *(Silencio.)* ¡No! ¡Yo no pienso en las veinte caras que echo de menos, sino en los millones de caras que conoceremos en el último día «Entonces nos veremos cara a cara…»! ¡Y aquellos que con nuestras oraciones solamente habremos conducido hasta allí, serán nuestros hijos!…

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

con una voz débil

¡Dar la vida!…

TERESA MARTIN, *con fuerza*

¡Devolver la vida!

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

de la misma manera

Un niño pequeño de carne…

TERESA MARTIN, *de la misma manera*

¡Un alma nueva, hermanita! *(La Hermana Margarita María cierra los ojos. Silencio. Teresa Martin dice despacio.)* «Las

mañanas frescas han pasado…»

La Hermana Margarita María, ***estremeciéndose***

¿Qué ha dicho usted?

Teresa Martin

Un verso de nuestro Padre San Juan de la Cruz.

La Hermana Margarita María

repitiendo a media voz

«Las mañanas frescas… han pasado…» *(Silencio.)*

Teresa Martin, ***con una voz fuerte***

¡Qué Dios elija!

La Hermana Margarita María

después de un silencio

Mire esas ramas verdes por tierra: ¡han escamondado los árboles demasiado tarde!…

Teresa Martin

volviendo la espalda al jardín, a media voz

Si hay que escamondarlos, Dios mío, haced que no sea demasiado tarde…

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

obligándola a mirar el jardín

Pero mire esas ramas que no pedían más que vivir… ¡Es verdaderamente triste!

TERESA MARTIN, *con fuerza*

¿Triste? Si estuviera en otro monasterio, ¿qué le parecería a usted que cortaran enteramente los castaños del Carmelo de Lisieux? *(Cogiéndola del brazo cariñosamente para llevarla hacia la derecha.)* ¡Y no llore más! Bueno sí: ¡llore por haber llorado!

(Se van hacia la derecha. Al pasar cerca del poyo donde, hace un momento, la Hermana San Pablo dejó olvidado un plato, la novicia, con un movimiento involuntario, tira el plato y lo rompe.)

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

¡Oh! ¡Este plato! No lo había visto…

TERESA MARTIN

Y se ha manchado la pared…

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

¡Qué torpeza! Voy a buscar un paño…

(Sale de prisa por la izquierda. Teresa Martin se arrodilla con trabajo para recoger los pedazos. Por la derecha entra la Hermana San Pablo, que vuelve visiblemente a buscar el plato

que dejó olvidado. Se para, indignada. Poco después, entra por la izquierda otra novicia: la Hermana Elisabeth que se queda inmóvil, sin una palabra, en el extremo izquierdo de la escena.)

Escena V

Teresa Martin, la Hermana San Pablo, la Hermana Elisabeth, y después la Hermana Margarita María

La Hermana San Pablo, *secamente*

¡Roto!… ¡Hermana Teresa, me parece que a los veintitrés años se debería ser menos torpe! *(Apenas más suave.)* ¡Miren la maestra de novicias que nos han elegido! ¡Pobre monasterio!… *(Sin una palabra, Teresa Martin se baja contra el suelo delante de la vieja religiosa y besa la tierra.)* ¡Recoja más bien esos pedazos!…

(La Hermana San Pablo sale por la derecha. Teresa Martin se arrodilla y acaba de recoger los restos del plato. La Hermana Elisabeth se adelanta vivamente hasta el centro de la escena.)

La Hermana Elisabeth

¡Por una escudilla rota! ¡Besar la tierra, rebajarse delante de esa vieja mujer mala y tonta!

Teresa Martin

¡Usted se rebaja más hablando de esa manera!

La Hermana Elisabeth, *continuando*

¡Y por un plato!

Teresa Martin

¡Por menos aún! Recoger un alfiler por amor puede convertir un alma… Todos nuestros gestos son importantes.

La Hermana Elisabeth

Parece como si la perfección de la Orden dependiera…

Teresa Martin, *interrumpiéndola*

Cada uno de nosotros debe obrar como si la perfección de la Orden dependiera de su comportamiento personal.

La Hermana Elisabeth

mirando para la derecha, a media voz

Esa mujer vieja y tiránica, amarga, seca…

Teresa Martin

después de un silencio, cambiando de tono

¿Se ha visto usted alguna vez de espaldas?

La Hermana Elisabeth

que continúa vuelta hacia la derecha

¡No, desde luego!

TERESA MARTIN

¿No es impresionante pensar que alguien la ve, de espaldas, sin que lo sepa, sin defensa —como usted mira a la Hermana San Pablo en este momento—, sin cesar?

LA HERMANA ELISABETH

volviéndose hacia ella, aturdida

Pero ¿quién?

TERESA MARTIN

sonriendo, levantando un dedo hacia el cielo

¡Oh! ¡Hermana Elisabeth!…

LA HERMANA ELISABETH

cambiando de tema

¡Por otra parte, la Hermana San Pablo no es su superiora aquí, al contrario! Por una vez que la jerarquía es razonable…

TERESA MARTIN

¿No le seduce el voto de obediencia?

LA HERMANA ELISABETH

¡Me espanta! ¡Obedecer aun cuando una esté segura de que los superiores se equivocan!…

TERESA MARTIN

Tal vez se equivoquen, pero usted no se equivocará al obedecerlos.

LA HERMANA ELISABETH

acercándose a ella

¡Y sin embargo, no hace tres semanas, en comunidad, usted se levantó contra una decisión de nuestra Priora como nunca nadie se había atrevido a hacerlo!

TERESA MARTIN, *vivamente*

¡Iba a cometer una injusticia! *(Cambiando de tono.)* ¿Cómo lo sabe usted?

LA HERMANA ELISABETH, *sin contestar*

¿La ira no es entonces un mal?

TERESA MARTIN

¡No siempre, pero la injusticia sí!

LA HERMANA ELISABETH, *sonriendo*

¿No nos enseñan que la benignidad, la mansedumbre…?

TERESA MARTIN

interrumpiéndola con dureza

¿A qué juega usted? ¡Aprenda primero el sentido de las palabras! *(Esforzándose en reír.)* ¡La mansedumbre es una virtud real y… aquí no somos nosotros el rey! Respecto a la benignidad… *(La Hermana Margarita María ha entrado por la izquierda con un paño en la mano. Limpia la pared manchada. Teresa Martin le dice:)* Gracias, hermana.

LA HERMANA MARGARITA MARÍA, *extrañada*

¿De qué?

TERESA MARTIN, *vivamente*

tendiéndole los pedazos que desde el principio tenía en la mano.

¿Puede usted también tirar estos pedazos?

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

cada vez más extrañada

¡Pues… claro que sí!

(Sale por la derecha.)

LA HERMANA ELISABETH, *sospechando*

¿Es usted de verdad quien ha roto el plato?

TERESA MARTIN

con una violencia fingida

¡Basta! ¡Hemos hablado bastante de eso! ¿Hemos renunciado al mundo para ocuparnos de las escudillas entre estas cuatro paredes?

LA HERMANA ELISABETH

con una violencia real

¡Es lo que a veces me pregunto! Mire, ese plato roto es la única acción notable desde esta mañana. ¡Esta tarde, será el acontecimiento del día!

TERESA MARTIN

¿Y cree usted que en el mundo…? ¡El mundo está lleno de gente que rompe platos y hace creer que derriban murallas! Por otra parte, se equivoca, hermana Elisabeth: el acontecimiento más grande del día, será seguramente una mirada que nadie haya visto, una palabra más baja que la otra, una palabra conmovedora que haya nacido por primera vez, desde el principio del mundo, en un alma que usted juzgará pequeña…

LA HERMANA ELISABETH

«Pequeña», «pequeña»… ¡esa es la palabra que viene siempre en sus lecciones! ¡Ah! ¡Yo soñaba con otra envergadura!

TERESA MARTIN, *con el mismo tono*

«Envergadura» ¡esa es la palabra que da vueltas sin cesar en su

cabeza! *(Cambiando de tono.)* Pero la envergadura más grande del hombre *(volviéndose hacia el crucifijo)*, ¡mírela!… ¿Hace falta que le defina la «envergadura»? Aquí la tiene. *(Extendiendo el brazo izquierdo.)* ¡De una extremidad *(extendiendo el brazo derecho)* a la otra! *(Despacio, midiendo las palabras.)* Así ¿qué es la grandeza sin la humildad? ¿Y la prudencia sin la sencillez? ¿Y la alegría, sin el sufrimiento? ¡Procúrese esto *y* aquello, porque una cosa no es nada sin la otra! Entonces, solo entonces tendrá usted envergadura…

LA HERMANA ELISABETH

¡Pero el mundo no verá nunca más que la mitad!

TERESA MARTIN

Su gloria será precisamente proporcional a su olvido.

LA HERMANA ELISABETH, *volviéndose*

¡Ah! ¡Usted habla por usted, Hermana Teresa! Usted es perfecta —es muy sencillo…

TERESA MARTIN

¿Perfecta? ¿Entonces cómo podría contestarle en todo momento? ¿Cómo podría explicar a las novicias sus malos sentimientos, si yo no los hubiera experimentado en mí misma?

LA HERMANA ELISABETH, *con amargura*

Usted es perfecta —y es injusto. Dios la ha colmado; siempre le ha dado lo que deseaba…

TERESA MARTIN

No: me ha hecho desear lo que me ha dado. *(Silencio.)* Ahí está, le parezco brillante y dorada *(señalando el edificio al fondo del jardín)* como ese edificio lleno de sol. ¿Pero qué hay que admirar: el edificio o el sol?

LA HERMANA ELISABETH, *de la misma manera*

¿Y por qué precisamente el sol ha elegido este edificio?

TERESA MARTIN

Por que se daba a él. *(Silencio. A media voz.)* O porque era su hora…

LA HERMANA ELISABETH, *explotando*

¡Eso no! ¡Porque todo es injusticia!

TERESA MARTIN

cogiéndola del brazo casi con violencia

¡Cállese! Al contrario: ¡todo es gracia!

LA HERMANA ELISABETH, *continuando*

¡Injusticia, los obreros de la onceava hora pagados como los de la primera! ¡Injusticia el hijo pródigo mejor tratado que su hermano fiel! Y nosotros que somos el rebaño dócil ¿cómo admitir que el pastor nos deje para ir detrás de una oveja indócil?

TERESA MARTIN

¡O demasiado exigente, hija mía, que no quiere solamente ser amada, sino también preferida! ¿Que Él abandona todas las ovejas

fieles para correr detrás de la perdida? ¡Qué confianza! ¡Qué seguro está de las demás, de nosotras! Esa ausencia que nos hiere es la prenda misma de su presencia en otra parte. ¡Y esa «injusticia», es el precio con que pagamos el perdón de los que solo merecían su justicia! Pagar por los demás… ¿Para qué entró usted en el Carmen, sino para eso?

LA HERMANA ELISABETH

después de un silencio, a media voz

Sí… Sí… Pero esos días, siempre los mismos…, esas pequeñeces…, ese tiempo que pasa…

TERESA MARTIN

¡En todas partes, excepto aquí, precisamente! En todas partes el tiempo pasa, indiferente como un río; aquí está la cisterna y el tiempo retenido… *(Despacio.)* «La hora viene y ya ha venido…»

LA HERMANA ELISABETH, *con violencia*

¡Ah! esas palabras que no se sabe nunca si las cita o si las dice usted, ¡usted!…

TERESA MARTIN, *con dulzura*

¿Es culpa mía si nuestros Padres, desde hace siglos, han dicho ya lo que yo pienso? ¿Y mucho mejor que lo que hubiera sabido decirlo?

LA HERMANA ELISABETH, *de la misma manera*

¿Entonces no podemos aportar nada nuevo aquí? ¿Nunca nada nuevo, ninguna de nosotras?

TERESA MARTIN

¡Sí! *(Despacio.)* La mirada de un niño sobre las colinas eternas…

LA HERMANA ELISABETH, *turbada*

¿Está también entre comillas lo que dice ahora?

TERESA MARTIN, *con autoridad*

¡Sí, para usted, de ahora en adelante! Esta palabra que volaba ha entrado en su corazón como una flecha…

LA HERMANA ELISABETH

después de un silencio, a media voz

¡Ruegue por mí! *(Sale por la derecha, muy de prisa.)*

ESCENA VI

TERESA MARTIN, la PRIORA, la MADRE INÉS DE JESÚS, la HERMANA GENOVEVA de la SANTA FAZ y la HERMANA MARÍA del SAGRADO CORAZÓN

(las tres hermanas de Teresa Martin)

Una vez sola, Teresa Martin se pone la cara entre las manos, durante un momento. Después, se dirige hacia la derecha y cada paso que da parece un martirio. De repente levanta la mirada hacia el crucifijo y continúa andando, normalmente, casi

ligeramente. Bajo las arcadas del claustro, hay algunas capas olvidadas por las hermanas. Teresa Martin las dobla cuidadosamente. La Priora entra por la derecha.

LA PRIORA

¡Hermana Teresa!

TERESA MARTIN

se estremece como si hubiera sido cogida en falta, deja la capa y va rápidamente hacia la Priora.

Reverenda Madre…

LA PRIORA

Le agradezco que haya escrito esa poesía…

TERESA MARTIN, *extrañada*

¡Usted me la había encargado!

LA PRIORA, *sonriendo*

Ha puesto en ella más que obediencia: ha puesto corazón.

TERESA MARTIN

cada vez más extrañada

¡Como en todo lo que me encarguen, Madre!

LA PRIORA, *de la misma manera*

¿Entonces, si le hubiera ordenado quemarla en vez de decírnosla…?

TERESA MARTIN, ***con mucha seriedad***

Lo hubiera hecho con corazón.

LA PRIORA, ***escéptica***

¿De verdad? ¿Destruir con su propia mano sus propios pensamientos…?

TERESA MARTIN, ***con dulzura***

No hubiera sido mi mano, sino la suya, Madre. Los pensamientos pertenecen al Espíritu y no a mí. Es libre de servirse de mí para tomar a las almas, incluso con la mala poesía…

LA PRIORA

¿Mala poesía? ¿Quién dice eso?

TERESA MARTIN

¡Qué más da! Eso no es cosa nuestra. Las palabras bonitas que se escriben y las que se reciben son con tanta frecuencia un cambio de moneda falsa… ¡Y aquí es el último lugar del mundo donde se puede hacer moneda falsa para comprar las almas!

LA PRIORA

de repente, después de un silencio

¿Cómo se encuentra, Hermana Teresa?

TERESA MARTIN, *vivamente*

No me he quejado, Madre.

LA PRIORA

¡Es lo que me tranquiliza! Si creyera a algunas, la mandaría a la enfermería… *(Espera a que Teresa hable. Silencio.)* Sin embargo, no está bastante fuerte para enviarla a Tonkín donde piden religiosas…

TERESA MARTIN, *con viveza*

¡Pero voy a curarme —quiero decir a coger fuerzas! ¡Madre! Me gustaría tanto…

LA PRIORA, *interrumpiéndola secamente*

No. *(Cambiando de tono.)* Pero pienso enviar *(mirando fijamente a Teresa Martin)* a la Madre Inés de Jesús *(Teresa se estremece)*, a la Hermana María del Sagrado Corazón…

TERESA MARTIN, *recuperando la calma*

… y a la Hermana Genoveva de la Santa Faz; ¡serán el honor de esta Misión!

LA PRIORA, *mirándola fijamente aún*

¡Misión peligrosa, hermana! *(Bajando la voz.)* Misión sin vuelta…

TERESA MARTIN

firmemente, mirándola de frente

¿Cree usted que yo la solicitaría sin saber eso? *(Bajando los ojos, respetuosamente.)* Pero no se lo diga a mis hermanas… *(al verlas, añade en voz baja)* que aquí llegan.

(Las tres hermanas de Teresa Martin han entrado por la izquierda. Se paran a la derecha de la Priora que de esta forma separa en dos el «clan Martin». La Madre Inés lleva un cuaderno en la mano.)

LA MADRE INÉS DE JESÚS

Quería hablarle sin la presencia de la Hermana Teresa, Madre…

(Sin una palabra, Teresa Martin se aleja hacia la derecha.)

LA PRIORA, *parándola con un gesto*

¡No se vaya!

(Teresa Martin se queda inmóvil. No dirá ni una palabra y no hará casi un gesto durante lo que sigue.)

LA MADRE INÉS DE JESÚS

Durante mi priorato, había ordenado a la Hermana Teresa de consignar en un cuaderno nuestros recuerdos de infancia y sus impresiones de la vida religiosa. Y a primeros de año me entregó este escrito…

LA HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

a media voz

El 21 de enero, fiesta de santa Inés…

LA MADRE INÉS DE JESÚS

Lo metí en un cajón y no pensé más en él. Pero desde que entregué en sus manos, Madre, el cargo de Priora, he encontrado tiempo para leer este relato y… *(Silencio. Con una voz alterada.)* ¡Debe leerlo, Madre!

LA PRIORA

¿Recuerdos de infancia, dice usted?

LA MADRE INÉS DE JESÚS

¡Oh, mucho más!

LA PRIORA, *distraídamente, cogiendo el cuaderno*

Sí, la Hermana Teresa tiene mucha facilidad. Veremos…

LA HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

Madre, permítame que pida a la Hermana que añada un capítulo a mi intención…

LA PRIORA, *irritada*

¡Si usted quiere! ¡Si ella quiere! *(Silencio.)* Pero yo también tenía que hablarles: el Carmelo de Hanoi tiene necesidad de religiosas. *(Las tres hermanas se arrodillan.)* Había pensado en la Hermana Teresa…

LA HERMANA GENOVEVA

Pero…

La Priora

Su salud se lo prohíbe. Pero ella misma me anima a enviarlas allí, a las tres…

La Hermana Genoveva

en un grito, con severidad

¡Teresa!

La Hermana María del Sagrado Corazón

a la hermana Genoveva, secamente

¡Celina!

La Madre Inés de Jesús, *de la misma manera*

¡Hermana Genoveva! *(La Hermana Genoveva se arrodilla de nuevo. A la Priora.)* ¡Estamos a sus órdenes!

Teresa Martin

con fuerza, pero con una voz alterada

¡Están a las órdenes de Dios!

(Silencio. A un gesto de la Priora, las tres hermanas se levantan y salen despacio por la izquierda.)

LA PRIORA

He ocultado a sus hermanas lo peor: los peligros de esta misión…

TERESA MARTIN, *a media voz*

¿Es eso lo peor?

LA PRIORA

cambiando de tema, después de un silencio ¡Hábleme de sus novicias!

TERESA MARTIN

De *sus* novicias, Madre: usted me ha nombrado más bien su primera compañera que su maestra…

LA PRIORA, *con altivez*

¿Es una recriminación?

TERESA MARTIN

¡Es un agradecimiento! Usted me dijo: «¡Apacienta mis corderos!» pero yo me juzgué demasiado pequeña y le supliqué por favor que me guardara con ellos. Pero usted aceptó a medias…

LA PRIORA, *sonriendo*

Algunas me han dicho que usted era severa…

TERESA MARTIN, *sonriendo también*

¡Algunas le han dicho que yo estaba enferma!… *(Cambiando de tono.)* Severa, sí, consigo serlo, gracias a Dios. Lo más penoso es observar las faltas despiadadamente: pero es necesario que esta tarea me sea un sufrimiento. *(Despacio.)* Toda severidad que no cuesta no alcanza…

LA PRIORA, *con altivez*

¿Cree usted?

TERESA MARTIN

Lo espero.

(Sin añadir una palabra, la Priora sale por la izquierda. Se cruza con una novicia, la Hermana Catalina, que la saluda y pasa por delante de Teresa Martin, el rostro iluminado con una sonrisa. Va a continuar hacia la derecha, cuando Teresa Martin la coge por el brazo de improviso y la mira profundamente.)

ESCENA VII

TERESA MARTIN, la HERMANA CATALINA, la HERMANA CLARA, *y después las demás novicias*: la HERMANA ELISABETH, la HERMANA MÉLANIE y la HERMANA MARGARITA MARÍA

TERESA MARTIN, *despacio*

¡Está triste, Hermana Catalina! ¡Está muy triste, estoy segura!

LA HERMANA CATALINA, ***cambiando de expresión***

¿Cómo…?

LA HERMANA CLARA

que ha aparecido desde hace un momento a la derecha, llamando:

¡Hermana Teresa!

TERESA MARTIN

en voz baja, a la Hermana Catalina

Ya hablaremos… *(La novicia quiere alejarse.)* ¡No se vaya!

LA HERMANA CLARA

que se ha acercado, vivamente

La buscaba Hermana Teresa. ¿Es verdad que la entrada en ejercicios se ha retrasado dos días?

TERESA MARTIN

Es verdad.

LA HERMANA CLARA

dice todo con exceso y exaltación

¡Y yo que tengo tanta necesidad de descanso!

TERESA MARTIN

¿Usted entra en ejercicios para descansar?

LA HERMANA CLARA, *con confusión*

¡No! Quería decir…

TERESA MARTIN

Ya sé. ¡Le gastaba una broma!

LA HERMANA CLARA

¡Una está tan sola durante los ejercicios… y tengo sed de ser olvidada de toda criatura!

TERESA MARTIN, *con dulzura*

¡De toda criatura y de usted misma!

LA HERMANA CLARA

¿Cómo?

TERESA MARTIN

Una tienda vacía, hermana Clara, una tienda vacía en medio del desierto: sea solamente eso para el descanso del Señor… *(Las dos novicias hacen un gesto.)* ¡No tema nada! Él la llenará, la enriquecerá… ¡Pero para encontrar un tesoro escondido, hay que esconderlo uno mismo!

LA HERMANA CLARA, *con un suspiro*

¡Ah! ¡No es bastante ser olvidada! Quisiera ser despreciada…

TERESA MARTIN

¿Por qué? El desprecio hace daño…

LA HERMANA CLARA, *mirando al cielo*

¡Oh, no!

TERESA MARTIN, *continuando*

… Daño al que desprecia. ¡Desconfíe de esos pretendidos méritos que exigen ciertos defectos, en los demás! Un cristiano no hace su salvación sobre la espalda de su prójimo…

LA HERMANA ELISABETH

que ha entrado desde hace algunos instantes

¿Hacer su salvación aquí? ¡Quizá, pero por la puerta *pequeña*!

TERESA MARTIN, *con dulzura*

Lo que importa es entrar…

LA HERMANA ELISABETH, *continuando*

¡No tenemos más que ocasiones *pequeñas* para hacer el bien, para hacer el mal!

TERESA MARTIN, *sonriendo*

Desde luego, sería más exaltante liberar el país, echar fuera a los ingleses… ¡Pero, nadie nos lo pide!

LA HERMANA ELISABETH

No, hacerse misionera, salvar almas…

TERESA MARTIN, *con fuerza*

¡Usted salva más almas entre estas cuatro paredes! Si no ¿cree que yo estaría aquí? *(Bajando la voz.)* ¡Ah! ¡Estamos más lejos de Lisieux que si viviéramos en plena África! *(Esforzándose en sonreír.)* Además, sea fiel en las ocasiones *pequeñas*, y Dios se sentirá obligado a ayudarla en las grandes: cada uno habrá obrado a su medida…

LA HERMANA MÉLANIE

otra novicia, que acaba de llegar por el jardín

¡Pero eso no quiere decir que todas nuestras infidelidades pequeñas no nos hagan perder gracias!

TERESA MARTIN

¡Siempre esa contabilidad! No, no son ustedes quienes pierden: ¡Es Dios quien pierde su amor! Y es algo mucho más grave…

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

Ha entrado desde hace un momento Con angustia

Hermana Teresa ¿qué hacer? ¿Qué hacer?

TERESA MARTIN, *en un grito*

¡Todo! *(A media voz.)* ¡Cuántos pesares, cuántos vanos pesares

a su muerte, cuando vea que Dios le colma con su ternura por toda la eternidad y usted no puede probarle ya la suya! ¡Aprovechen el tiempo, hermanas mías; aprovechen cada segundo de cada minuto de cada día! ¡Todo es para Él, todo!

LA HERMANA CATALINA, *gritando casi*

¡Pero yo no tengo nada que ofrecer!

TERESA MARTIN

¡Entonces, piense en ofrecer ese nada! *(La Hermana Catalina hace un gesto, desconsolado.)* ¡Pero sobre todo no se entristezca! Recuerde la pesca milagrosa: si hubieran cogido algunos pececillos, Jesús no hubiera hecho el milagro. ¡Pero no tenían *nada*, hermana Catalina! ¿Cómo resistir?

LA HERMANA CLARA

después de un silencio. Suspirando

¡Ah! ¡Cuando pienso en todo lo que tengo que adquirir…!

TERESA MARTIN

¿Adquirir? No: ¡perder! Se equivoca de camino; usted quiere escalar una montaña, pero Él la espera en el fondo de este valle, la humildad.

LA HERMANA MÉLANIE, *vivamente*

¡Hermana Teresa, se le cae el alfiler del escapulario!

(La Hermana Mélanie se acerca a ella y le pincha en la tela, cerca del hombro, un largo alfiler.)

TERESA MARTIN, *con una voz alterada*

Gracias. *(Se sienta sobre el reborde del muro bajo que rodea el claustro, mira a las cinco novicias que están a su alrededor y sonríe.)* ¡Pero si hoy no hay ninguna lección, hijitas mías! *(Silencio. Sonriendo y dando unas palmadas.)* ¡Vamos, desaparezcan! *(Nadie se mueve.)* ¡Entonces, continuemos este… recreo! *(Las novicias van a buscar asiento y se sientan alrededor de ella.)* ¡Bueno, recréenme un poco ustedes ahora! ¡La Hermana Mélanie tiene algo que contarnos; miren cómo le brillan los ojos!

LA HERMANA MÉLANIE

¡Pues sí! ¿Saben ustedes lo que ha discurrido una de nuestras hermanas para sacrificarse? Cuando traga cada bocado, en el refectorio, se imagina que son cosas repugnantes… *(Teresa Martin suelta una carcajada. La novicia, desarmada, continúa.)* ¡Pero si es verdad! Es la Hermana…

TERESA MARTIN, *interrumpiéndola en seco*

¡No la nombre, por caridad! ¡Pero si Nuestro Señor estuviera a la mesa, comería como nosotros! ¡Vamos, hermanas, coman lo que les dan, incluso si es malo; y si es bueno, agradézcanselo al Señor!

LA HERMANA CLARA, *decepcionada*

¡Oh! ¡Hermana Teresa, usted está demasiado sobre la tierra!

TERESA MARTIN, *con firmeza*

¡La cabeza en el cielo, pero los dos pies en esta tierra de los hombres, sí! ¡En esta tierra de los árboles y de las flores y de los santos, eso sí!

La Hermana Clara

¡Y está también en contra de las mortificaciones corporales, naturalmente!

Teresa Martin

Mire: el Bienaventurado Henri Suzo se infligía mortificaciones espantosas. Una noche, un ángel se le apareció y le dijo: «Detente. Hasta ahora has combatido como un soldado; ahora yo te armo caballero…» *(A la Hermana Clara, con dulzura.)* ¡A cada cual, sus propias armas, hermanita! A cada cual, su camino…

La Hermana Elisabeth

Pero ¿quién tiene razón?

Teresa Martin

¡Todos! *(Sonriendo.)* «Hay varias moradas en la casa de mi Padre…»

La Hermana Mélanie

¡A mí, la Hermana San Pablo me ha aconsejado contar mis sacrificios! La semana pasada hice 167…

Teresa Martin, *muy seria*

¡Yo les bato! Cuando me preparé para la primera comunión ¡hice un total —Óiganlo bien— de 818 sacrificios y 2.773 jaculatorias!

La Hermana Mélanie, *con alteración*

¡2.773!

TERESA MARTIN, *de la misma manera*

Y aún hubiera podido hacer muchas más…

LA HERMANA MÉLANIE

¿Ah?

TERESA MARTIN, *riendo*

¡Sí, si no hubiera perdido tanto tiempo en contarlas!

LA HERMANA MÉLANIE, *despechada*

¿Por qué se ríe usted? ¿No es infantil, como usted nos aconseja serlo?

TERESA MARTIN, *con dureza*

¡No, es pueril! ¡No cuente jamás! ¡Haga todo por amor y en cada momento! Y después… luche, luche. La victoria no es más que un sucedáneo; lo único que importa es la lucha…

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

después de haber hablado al oído de la Hermana Mélanie

Lo que nos consuela, es verla tan imperfecta, Hermana Teresa: esta mañana se dormía durante la meditación. *(Varias novicias sonríen; las otras protestan.)* ¡Sí, sí, es cierto! Yo la he visto…

TERESA MARTIN

¡Seguramente es verdad; me ocurre a veces!

La Hermana Clara, *con una voz engolada*

¿Tiene algo que decir en su defensa?

Teresa Martin

Que los médicos duermen a sus enfermos para operarlos. Y quién sabe si Dios…

La Hermana Elisabeth, *interrumpiéndola*

¿Entonces hay que dormir durante la acción de gracias?

Teresa Martin

¡No, sino continuar esta acción de gracias todo el día! *(Silencio. Sonriendo.)* Y diré también en mi defensa que los niños gustan a sus padres tanto cuando duermen como cuando están despiertos…

La Hermana Elisabeth, *ruidosamente*

¡Nosotros no somos niños!

Teresa Martin

¿Ah? *(Recitando muy suavemente.)* «Padre nuestro que estás en los cielos…»

(La vieja Hermana San Pablo entra de repente por la derecha.)

Escena VIII

LAS MISMAS y la HERMANA SAN PABLO

LA HERMANA SAN PABLO, *con ironía*

¿Todavía están en el *Pater*? ¡La enseñanza de las novicias avanza a grandes pasos!

TERESA MARTIN

No estamos «todavía», estamos «siempre» en el «Padre Nuestro». Y tenemos la intención de quedarnos en él…

LA HERMANA SAN PABLO

Palabra que ustedes vuelven a caer en la infancia —¡como la Hermana San Benito!

TERESA MARTIN

cambiando de tono. Con viveza

¿No está mejor?

LA HERMANA SAN PABLO, *encogiéndose de hombros*

La anemia cerebral le aumenta cada día y sus jaquecas se le hacen intolerables. No seguirá durante mucho tiempo ya la Regla,…

TERESA MARTIN, *a media voz*

Curar a los que sufren…

LA HERMANA SAN PABLO

la mira sin comprender y dice cambiando de tono:

Hermana Clara, la necesito en la enfermería. Es la hora de las tisanas…

LA HERMANA CLARA

con exaltación a Teresa Martin

¡Ve usted! ¡Llevar tisanas de aquí para allá! ¡Quisiera ser María, y aquí, a cada instante, nos obligan a ser Marta!

TERESA MARTIN

Lo que Jesús censuraba no eran los trabajos de Marta, sino solamente su inquietud.

LA HERMANA CLARA

Sí, pero si se lo pidieran a usted…

TERESA MARTIN, *interrumpiéndola*

¿A mí? Yo la envidio. Me parece que es a usted a quien Jesús decía: «Estaba enfermo y me aliviaste…» Bueno, ahora lleva esas tazas de aquí para allá; pero pronto será el turno de Jesús que irá y vendrá para servirle…

LA HERMANA CLARA

¡Servirnos!

TERESA MARTIN, *con fuerza*

¡Es Él quien lo dice! Si no cree palabra por palabra lo que dice,

¿dónde encuentra el ánimo para quedarse aquí? *(La Hermana Clara se aleja sin prisa. Teresa Martin da unas palmadas riendo.)* ¿Es así como se da prisa cuando se está obligada a trabajar para alimentar a sus hijas?

LA HERMANA ELISABETH

¿Qué hijas?

TERESA MARTIN, *volviéndose hacia ella*

¡No hay ni una sola alma en el mundo que no sea nuestra hija!

(La Hermana San Pablo y la Hermana Clara salen por la derecha.)

ESCENA IX

LAS MISMAS, menos la HERMANA SAN PABLO y la HERMANA CLARA

LA HERMANA ELISABETH

levantándose y andando nerviosamente

¡Nunca he oído hablar tanto de hijos como en este sitio donde no los tendremos jamás! *(Parándose y volviéndose de pronto hacia Teresa Martin.)* ¡Por otra parte, usted nos aconseja siempre parecernos a ellos, pero los niños están llenos de defectos! Celosos… impacientes… coléricos…

La Hermana Catalina

¡… Caprichosos!

La Hermana Mélanie

¡Alocados!

La Hermana Margarita María

¡Testarudos… orgullosos!

Teresa Martin

¡Sí!… ¡Sí!… *(Breve silencio.)* Pero en el hombre es una mancha negra, en ellos solo una sombra: la sombra de una cualidad demasiado deslumbradora. Son celosos porque aman apasionadamente, impacientes y coléricos, porque solo ellos saben olvidar el daño; caprichosos y testarudos, pero completamente leales y de una intransigencia que no tienen las almas más grandes; son alocados ¡pero qué confianza y qué abandono! ¡Y qué fe en la palabra dada o recibida! Son débiles, pero al menos lo saben… Y ese desprecio de todo bien, de toda grandeza…

La Hermana Elisabeth

¡Porque lo ignoran!

Teresa Martin

¡Sobre todo porque aman! Los niños preferirían su madre a un hada, su padre a un rey…

La Hermana Catalina, *sonriendo*

Tenemos al menos un punto en común: ¡los niños caen sin

cesar… y nosotras también!

TERESA MARTIN, *sonriendo igualmente*

Pero son muy pequeños para hacerse daño. ¡Qué ventaja!

LA HERMANA MÉLANIE

Yo los encuentro sin complejos: ¡se creen en todas partes como en su casa!

TERESA MARTIN

«Sin complejos» —¡bonita expresión! Pero *están* en todas partes en su casa: ¡qué confianza! *(Sonriendo.)* Respecto a ustedes, rechacen pues esos defectos que los niños no saben reconocer pero… que ustedes distinguen con tanta claridad, ¡y conserven solo las cualidades!

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

Yo repito que son orgullosos…

TERESA MARTIN

Eso sí. Y sin embargo el espíritu de infancia mata el orgullo con más seguridad que el espíritu de penitencia.

LA HERMANA ELISABETH

después de un silencio, exasperada

¡Entonces el ideal de usted es ser un niño pequeño!

TERESA MARTIN, *a media voz*

¡Menos aún! Una gota de agua. Pequeña, fresca, transparente… Un gota de rocío por la mañana, que no sabe si sube de la tierra o si ha caído del cielo…

LA HERMANA ELISABETH, *de la misma manera*

¡… Y que se confunda con todas las demás en un gran océano!

TERESA MARTIN

¡Distinta y confundida, gracias a Dios! Deliciosamente confundida en el gran océano de la Comunión de los Santos…

LA HERMANA CATALINA, *con una voz alterada*

Hermana Teresa, hábleme de la Comunión de los Santos…

TERESA MARTIN, *después de un silencio*

¡Escuche! Se habían terminado las cerillas en un convento. Solamente quedaba la mecha de una lamparilla delante del altar. Una hermana acercó a ella su vela y las demás encendieron sus velas en la suya. Y, en la noche que caía, esas luces que pasaban de una en una se debían la vida una a otra… ¡Eso es la Comunión de los Santos!… ¿Cree usted que la vida es una cita de desconocidos y la muerte un gran dormitorio anónimo?

LA HERMANA ELISABETH, *duramente*

«¡La vida es una noche en una mala hospedería!»

TERESA MARTIN

Sé que nuestra madre santa Teresa ha dicho eso. *(Silencio. Despacio.)* ¡Pero, no! Para mí, este mundo es como un juguete frágil: porque cada uno de nosotros está ligado secretamente a

todos los demás. Nuestros hermanos, hasta los confines de la tierra, prisioneros del menor gesto nuestro *(bajando la voz)* de la palabra más ligera.

LA HERMANA MÉLANIE; *rompiendo el silencio riendo*

¡Y yo que hablo siempre en el aire!…

TERESA MARTIN

No se habla en el aire: se habla en el cielo…

LA HERMANA ELISABETH, *encogiéndose de hombros*

¡Usted exagera!

TERESA MARTIN, *en voz baja*

Cada gesto, cada palabra, cada segundo… En este momento, en este mismo momento, hay seres que están en la agonía… *(Levantándose.)* ¡Que aparecen delante de Dios! Están delante del único espejo, cara a cara con ellos mismos, por primera vez… ¡por la eternidad!

LA HERMANA MARGARITA

con una voz alterada

No ver a Dios…

TERESA MARTIN

¡No ver a Dios, y *verse* en cambio para siempre! Lamentable viajero que lleva sobre él todo su equipaje innoble… En este mismo momento, perecen… *(Gritando.)* ¡No! ¡Es un pensamiento! Hay que

pagar en lugar de todos, pagar todas las deudas, cerrar la brecha — ¡sin cesar! ¡Como un hombre perdido en la nieve, sin una hoguera para calentarse, morirá! ¡Hay que vigilar, vigilar, echar todo al fuego! ¡Sin provisiones! ¡No tener el tiempo de amasar! ¡No cesar un instante de adquirir, para no cesar un instante de dar! ¡Ah! ¡que nada nos ate las manos!

LA HERMANA CATALINA, *con angustia*

¿Y cuándo trabajaremos por nosotras?

TERESA MARTIN, *con un gesto de indulgencia*

Algunas lo hacen, seguramente. Cada uno, en la noche de la tierra, solo trabaja por los demás. Nuestra oración, es la sal para nosotros mismos, diamante para ellos…

LA HERMANA ELISABETH, *a media voz*

¡Qué injusticia!

TERESA MARTIN, *con fuerza*

¡Está más allá de toda justicia o de toda injusticia! El Doctor de la Iglesia que se dé cuenta que él lo debe todo a un pastor ¿hablará de justicia en el cielo? ¿Y el patriarca a un niño pequeño? Y ustedes, cuando encuentren el alma desconocida a quien deben todo ¿hablarán de justicia?

LA HERMANA MÉLANIE

Sin embargo, cada una debe hacer su propia salvación ¿no, Hermana Teresa?

TERESA MARTIN

«¿Hacer su salvación?» No quiere decir nada. Hacer *nuestra* salvación, *vuestra* salvación, la salvación de los demás —¡eso sí! *(Sonriendo.)* ¡Han aprendido aquí a no decir nunca *mi* celda, *mi* capa, sino *nuestra* celda, *nuestra* capa!… ¡Todo lo tenemos de prestado… todo, excepto la salvación de los demás!

LA HERMANA ELISABETH

Eso no es amar a los demás como a nosotros mismos: ¡es amarlos más que a nosotros mismos!

TERESA MARTIN, *señalando el crucifijo*

¡Amarlos como *Él mismo* lo hizo! Es el primer mandamiento…

LA HERMANA CATALINA

¿Y el segundo?

TERESA MARTIN, *despacio*

Ser fiel…

(Suena una campana. Las novicias se levantan y, sin una palabra, se dirigen hacia la izquierda y salen lentamente. Una vez sola, Teresa Martin tiene un desfallecimiento y se sienta en el borde del muro bajo del claustro. Da un suspiro e intenta quitarse del hombro el alfiler del escapulario que la Hermana Mélanie la puso hace un momento. Le cuesta trabajo quitárselo y forcejea con él. En este momento, la Hermana Catalina entra por la izquierda y va vivamente hacia ella, que no la ha visto acercarse. Al verla, Teresa Martin se sobresalta. La hermana Catalina se queda quieta.)

Escena X

Teresa Martin y la Hermana Catalina

Teresa Martin, *con una voz sorda*

¿Quiere ayudarme, por favor?

La Hermana Catalina

le quita el alfiler y da un grito

¡Está lleno de sangre! ¡Se lo ha pinchado en el hombro! ¿Por qué no lo…?

Teresa Martin, *a media voz, muy de prisa*

No podía quitármelo delante de la que me lo había puesto: la hubiera herido… *(Mirándola en los ojos.)* Hermanita, hermanita triste hasta morir ¿por qué ha vuelto usted?

La Hermana Catalina, *con una voz ahogada*

Hermana Teresa, «ser fiel» ¿qué quiere decir?

Teresa Martin

Obrar solamente bajo la mirada de Dios.

La Hermana Catalina, *en un grito*

¡Ah! ¡que esa mirada me encuentre!

TERESA MARTIN, *muy despacio*

Si usted no ve a Dios, que su amor lo invente…

LA HERMANA CATALINA, *espantada*

¿Que lo invente?

TERESA MARTIN

cogiéndola por los hombros

Hermanita, en las tinieblas ¿qué importa que su presencia no le sea sensible con tal que su amor lo sea?

LA HERMANA CATALINA, *con una voz alterada*

Me ha dado cita en lo profundo de una cárcel y no ha venido…

TERESA MARTIN

repitiendo, más despacio aún

Si usted no lo ve, que su amor lo invente…

LA HERMANA CATALINA, *después de un instante*

Estas palabras me consuelan esta tarde. ¿Pero y mañana?…

TERESA MARTIN

¿Por qué pensar en mañana? ¡Es como mezclarse en crear! Viva de minuto en minuto… Usted es como un niño pequeño que no sabe andar e intenta subir una escalera para reunirse con su padre. ¡Un

día, vencido por tantos esfuerzos inútiles, el padre bajará para cogerlo en sus brazos y lo llevará para siempre! ¡Acuérdese! «La luz se ha levantado en las tinieblas para los que tienen el corazón recto…»

LA HERMANA CATALINA, *moviendo la cabeza*

¡No son más que palabras!

(La campana suena otra vez.)

TERESA MARTIN

levantando un dedo hacia la campana que suena, y hablando después en voz muya baja

Sí, todo no es más que palabras. Pero Dios viene a relevarme, pues aquí está la campana del silencio: silencio para rezar y en el que Dios nos habla…

LA HERMANA CATALINA

Pero, Hermana Teresa…

TERESA MARTIN

interrumpiéndola con un dedo en los labios

¡Silencio!…

Teresa Martin la hace salir y las dos salen por la izquierda, mientras la campana sigue sonando y…

CAE EL TELÓN

Si los actores tienen que salir a saludar, a causa de los aplausos, deben hacerlo en el orden y en la forma siguientes: el telón se levantará sobre Teresa Martin, que estará sola en medio del escenario, de pie y sin inclinarse. La segunda vez se levantará sobre la disposición siguiente: la Priora en el centro de la escena; a su derecha, después de un espacio vacío, el grupo de las cinco novicias en línea; a su izquierda, igualmente el grupo de las tres hermanas de Teresa Martin y, más lejos, después de otro espacio vacío, las tres hermanas San Agustín, San José y San Pablo. Ninguna se inclinará. Para las salidas siguientes, en caso de que las haya, la misma disposición, pero Teresa Martin se pondrá dos pasos delante de la Priora, en el centro del escenario. Nadie saludará.

Acto II

El locutorio de las tinieblas

«Una tarde, después de completas,
buscaba en vano nuestra lámpara…
Una hermana creyendo coger su
farol se había llevado el nuestro…»

El acto se desarrolla entero en la celda de Teresa Martin, por la noche. La vista no se acostumbrará enseguida a la oscuridad, por otra parte, solo debe terminar por distinguir la cama, al fondo hacia la derecha, las contraventanas (a la izquierda) que dejan entrar una luz de luna y la puerta de la derecha, que da sobre el pasillo. El decorado no tiene ninguna importancia, solo la tienen los personajes que, excepto Teresa Martin, serán iluminados aisladamente por una luz incierta, dándoles el aspecto de una aparición. La manera de actuar de los actores debe subrayar esta impresión.

Durante este acto, Teresa toserá de vez en cuando — pero no de una manera «teatral». El público deberá pensar casi que la enferma es la actriz y no el personaje.

Al levantarse el telón, Él está apoyado contra la pared de la izquierda, cerca de la ventana. Él es Sotanas; pero su aspecto es el de un hombre de treinta años en 1895. Con la mirada da lentamente la vuelta a la celda, después menea la cabeza y habla pareciendo seguir con los ojos, a través de las paredes, alguien que no vemos.

Escena I

ÉL, solo

¡Cuarenta y ocho… cuarenta y nueve… cincuenta pasos por el claustro… y te paras para respirar! ¿Qué edad tendrá esta vieja mujer enferma? Veintitrés años. ¡Bravo! *(Suelta una carcajada.)* Este edificio está ingeniosamente agenciado para que uno se muera de frío en él —¡no cabe duda! ¡Ese recodo antes de la escalera, brrr…! Alto ahí, alto ahí, no te vas a caer ¿verdad? Bueno, hija mía, ahora al asalto de la escalera, peldaño tras peldaño, como todas las noches… Yergue ese cuerpo, ese cuerpo inútil, ese cuerpo abrumado por esos hábitos estúpidos… Te paras, la espalda contra la pared… ¡Una estatua! ¡La estatua de lo Absurdo! ¡Das pena! *(Ríe a carcajadas.)* ¿Pena? Me horrorizas… ¿Ah? ¿Dudas ponerte en marcha otra vez?… *(Frotándose las manos.)* El animal se mueve en ti… Porque no hace solamente glacial, sino también tenebroso. La Hermana San Pablo te cogió la lámpara hace un momento, por descuido. Dudaste un momento en reclamársela y después pensaste piadosamente *(parodiando)* que podrías llegar a *nuestra pequeña celda* sin *nuestra pequeña lámpara… (Cambiando de tono.)* Da lo mismo, así no trabajarás esta noche en tu estúpido libraco —¡mejor! *(De la misma manera.) Nuestra pequeña* novela… *(Encoge los hombros.)* ¡Una vez más, te vas a quedar en las tinieblas! *(Con una voz de predicador.)* «Las tinieblas exteriores…» *(Cambiando de tono.)* ¡Pero, esta noche, cuenta conmigo para iluminarlas, hija mía!… ¡Vamos, solo faltan tres peldaños… date prisa! ¡Me hacen esperar! ¿Es por casualidad la ascensión del Monte Carmelo esta escalera? Ahora, el pasillo… ¡El pasillo negro y helado de esta cárcel cuyos prisioneros son los únicos guardianes! El mundo al revés: los pobres son ricos, los ricos son dignos de compasión, no se devuelven las bofetadas, y los que lloran tienen suerte— ¡qué locura más grande! *(Va hacia la puerta.)* Te acercas, Teresa… Cada paso tuyo resuena deliciosamente en mi corazón: vienes hacia mí… *(Parece seguirla con la mirada.)* ¡Si tus hermanas te vieran, como un trapo!… ¿Sufres? *(Secamente.)* ¿Y qué más? ¿De quién es la culpa? *(Bajando la voz.)* ¿Y yo? ¿Crees quizá que yo no sufro… *(Moviendo la cabeza.)* Teresa Martin, eso?… ¡Ah, maldito velo! ¡Maldita verja! ¡Maldita clausura! ¡Sin eso, qué lección para la gente

de Lisieux ver en lo que se ha convertido *(haciendo carantoñas)* la rubia, la fresca, la deliciosa Teresa Martin!… ¡Pero ni siquiera lo sabes bastante tú misma! Voy a darte un espejo despiadado… *(Mirando, hacia la puerta.)* Andas con los brazos extendidos, como una ciega… ¡que eres! ¡Ven, te abriré los ojos, esta noche! *(Bajando la voz.)* ¡Esta noche o jamás!… *(Volviéndose con prontitud.)* ¡Es hora! *(Dando palmas para llamar.)* ¡Doña Teresa! ¡Doña Teresa! *(Soltando una carcajada.)* «¡Es preciso que ella crezca y yo disminuya!…» *(Se queda quieto, la mano extendida. Enseguida, la luz que lo iluminaba a él solo disminuye, mientras otro rayo empieza a iluminar un personaje que no se había visto entrar en el escenario. La luz que lo ilumina crece progresivamente mientras que la otra, declinando, borrará a Él poco a poco. Doña Teresa es una mujer joven de 23 años, vestida a la moda de 1895 con una exageración provincial. Respira la felicidad material pero también la satisfacción, la confianza en sí misma y la certidumbre de tener razón. Él la observa y dice:)* ¡Bien!… ¡Bien!… *(Volviéndose atrás.)* ¡Ah! ¡olvidaba lo principal! *(Tiende el brazo, hacia Doña Teresa y un nuevo rayo hace aparecer a un niño pequeño muy mono de cuatro años que da la mano a su madre.)* ¡Eso!… ¡Ahora puedes entrar!… *(Él se vuelve hacia la puerta, ríe a carcajadas y desaparece. Casi enseguida se abre la puerta y entra Teresa Martin. Primero se le ven solamente las manos, después los brazos, pues anda a ciegas tentando las paredes; después aparecen la cara y el cuerpo que expresan el agotamiento. Solo se le oye la respiración ronca. Por fin llega a la cama y se deja caer en ella.)*

Escena II

Doña Teresa, Teresa Martin y el Niño

Doña Teresa, *con un tono escandalizado*

¡Teresa!

TERESA MARTIN

con dulzura, sin levantar la cabeza

¿Quién me llama?

DOÑA TERESA

¡Tú! ¡La *verdadera* Teresa!

TERESA MARTIN, *a media voz*

¿Quién conoce la verdadera Teresa?

DOÑA TERESA, *continuando*

¡La que el mundo tenía derecho a esperar, la que tú tenías el deber de ser!

TERESA MARTIN, *sonriente*

El derecho… el deber… *(Cambiando de tono.)* ¿Qué quiere usted de mí?

DOÑA TERESA

¡Puedes tutearme! ¡A quién decir *tú* sino a ti misma!…

TERESA MARTIN

Yo solo tuteo a Dios.

DOÑA TERESA, *acercándose a ella*

¡Es una intimidad que no te da mucho éxito! ¡En qué estado te encuentras!… ¡Ni siquiera me reconozco!

TERESA MARTIN

levantando al fin los ojos sobre ella sobresaltándose

¡Yo tampoco! *(Al ver al niño, da un grito como una persona herida.)* ¡Oh!…

DOÑA TERESA, *continuando*.

¡Muchas veces doy limosna a personas que tienen un aspecto menos miserable! ¿No te da vergüenza dar pena?

TERESA MARTIN

A mí me darían pena más bien los que tienen vergüenza… *(Cambiando de tono.)* Pero se equivoca, si me cree miserable…

DOÑA TERESA, *explotando*

¡Oh, no! ¡Eres feliz, desde luego! ¡Feliz de estar encerrada aquí para siempre, de estar condenada al silencio, al frío, a la soledad, a causa de un capricho!

TERESA MARTIN

¿Yo?

DOÑA TERESA

¡Tú no tenías vocación, pequeña! Era solamente el ejemplo de

Paulina y de María. Hay familias de monjas como las hay de ingenieros —¡una especie de contagio! Y el ambiente, nuestros pobres padres queridos… ¡No hay nada que decir contra eso, naturalmente! Pero al fin y al cabo, la tuya es el tipo mismo de vocación *artificial*. Si no hubieras jugado tanto cuando eras pequeña con copones, cálices, candelabros —¡con esa panoplia de cura!…

TERESA MARTIN

Es lo que exactamente me sopló una voz, la víspera de mi profesión… *(Volviéndose hacia Doña Teresa, con fuerza.)* ¡Y una risa grande la alejó rápidamente!

DOÑA TERESA, *con sequedad*

¡Hubiera sido mejor que la escucharas! ¡Y que escucharas también al Superior del convento! Por otra parte, todo el mundo se oponía a tu entrada, todo el mundo excepto la Madre Priora que, desde entonces… *(Suspira.)* ¡Tenía necesidad de una víctima y te hizo venir!

TERESA MARTIN, *con viveza*

¡No hable de esa manera de mi Madre!

DOÑA TERESA

¿Tu madre? ¡Tu verdadera, tu única madre ha muerto, agotada, disgustada, con cuatro hijos muertos y cinco que iban a morir al mundo! ¡Qué balance! ¡Qué pobre vida inútil! ¡No queda nadie de la familia Martin! ¡Adiós, los Martin se terminaron!… Pero no llames «Madre» a esa mujer vieja, déspota, injusta, caprichosa…

TERESA MARTIN

interrumpiéndola y mirando fijamente al niño

¡Un niño no juzga nunca a su madre!

DOÑA TERESA

después de haberla observado en silencio

En el fondo, acabas de decirlo: no eres más que una niña. ¡Jamás has tenido el valor de descubrir tu personalidad!

TERESA MARTIN, *a media voz*

Y mi personalidad ¿era usted?

DOÑA TERESA, *desconcertada*

¡Pues… sí! *(Recobrándose.)* Cuando eras pequeña, no podías prescindir un minuto de tu madre. Acuérdate cuando subías la escalera y llamabas a cada peldaño: «¡Mamá!… ¡Mamá!… ¡Mamá!…» y si ella se olvidaba una sola vez de contestarte: «¡Sí, hija mía!» te quedabas allí, perdida, incapaz de dar un paso ni de retroceder…

TERESA MARTIN, *cerrando los ojos*

Es cierto.

DOÑA TERESA

Después de su muerte te refugiaste en las faldas de Paulina y después en las de María. Cuando se fueron las dos, las seguiste: creíste poder reconstituir aquí *los Matorrales*. ¡Pero no! ¡La casa de tu familia está desierta, tu familia muerta y aquí solo has encontrado a tu vieja enemiga, la soledad!

TERESA MARTIN

sonriendo, con los ojos cerrados

Es cierto.

DOÑA TERESA

La soledad… ¿Y algún consuelo?

TERESA MARTIN, *sencillamente*

El de no tener ninguno sobre la tierra.

DOÑA TERESA

¡Está loca! *(Gritando casi.)* ¡Estamos sobre la tierra! Solo de eso que podemos estar seguros: ¡la tierra! ¡la tierra! ¿Y tú escoges la soledad? *(Cogiéndola por los hombros.)* ¡Sabes sin embargo cómo se acaba la aventura! ¿Qué es la muerte sino la suprema soledad? ¡Mueres de antemano! ¡Estarás sola, Teresa, sola hasta el último día!…

TERESA MARTIN, *con dulzura*

«El último día, el Señor conducirá Su rebaño a los pastos, reunirá los corderitos y los apretará contra Su seno…»

DOÑA TERESA, *suspirando*

¡Ah! ¡siempre los cuentos de hadas! ¡Todo el mal viene de ahí: tienes demasiada… tenemos demasiada sensibilidad… Sin embargo tus poesías son encantadoras! ¡Sí! ¡Sí! ¡absolutamente encantadoras! Pero limitas tu inspiración, no cultivas el talento que el cielo te ha dado, y eso está mal… *(Silencio.)* Das la espalda a las maravillas, te

tapas los ojos delante de la creación de Dios… ¡Qué bonita manera de rendirle homenaje! *(Silencio un poco más largo. Cambiando de tono.)* Yo, en cambio, publico un poema todos los domingos en el *Mensajero del Orne*… ¡bajo un seudónimo, desde luego! Y estoy en contacto con un editor de Alençon para una colección… ¿Ves de lo que te privas? ¡Cuando aparezca mi libro, alcanzaré innumerables corazones! ¿Y tú para qué sirven tus poesías?

TERESA MARTIN

Han hecho algún bien a algunas almas.

DOÑA TERESA, *continuando*

Y tú ¿para qué sirves? Si hubieras elegido, incluso sin vocación, una orden activa, útil, estarías llevada por la acción ¡y en buena hora! ¡Comprendo que hace falta gente para cuidar a los enfermos, ocuparse de los huérfanos, dar de comer a los pobres, o también impedir a los negros que se devoren entre ellos, y a los chinos que den a los niños a los cerdos, aunque en el fondo, se pueda ser un honrado antropófago e ir derecho al cielo! Pero, en fin… Mi cuñada me dice con frecuencia: «Teresa, cuando tengas ochenta años, serás tal vez feliz de pagar a una hermana para que te pasee, te ayude a hacer tus necesidades y te vele por la noche —¡y es verdad! ¡Pero una Carmelita no vendrá!»

¡Ya lo ves! ¿Para qué servís entonces? ¿Qué has venido a hacer en este cementerio?

TERESA MARTIN

Lo dije el día de mi profesión: «He venido para salvar a las almas y sobre todo para rezar por los sacerdotes…»

DOÑA TERESA

¿Y qué más?

TERESA MARTIN, *a media voz*

Nada más.

DOÑA TERESA

¿Nada más?

TERESA MARTIN, *con fuerza*

¡Sí, nada *más*! Conservar la sal de la tierra…

DOÑA TERESA, *con indulgencia*

¡Siempre la poesía!… Hija mía, ¡si los sacerdotes hacen muy bien su oficio sin vosotras! La Iglesia no tiene necesidad de parásitos. ¡Cada uno su trabajo y las almas serán bien guardadas!

TERESA MARTIN

¿Cree usted que los marinos que se agitan sobre el puente bastan para hacer andar el navío? ¿Y cree usted que la parte del navío que está bajo el agua no es tan necesaria como la que sobrenada? La Iglesia es un navío: tiene sus tripulaciones invisibles…

DOÑA TERESA

¡Y ese papel te basta!

TERESA MARTIN, *levantándose*

Ser la madre de las almas, sí, debiera bastarme. Y sin embargo siento en mí otras vocaciones: ¡quisiera ser guerrero, sacerdote, apóstol, doctor, cruzado!… Misionero, en el espacio y en tiempo: ¡haberlo sido desde la creación del mundo, serlo hasta la consumación de los siglos! ¡Y mártir! Pero no con un solo suplicio,

me hacen falta todos: Bartolomé, Juan, Cecilia, Ignacio, Juana de Arco —el hacha y la hoguera, el aceite ardiendo y la fiera salvaje— ¡Me hacen falta todos los testimonios y todas las pruebas!

DOÑA TERESA

encogiendo los hombros

No has cambiado desde que tenías cinco años: cuando te daban a escoger juguetes en una cesta, cogías la cesta y decías: «¡Escojo todo!»

TERESA MARTIN

¡Yo he escogido todo!

DOÑA TERESA

¡Verdaderamente! ¡Esos trabajos de criada en un oscuro convento! ¡Ese martirio a alfilerazos! ¡Pero mira tu nada, hija mía!

TERESA MARTIN

levantando un dedo y recitando

«Rebajándose entonces hasta en las profundidades de mi nada, me levanté tan alto que pude alcanzar mi fin…» *(Cambiando de tono.)* He escogido todo: ¡el amor encierra todas las vocaciones!

DOÑA TERESA

¿Son esas tus obras brillantes?

TERESA MARTIN, *sin mirarla*

Ya que estas me son prohibidas, mis hermanos trabajan en mi lugar; y yo, como un niño cerca del trono real, amo: amo por los que luchan…

DOÑA TERESA

¿Y cuál es la utilidad de todo eso?

TERESA MARTIN, *despacio*

«¡El movimiento más pequeño de puro amor es más útil a la Iglesia que todas las demás obras juntas!»

DOÑA TERESA, *encogiéndose de hombros*

¡Eres tú quien lo dices!

TERESA MARTIN, *con dulzura*

No, san Juan de la Cruz.

DOÑA TERESA

explotando, después de un instante

¡El amor, solo tenéis esa palabra en la boca precisamente los que habéis dado la espalda al amor! *(Señalando al niño.)* ¡La mayor prueba de amor es la de dar la vida!

TERESA MARTIN

poniéndose de rodillas delante del niño y sonriéndole con ternura:

¡No! Es dar *su* vida por los que uno ama…

DOÑA TERESA, *desconcertada*

¿Tú das tu vida?

TERESA MARTIN, *a media voz*

No de una sola vez: poco a poco… Es más difícil…

DOÑA TERESA

la mira y cambia de tema

«¡Por lo que uno ama!…» ¡Hasta tu frase demuestra que no sabes lo que es el amor! ¡Una elección, pequeña: cuando se ama no se ama a nadie más!

TERESA MARTIN, *con bondad*

¿Ah? Entonces, prefiero nuestro amor: ¡cuando se ama, se ama a todo el mundo!

DOÑA TERESA, *con arrebato*

¡Qué confusión! ¡Qué falta de equilibrio! ¡Qué… falta de aceptación! Lo que vosotras tomáis por amor no es más que el deseo de amor…

TERESA MARTIN, *levantándose*

Dios mío, si tan delicioso es el único deseo de amor, ¿qué es entonces poseerlo, gozar de él para siempre?

DOÑA TERESA, *de la misma manera*

¡Estás loca! ¡Todas estáis locas!

TERESA MARTIN, *sonriendo*

Entonces, hubiera tenido más dulzura en mi *locura* que la que tenga en el seno de las alegrías eternas —a menos que no me quiten el recuerdo de mis esperanzas terrestres…

DOÑA TERESA, *reservada*

¡Después de todo hay unos límites!

TERESA MARTIN, *sordamente*

¿Acaso el amor de Jesucristo tuvo límites? ¿Por qué mi confianza entonces tendría que tenerlos?

DOÑA TERESA

después de un silencio, con arrebato

¡Palabras! ¡Palabras! ¡No son más que palabras todo eso!

TERESA MARTIN, *a media voz*

Las palabras por las que se da la vida, merecen ser escuchadas…

DOÑA TERESA, *continuando*

La verdad, lo había presentido: no eres más que una niña sin carácter, sin personalidad, sin ánimo ante la vida. Si tus hermanas hubieran decidido ser funcionarías de correos, las hubieras imitado. Escogieron el convento y las has seguido, pero con la misma mentalidad: como un funcionario. En lugar de contar sellos, pasas cuentas de rosario: ¿dónde está la diferencia? Costumbres sencillas,

horario sencillo… ¿Sabes que el jardinero te reconoce, a pesar del velo, por tu paso ni lento ni vivo:
au-to-má-ti-co
?

TERESA MARTIN

con dulzura, pero firmemente

No, regular…

DOÑA TERESA

¿Y crees que así, a pasitos, harás tu salvación? ¡Mal cálculo, hija mía! Si crees que vas a evitar el purgatorio…

TERESA MARTIN, *interrumpiéndola*

¿Yo? No quisiera recoger un alfiler para evitarme el purgatorio…

DOÑA TERESA, *entre dientes*

¡Orgullosa!

TERESA MARTIN, *continuando*

¡… Pero comería tierra por ahorrárselo a usted!

DOÑA TERESA, *de la misma manera*

¡Insolente! *(En voz alta.)* No te tomes ningún trabajo por mí: mi suerte es más segura que la tuya. Dios ama a los que arriesgan la aventura —y la única aventura, el único riesgo hubiera sido el matrimonio… ¡Dios ama a los que dan la vida *(señalando al niño)*

y este es mi primer regalo al mundo!… ¡Será sacerdote, si Dios quiere! Y tú ¿qué aportas tú?

TERESA MARTIN

con fuerza, bajando la cabeza hacia él niño

La alegría, si Dios quiere, la alegría para él y para los demás hijos de la luz…

DOÑA TERESA, ***sin escuchar***

Si cada uno es juzgado por sus obras no te preocupes por mí. ¡Yo doy a los pobres! ¿Qué sería de ellos si todo el mundo hubiera hecho voto de pobreza? Formo parte del Comité diocesano y estoy propuesta para ser secretaria general de la Obra del Buen Pastor… *(Inclinándose hacia ella.)* ¡A los veintitrés años! ¡Eso es lo que serías, Teresa, sin ese capricho y sin tu obstinación! ¡Confiésalo: te has equivocado y solo tu orgullo te prohíbe reconocerlo a tiempo! ¡Pero hazlo saber, ahora! Que tu ejemplo, por lo menos, sirva para preservar a las familias y salvar a pesar de ellas a las chicas demasiado novelescas. Escribe a tus primas, a toda tu familia, escribe: «Lo siento…» ¡Sé útil una vez en tu vida, vamos! *(Teresa Martin no se ha movido: está sentada con las manos juntas. Doña Teresa espera un momento y continúa furiosa.)* ¡Pero no, te empeñas! ¡Ni una acción viril! Ten cuidado, pequeña: hablábamos del Juicio… ¡Llegarás a él con las manos vacías!

TERESA MARTIN

¡Mejor, pues entonces recibiré todo de Dios! Yo quiero solamente llegar a él con las manos juntas… *(Bajando la voz.)* Con las manos juntas para que una impida a la otra hacer mal, las manos juntas para ocultar la nada de mi vida, las manos juntas sobre mi corazón consumido…

DOÑA TERESA

¡Corazón! ¡Corazón! ¡He aquí una palabra que deberías tener el pudor de no pronunciar! ¡Si tuvieras solamente esto de corazón, pensarías a veces en tu pobre familia! En los Guerin, que tu marcha ha trastornado. Afortunadamente que yo estoy aquí para rodearlos y ayudarlos. *(Silencio. Teresa Martin no reacciona.)* ¡Pensarías —no sé— en esta desgraciada comunidad a cargo de la cual vas a terminar por caer, a fuerza de echar a perder tu salud!

TERESA MARTIN

Es lo que más miedo me daba; pero ahora ya no lo pienso: soy libre, estoy en paz…

DOÑA TERESA, ***reservada***

Yo también tengo la paz: con tres criadas ¡puedes darte cuenta! Las personas que no tienen servicio, es porque no saben hacerse servir. ¡Con nuestra posición en el mundo, tendrías una vida tranquila, te lo aseguro!

TERESA MARTIN, ***con dulzura***

La tranquilidad no: la paz…

DOÑA TERESA

¡Lo comprendo muy bien! Pero no tendrías sin cesar obligaciones mundanas: podrías descansar lo que quisieras. Y, cuando la tarde cayera, podrías estar sentada en una buena casa caliente, entre un marido atento y un hijo cariñoso, mientras un buen olor anunciaría la cena… Cenaríamos bien en *los Matorrales* ¿te acuerdas? *(Gesto de Teresa Martin.)* ¡Bueno, son placeres permitidos!

TERESA MARTIN, *de la misma manera*

Ni el descanso, ni la felicidad, ni el placer: La paz…

DOÑA TERESA

¡Déjame terminar! ¿Crees que solo el convento puede garantizarnos el porvenir? ¡Qué error! Si tu marido tiene una buena situación, si tiene prudencia en suscribir un buen seguro y si tenéis la sabiduría de ahorrar cada mes, podéis mirar el porvenir con toda confianza. Es una actitud mucho más racional que la que consiste…

TERESA MARTIN

interrumpiéndola, casi en voz baja

La seguridad no: la paz…

DOÑA TERESA, *irritada*

¡Bueno, si pretendes saber más que todo el mundo, salte con la tuya! ¡Muere de frío, por nada, por nadie! ¡Consume tu desgracia después de haber hecho la de los tuyos! *(Teresa Martin levanta la cabeza.)* ¡Sí, sí, la de los tuyos! ¿Crees que tu pobre padre hubiera muerto tan rápidamente y tan miserable si no lo hubierais abandonado?

TERESA MARTIN, *a media voz*

Papá…

DOÑA TERESA

sintiéndose por fin con ventaja

¡El hombre de quien te atreviste a escribir: «Los tres años de martirio de nuestro padre me parecían los más amables, los más fructuosos de nuestra vida»…!

TERESA MARTIN, *gritando*

¡Papá! ¡Ayúdame!

DOÑA TERESA

¡No te contestará! ¡No es esta la voz que lo enternece, es la que le has negado: la de los nietos que no le has dado y que hubieran sido la alegría de su vejez! *(Inclinándose hacia el niño.)* ¡Llama al abuelo, guapo! ¡Abuelo!

El Niño

con una vocecita

¡Abuelo!

(Enseguida un rayo de luz descubre al Señor Martin cerca de la puerta. Teresa Martin da un grito y va a echarse contra él, pero se queda como petrificada, diciendo suavemente «no» con la cabeza.)

ESCENA III

LOS MISMOS y el SEÑOR MARTIN, después CELINA *(la Hermana Genoveva de la Santa Faz)*

EL SEÑOR MARTIN

con un tono de reproche

¿Qué, mi pequeña reina, ya no me quieres?

TERESA MARTIN

sin moverse, con la garganta apretada

¿Hubiera preferido usted verdaderamente que sea *(designando a Doña Teresa)* esta mujer y que no haya entrado en el Carmen?

EL SEÑOR MARTIN, *con suavidad*

Ya que querías entrar en el Carmen…

TERESA MARTIN, *atreviéndose más*

Y cuando Celina le dio a conocer su deseo de reunirse con nosotras, ¿qué dijo usted?

EL SEÑOR MARTIN, *suspirando*

«¡Que se haga la voluntad de Dios!…»

TERESA MARTIN, *con una voz apresurada*

¿Y qué hubiera preferido usted: verme sacrílega —entregada a los pecados que matan el alma— o muerta?

EL SEÑOR MARTIN, *vivamente*

¡Todo, mi pequeña reina, todo antes que verte muerta!

TERESA MARTIN, *triunfante*

¡Es falso, todo eso es falso, falso!

DOÑA TERESA

¿Cómo te atreves a hablar así a nuestro padre?

TERESA MARTIN

Vuestro padre, desde luego, pero el mío, no. Para el mío, «¡que se haga tu voluntad!» ¡no eran unas palabras de resignación, sino un grito de entusiasmo!

EL SEÑOR MARTIN

¿Debía entonces gustarme perder a Celina después de mis otras hijas?

TERESA MARTIN

¡Por encima de todo gusto estaba la alegría! Usted cogió a Celina por la mano y la llevó a la Iglesia: «¡Vamos a dar gracias a Dios por el honor que me ha hecho de elegir por esposas a mis hijas!»… ¡Eso es lo que mi padre dijo!

DOÑA TERESA, *irónica*

¿Y este padre modelo iba también a contestar: «Sí, hubiera preferido verte muerta que sacrílega»? ¡Qué prueba de amor tan bonita!

TERESA MARTIN

Verme muerta no, preferir morir él mismo: ¡eso es lo que hubiera contestado mi padre!

(Doña Teresa se encoge de hombros.)

EL SEÑOR MARTIN

moviendo, la cabeza, después de un silencio

Mi pequeña reina, ¿qué vida te habrán impuesto aquí que ya no reconoces a tu padre? *(De nuevo turbada, Teresa Martin se sienta con la cara entre las manos.)* ¿Acaso Celina, Celina también…? *(Llamando con una especie de desesperación.)* ¡Celina!

(Un nuevo rayo de luz hace aparecer a Celina. Es el personaje del Primer Acto (Hermana Genoveva de la Santa Faz), pero con algún detalle cambiado en el vestido o en el maquillaje para que el público pueda darse cuenta. Celina aparece; se echa contra las rodillas del Señor Martin y le besa las manos.)

CELINA

¡Papá!… ¡Papá!…

EL SEÑOR MARTIN

levantándola con ternura

¡Celina, Celina, serás siempre mi consuelo! *(Bajando la voz.)* Tu hermana Teresa me ha hecho una pena infinita…

CELINA, *a media voz*

¡A usted también!…

DOÑA TERESA

¿«También»?

CELINA

escondiéndose contra el hombro de su padre

¡Oh, papá! ¿No fue ella siempre nuestra preferida?

EL SEÑOR MARTIN, *a media voz*

Por eso precisamente su dureza nos hiere más…

CELINA, *de la misma manera*

Nunca nos habla ni a Paulina, ni a María, ni a mí… Evita siempre…

TERESA MARTIN

a Doña Teresa, de repente

No, no. ¡No vine a este monasterio para vivir con mis hermanas! Al contrario, cuando uno se ha decidido a no conceder nada a la naturaleza, presiente el motivo de sufrimiento que eso puede ser…

CELINA, *a Teresa Martin*

¡Cuando ayudabas a María en el refectorio, cuando Paulina era nuestra Priora, podías, sin faltar a la Regla, hablarles libremente!

TERESA MARTIN

repitiendo con una voz sorda

No conceder nada a la naturaleza…

EL SEÑOR MARTIN

¡Entonces era más sencillo y más perfecto separarte enteramente de todos los tuyos!

TERESA MARTIN

¿Se ha reprochado alguna vez a dos hermanos combatir en el mismo campo de batalla?

CELINA

El martirio de cada uno se convierte en el de todos…

TERESA MARTIN, *con una voz fuerte*

¡Precisamente!

DOÑA TERESA, *con violencia*

¡Qué egoísmo más ingenuo! ¡Tener a tus hermanas a tu lado para salvarte mejor al privarte de ellas! ¡O si no aprovecharte de su presencia por si cambiabas de opinión! ¡Siempre el centro de todo!

EL SEÑOR MARTIN, *a Doña Teresa*

La culpa la tenemos nosotros un poco: la hemos mimado mucho… ¡La queríamos tanto!

TERESA MARTIN, *con dureza*

¡Se equivocan de amor una vez más! ¡Los míos me han querido,

sí, me han querido
des-pia-da-da-men-te
: no me dejaron nada, no me dejaron pasar nada, gracias a Dios! Y me enseñaron a amar verdaderamente…

CELINA, ***con violencia***

¿«Amar verdaderamente» es desterrar a tus hermanas, enviarlas a la muerte?

DOÑA TERESA

¿Cómo?

CELINA, ***señalando a Teresa Martin con el dedo***

¡Ha incitado a la Priora para que nos envíe al Carmelo de Hanoi de donde no volveremos jamás!

EL SEÑOR MARTIN, ***disgustado***

¡Teresa!

DOÑA TERESA, ***a Celina***

¿A las tres? *(Celina hace señas de que sí.)* ¡Qué loca!

TERESA MARTIN

Hubiera querido tener el valor… ¡pero no! Yo solamente di mi conformidad ya que me la pedían *(bajando la voz)* y porque Él no quiere coger nada sin que nosotros se lo demos…

DOÑA TERESA, ***con ironía***

¿Y no reivindicaste para ti el honor…? ¡Pero probablemente no

tenías la fuerza necesaria!…

TERESA MARTIN, ***bajando la cabeza***

Tuve que tener más fuerza para aceptar la negación de nuestra Madre Priora. *(Silencio.)*

DOÑA TERESA, ***cambiando de tono***

¡Dejemos esto! *(Con un alemán cortante.)* ¡Vayamos a lo práctico! Alejar de Lisieux a tus tres hermanas *a la vez*, ¿no crees que será un desastre?

TERESA MARTIN, ***a media voz***

Un dolor…

DOÑA TERESA, ***categórica***

¡Un desastre! Vuestra fuerza es la del número. Perdiendo una antigua y futura priora y dos hermanas respetadas, conservando solo aquí una pseudomaestra de novicias, el partido Martin…

TERESA MARTIN, ***levantando la cabeza***

¿Qué?

EL SEÑOR MARTIN

¡Desde luego es reducir a la nada nuestra influencia!

TERESA MARTIN

cada vez más sorprendida

¿Influencia?

DOÑA TERESA

¡No te hagas la inocente! Un convento es una sociedad como todas las demás: ¡no vayas a echar a perder *aquí también*, todas tus posibilidades! Tú eres la más intelectual de la familia; Celina es la artista; debéis haceros una plaza en el gobierno de esta comunidad… o de otra cualquiera. Basta un poco de mano izquierda… ¡Y ni siquiera! Permaneced unidas, haceros simpáticas y haced valer vuestros derechos… ¡Eso bastará!

CELINA, *con violencia*

¿Teresa? ¿Hacer valer nuestros derechos? ¡Si jamás ha cogido en el Capítulo el lugar que le corresponde! La Priora nos hace salir, a ella y a mí, antes del voto, contra toda justicia. Ha dado a Teresa el cargo de maestra de novicias sin conferirle el título. ¿Cree usted que Teresa reclama? ¡No! ¡Pero ha hecho un escándalo para defender los derechos de dos postulantes!

DOÑA TERESA, *entre dientes*

¡Está loca!

EL SEÑOR MARTIN

con dulzura, pero con firmeza

Tengo que defender tus derechos, Teresita. Hay que aumentar vuestra fuerza y el esplendor de nuestra familia. Esta comunidad está lejos de ser edificante. Podéis ejercer en ella una feliz influencia. *(Silencio breve.)* Hablo firmemente porque yo también tengo mis derechos: ¡cuando uno ha dado a todos sus hijos a la iglesia, me parece que puede levantar la voz! Todas habéis desertado de casa. Podía haber tenido la esperanza de ver a cinco

matrimonios jóvenes y a muchos nietos alrededor de mí… ¡Pero no! me he muerto solo o casi solo, lejos de mi casa… Tengo el derecho *de exigir*, Teresa, que mi nombre no muera, que vosotras cojáis la cabeza de este convento, y que vuestro poder…

TERESA MARTIN, *interrumpiéndolo*

¿Qué significa la palabra «poder» allí de donde usted viene? ¿Y la palabra «gobierno»? ¿Y la palabra «derecho»? ¡Sabe muy bien que, ahora, no existe otro derecho que el de amar, ni otro gobierno ni otro poder, al fin, que los del amor!

EL SEÑOR MARTIN

lenta y gravemente

Ahora sé que hay que vivir plenamente la vida de la tierra y que esta vida es la única que tiene importancia, pues la muerte no es más que un sueño…

TERESA MARTIN, *gritando*

¡No es verdad!

CELINA, *escandalizada, acercándose al Señor Martin*

¡Teresa!

DOÑA TERESA

¡Tratar a su padre de mentiroso!…

CELINA, *con vehemencia*

Deberías ser la última en atreverte, precisamente tú, que me has

mentido sin cesar, que cada sonrisa tuya es una mentira, que finges ser feliz, encontrarte bien…

TERESA MARTIN, ***con dulzura***

¿Te he mentido alguna vez, Celina?

CELINA

«En el monasterio, todo me pareció encantador… Sobre todo, nuestra celda me encantaba…» ¡Eso es lo que me escribías para atraerme aquí! ¡Nuestra celda!… ¡Mira nuestra *encantadora* celda, mírela!

TERESA MARTIN, ***a media voz***

Yo te escribía: «Ven: sufriremos juntas…»

DOÑA TERESA

¡Qué programa!

CELINA

como si no hubiera oído

¡Y ahora continúas mintiendo a las novicias!

TERESA MARTIN

¡Por favor, dejad en paz a mi rebaño!…

CELINA

¡En paz! ¿Lo crees verdaderamente *en paz*, en este momento,

después de tus lecciones del día? Bueno pues, míralas, mira a esas pobres chicas que seduces día tras día, como me sedujiste a mí carta tras carta. ¡Míralas a través de esas murallas heladas donde las aprisiona tu persuasión! ¡Míralas como viven *en paz*! ¡Míralas!… *(A un gesto, de Celina aparece a la izquierda, a lo lejos, más pequeña que los otros personajes y más arriba que ellos, la hermana Elisabeth que anda de arriba para abajo en un espacio muy reducido.)* ¡La Hermana Elisabeth, que duerme *en paz*, como puede verse! ¡Que andará dando vueltas hasta que el sueño la tire por el suelo! Y cuyo espíritu rebelde da vueltas también como una fiera enjaulada… *(Teresa Martin, abrumada, se sienta en la cama. Segundo gesto de Celina y aparece hacia el centro, en las mismas condiciones que la anterior, igualmente bañada por una luz incierta, la hermana Margarita María, asomada a una ventana y mirando la noche.)* La Hermana Margarita María, novicia indecisa, que no sabe qué hacer, a la hora en que todo el convento duerme, sueña en su cruzada, sueña *en paz* con el hijo que no tendrá jamás, con la primavera que empieza detrás de esos muros, con los mundos y maravillas que no conocerá jamás… *(Teresa Martin se ha echado por el suelo, deshecha. Se oye su respiración jadeante. Celina hace un gesto aún, y hacia la derecha aparece la hermana Catalina, que no se reconoce porque se esconde la cara entre las manos. Estas tres apariciones se hacen a distancias y a alturas diferentes, para poder dibujar con tres puntos el «volumen» del convento.)* La Hermana Catalina cuyo corazón desborda *de paz* hasta el extremo que se ha levantado de la cama para rezar. Porque está rezando ¿verdad? Separémosle las manos a la fuerza… *(Las manos de la hermana Catalina se separan un instante como si le forzaran a ello. Celina continúa con un acento de triunfo.)* ¡No! ¡Está llorando! Está llorando en esta noche más profunda de su corazón, las frías tinieblas de su corazón vacío… ¡Está llorando *en paz*…! Esta es tu obra, Teresa. Después de esto, puedes convencer a nuestro padre de mentira.

DOÑA TERESA

¡Todavía hay algo más! A cada una de estas vidas rotas para nada, corresponde otra: en alguna parte del mundo, tres novios lloran, andan, o sueñan en la soledad… Y en la noche del mundo, están esos niños que jamás verán la luz del día…

EL SEÑOR MARTIN

Y esas familias amputadas que ven morir al mundo al hijo que amaban. Teresa, Teresa, si tu pobre madre estuviera aquí…

TERESA MARTIN

levantando la cabeza e interrumpiéndolo con una voz que se hace más firme poco a poco:

¿«Tu pobre madre…»? ¿Ha dicho usted: «Tu pobre madre…»? Solo los vivos pueden hablar así, los vivos sin esperanza y sin fidelidad. ¡Esta es la única palabra que mi padre no hubiera pronunciado jamás! —¡Mi madre, mi gloriosa, mi bienaventurada madre está aquí, en lo alto de la escalera! Y yo la llamo como antes, cuando era pequeña, en cada peldaño… ¡Mamá!… *(La aparición de la Hermana Catalina se apaga. Teresa Martin, echada por el suelo, se incorpora.)* ¡Mamá!… *(La hermana Margarita María desaparece. Teresa se incorpora más y llama con una voz cada vez más triunfal.)* ¡Mamá!… *(La Hermana Elisabeth desaparece. Teresa se pone de rodillas.)* ¡Mamá!… *(Celina se borra de repente. Teresa se ha sentado sobre la cama.)* ¡Mamá!… *(El Señor Martin ha desaparecido. Teresa se pone de pie tambaleándose un poco.)* ¡MAMÁ!… *(Doña Teresa desaparece también. Silencio. Teresa Martin respira fuerte; se pasa la mano por la frente. Silencio. Después se vuelve hacia el niño que es el único que queda, y lo mira con una gran ternura.)* Pequeño, tú que no has dicho nada o casi nada, único argumento sin embargo, única herida… Pequeño, tú que eres mi ausencia y mi modelo, tú también puedes desaparecer: ¡nunca te irás de mi corazón!… *(Teresa extiende la*

mano; el niño desaparece. Teresa cae sentada en la cama, agotada. Silencio.)

Escena IV

Teresa y Él

Al cabo de un momento, Teresa Martin se quita el velo (se ve lo que le cuesta cada movimiento) y la toca. Se ha quitado dos alfileres y encuentra un tercero. Lo mira con extrañeza, se levanta y, con un trabajo infinito, se dirige hacia la puerta y sale. En el mismo momento en que desaparece, aparece Él, como al principio del acto, apoyado contra la pared de la izquierda. Teresa vuelve casi enseguida, lo ve, y se queda quieta, con la espalda contra la puerta de la derecha. Silencio.

Él

¡Cara a cara!

Teresa Martin

levantando un dedo hacia el cielo

¡Los tres!

Él

Ya hablaremos de eso. *(Suelta una carcajada.)* Tienes los ojos bajos. ¿Tienes miedo de mí?

Teresa Martin

Él guardaba los ojos bajos delante de Herodes… ¡Y no tenía miedo de Herodes!

ÉL

¡Herodes, un personaje secundario! Ni siquiera lo menciona tu *credo: «…* padeció bajo el poder de Poncio Pilato». ¡Pobre Pilato! El único que defendió a ese… hombre hasta el final… ¡y mira su recompensa!

TERESA MARTIN

Hasta el final, no: hasta que vio su carrera comprometida…

ÉL

Ahí es donde generalmente se paran los hombres. ¡Hablo de los rectos y de los valientes! Los otros traicionan antes… *(Silencio.)* Pero tú no me desprecias como Él despreciaba a Herodes. Por lo tanto tienes miedo…

TERESA MARTIN

despacio y con firmeza

No. Viene demasiado tarde: «Mi morada está completamente en paz…»

ÉL

Eres perfecta, lo sé. Acabas de dar la prueba: la historia de los alfileres… *(Teresa Martin se estremece.)* ¡Qué encantadora historia de alfileres! ¡Verdaderamente ejemplar! Al quitarle el velo y la toca —perdón, *nuestro* velo y *nuestra* toca— viste que tenías tres alfileres, o sea uno más de los que manda la Regla. Y acabas de

poner uno del otro lado de *nuestra* puerta para no infringir el voto de pobreza. ¿No es así? *(Teresa Martin lo mira de frente y dice «sí» con la cabeza.)* ¡Qué rasgo tan bonito! Cuando pienso que si no hubiera estado ahí, se hubiera perdido…

TERESA MARTIN, *con firmeza*

No.

ÉL, *sorprendido*

¿Cómo no? —¡Ah, sí! *(Levanta el dedo hacia el cielo, como Teresa hace un momento, y ríe; pero parándose de golpe, va hacia ella y dice duramente.)* ¡Basta de mentiras piadosas! ¿Me tomas por una de tus novicias? Ahora veo claro en ti, acabo de probarlo… Así que, de ti para mí ¿dónde está tu Dios? ¿Lo has visto? ¿Te ha hablado? ¿Te inspira cosas? ¿Su presencia te es sensible? ¡Francamente!… *(Teresa lo mira de frente y hace «no» con la cabeza. Él continúa con un tono triunfante.)* Vamos, confiésalo: ¡estás en plenas tinieblas desde que entraste aquí! ¡La noche, hija mía, la noche negra! El desierto… ¿verdad? *(Teresa hace «sí». Él se acerca más a ella. Marcando cada palabra.)* ¡Tu misma sequedad demuestra su ausencia, Teresa, su ausencia eterna!

TERESA MARTIN

mirándolo de frente, despacio

Y tu presencia misma demuestra su existencia…

ÉL, *cambiando de tono*

Si existe, está en otra parte, muy lejos. ¡Te trata como una extranjera!

TERESA MARTIN

casi con jovialidad

¡Al contrario! ¡Soy como de la familia: no me hace cumplidos, no se esfuerza en darme conversación!

ÉL, *con fuerza*

¡Tu Dios duerme!

TERESA MARTIN

¿Ah, sí? ¡Está tan cansado de dar continuamente los primeros pasos con los demás que se aprovecha del descanso que yo le ofrezco!

ÉL, *de la misma manera*

¡Duerme, Teresa!

TERESA MARTIN

¡Que descanse! Aunque no se despertara antes de mi llegada a la eternidad…

ÉL, *gritando casi*

¡Duerme!

TERESA MARTIN, *más fuerte que él*

«¡Él duerme pero su corazón vigila!…» *(Silencio. Y cambiando de tono.)* Además, hace bien en esconderse a mis miradas, en mostrarme raramente, y como a través de los barrotes, su gracia:

¿cómo podría soportar su dulzura? A veces, un rayito de sol… *(Se interrumpe como si se arrepintiera de sus palabras.)*

ÉL, *insinuando*

¿A veces, un rayito de sol…?

TERESA MARTIN

continuando con una voz sorda

Viene a iluminar mi noche. Pero enseguida el recuerdo de este rayo hace mis tinieblas más espesas todavía…

ÉL, *con una voz estridente*

¡La mano retira el venablo, pero la herida no es por eso menos mortal! ¡Juega contigo! ¡El Dios que tú amas es un Dios de crueldad!

TERESA MARTIN

¿Crueldad? *(Yendo hacia él.)* Aunque Dios me matara, esperaría siempre en Él…

ÉL

ha ido retrocediendo paso a paso y dice con repugnancia:

¡Estás borracha! ¡Todas estáis borrachas!

TERESA MARTIN

recitando mientras sonríe

«En la bodega interior de mi amado
Bebí… Y cuando salí,
En toda esa llanura no conocía nada,
Y perdí el rebaño que seguía antes de entrar…»

ÉL, *dando media vuelta*

¡Bien dicho! ¡Has perdido el rebaño! ¡A fuerza de ser original estás sola, Teresa, completamente sola!

TERESA MARTIN

¿Perdida? Entonces dejará a las demás para correr en mi busca… Lo ha dicho Él…

ÉL

Lo ha dicho tu Dios de injusticia. También ha dicho que prefería al alma pura, el alma impura y arrepentida. ¡La verdad es que no tienes interés a sus ojos!

TERESA MARTIN, *gritando*

¡Sí! ¡Yo haré mentir estas palabras!

ÉL, *acusándola con el dedo*

¡Sacrilegio! *(Silencio.)* ¡Sacrilegio! ¿Y te atreves aún a comulgar, alma de tinieblas? ¿A pesar de que sabes en qué aridez te deja y qué pobres son tus acciones de gracia…?

TERESA MARTIN

interrumpiéndolo, tranquilamente

No hay ningún instante en que yo sea menos consolada…

ÉL, *triunfante*

¡Qué confesión!

TERESA MARTIN, *con dulzura*

Es natural, pues no deseo recibir su visita para mi satisfacción personal, sino para la suya únicamente…

ÉL, *irónico*

¿Entonces tu alma es un jardín tan delicioso?

TERESA MARTIN, *sencillamente*

Mi alma es un terreno libre. Lo más duro está hecho: he allanado los caminos del Señor…

ÉL

¡Un terreno desnudo! ¡Un terreno árido, donde nada, nada crecerá jamás! ¡Ya no lees nunca los autores espirituales, ni los Doctores de la Iglesia, Teresa, y te duermes durante la oración…!

TERESA MARTIN

El Doctor de los Doctores enseña sin ruido sus palabras. Jamás le oí hablar, pero sé muy bien que está en mí…

ÉL, *irónico, pero preocupado*

¿Ah? ¿Tienes tus pequeñas reservas de claridad?

TERESA MARTIN

¡Ninguna reserva, ninguna previsión, jamás! Es la condición… Me alimenta a cada instante con un alimento nuevo. Entreveo, en el momento justo en que tengo necesidad, unas claridades desconocidas hasta aquí. Vivo al día…

ÉL, *con desprecio*

¡Una vida de pájaro!

TERESA MARTIN, *con dulzura*

¡Solo los pájaros vuelan en el cielo, solo los pájaros cantan de felicidad…!

ÉL, *después de un silencio*

¿Entonces no tienes ninguna inquietud? *(Teresa hace señas de que «no».)* ¿Tú tienes rectitud de corazón? *(Ella hace señas de que «sí». Él se le acerca y dice con un tono triunfante.)* ¿Te has olvidado entonces de las palabras que citabas a tu novicia: «La luz se ha levantado en las tinieblas para los que tienen rectitud de corazón…»? ¿Lo oyes? «Para los que tienen *rectitud de corazón…*» ¿Dónde está entonces esa luz? ¿Dónde está?

TERESA MARTIN, *con calma*

Se olvida del principio de la frase: «Los que vuelven su mirada hacia mí *serán* iluminados…» Yo espero… ¡Se cansará Él más pronto de hacerme esperar que yo de esperarlo!

ÉL, *casi cariñosamente*

¡Teresa, Teresa, uno no decide de su vida, no decide de su muerte por una cita! Una cita, es una palabra muerta. ¡Deja a los

eruditos, a los polemistas o a los políticos hacer sus miserables efectos, llamar a los muertos en su auxilio y creer que las citas sustituyen a los argumentos!

TERESA MARTIN

¡No son citas, son palabras vivas! ¡Ah! Cuando lo que uno piensa, lo que uno cree, se encuentra resumido un día en una palabra… Cuando nos invade completamente, rugiendo como el mar en sus grutas ¡no hay ni un rincón que no se encuentre lleno!… Cuando nos hace comprender de repente por qué hemos sido puestos en la tierra… ¡Dios mío! una palabra semejante ¿cómo no va a decidir de nuestra vida? Solamente una palabra, un ejemplo, un encuentro pueden hacer una vida de una simple existencia… ¡Ah, esas son verdaderamente *citas*!

ÉL, *con mucha calma*

En fin, Teresa, hija mía, razonemos un poco. Tú amas a tu Dios mejor que los demás: ¿por qué entonces te abandona precisamente más que a todos los demás? ¡Debe tener una razón profunda para hacerlo!

TERESA MARTIN

primero tímidamente, después con valentía

Sí… Sí… ¡Acabo de descubrirla… y gracias a usted!

ÉL, *sobresaltándose*

¿A mí?

TERESA MARTIN, *a media voz*

Porque he tenido misericordia de usted…

ÉL, *retrocediendo de un salto*

¿Qué?

TERESA MARTIN, *de la misma manera*

Era necesario que comprenda que existen realmente almas sin fe y sin esperanza. Pero ¿qué es *comprender*? Era necesario que *viva* sus vidas… Sí, tengo derecho a rezar por los incrédulos: he sondeado el horror de sus noches… Y la oración que sube de este abismo resonará en todas partes. *(Volviéndose hacia la pared donde hay un crucifijo.)* Señor, vuestra hija acepta comer el pan de dolor todo el tiempo que queráis; me siento, por amor vuestro, a la misma mesa que los incrédulos; no quiero levantarme antes del signo de vuestra mano…

ÉL, *haciendo en su espalda una bendición grotesca*

en voz baja

¡Amén! *(Acercándose a ella que sigue dando la espalda.)* Sueñas con la luz, crees que un día podrás salir de la niebla en que languideces: ¡avanza, avanza!… Alégrate de la muerte que te dará, no la que tú esperas, sino una noche más profunda todavía: ¡la noche de la nada!…

TERESA MARTIN

volviéndose de repente y gritando

¡No es verdad!

ÉL, *con dureza*

Si estás segura ¿por qué gritas de esa manera?

TERESA MARTIN

cayendo sobre la cama, dice sordamente

Era preciso llegar hasta el fondo… *(Un silencio muy largo. Después levanta la cabeza y dice con otro tono.)* ¿Entonces usted?

ÉL, *turbado*

¿Yo?

TERESA MARTIN

¿Qué hace usted aquí?

ÉL, *de la misma manera*

Pues…

TERESA MARTIN

Si no hay vida eterna, ni castigo, ni recompensa, ¿qué hace usted aquí? Y antes que nada, ¿por qué existe usted? Razonemos un poco…

ÉL, *cada vez más confuso*

Bueno, yo…

TERESA MARTIN

¡Es necesario elegir! ¡Si no desaparece en este mismo momento, es que existe el más allá! Espero para verlo.

ÉL

hace un esfuerzo inmenso para dominarse y dice por fin

Lo que llaman tan tontamente «el cielo» existe, pero tú te has cerrado la entrada. ¡Para los demás el cielo! ¡Para ti la nada… La noche en que ya vives lo anuncia y lo demuestra!

TERESA MARTIN, *levantándose*

¿Por qué?

ÉL, *sonriendo*

¡Te has levantado para oír la sentencia! *(Machacando sus palabras.)* Por una razón capital que me dispensa decir las demás. Has cometido el peor de los pecados, el de Judas, no el de traición —eso no es nada— sino el de suicidio…

TERESA MARTIN, *turbada*

Pero si…

ÉL

Miras con alegría cómo te debilitas, ocultas a las demás este estado, no te quejas a tus superiores: deseas morir. ¡Es una gran cobardía, Teresa! Te estás suicidando… *(Teresa se pone a reír.)* ¡Y te ríes! ¡Te atreves a reírte!

TERESA MARTIN

Me río de pensar que usted habría acusado probablemente también de suicidio a…

ÉL

¿A quién?

TERESA MARTIN

despacio, mirándolo de frente

A Nuestro Señor Jesucristo.

ÉL, *gritando*

¡Cállate!

(Respira con trabajo.)

TERESA MARTIN, *a media voz*

¡Entonces es verdad!

ÉL, *de la misma manera*

¿Qué?

TERESA MARTIN

¡Que ciertos nombres, ciertas imágenes le… impresionan!

ÉL, *secamente*

¿Por qué no? ¡Mi nombre y mi figura os ponen en trance a vosotros, los «hijos de la luz»!

TERESA MARTIN, *con rudeza*

¡Sin embargo no hay por qué! Hasta esta noche pensaba que

verdaderamente el *Demonio* había robado su nombre. ¿Con qué riman esas apariciones cornudas y horribles, esas huellas de fuego, ese olor a azufre? ¡Está muy apegado a su personaje… y muy pronto se encontrará solo! Y si espera desanimar a un santo tirándole por los pies o poniendo fuego a su jergón…

ÉL, *reservado*

¡Sobrestimas a tus semejantes!

TERESA MARTIN

¡Esos son enredos de niño y su repertorio es miserable! *(Cambiando de tona.)* Esto es lo que pensaba hasta esta noche…

ÉL, con *ironía*

¡Habla, habla, hija mía! ¡Habla mucho para impedirme continuar! *(Con dureza.)* ¡No es eso lo que te abrirá el cielo! Volvamos a él: ¡el cielo está cerrado a los impostores y tu vida entera es una impostura!

TERESA MARTIN

Dios sabe que, no teniendo la alegría de la fe, me esfuerzo en hacer las obras…

ÉL, *con una voz triunfante*

¡Es la impostura completamente al descubierto! ¡Engañan a todo el mundo, Teresa! A los más sencillos como a los más sabios: las novicias, la Priora… Todos te creen inundada de consuelos, una niña para quien el velo de la Fe se ha desgarrado casi ¡y sin embargo no es un velo, sino una pared que se levanta hasta el cielo! ¡Todas tus poesías son una mentira!

TERESA MARTIN

Canto sencillamente lo que yo quiero creer…

ÉL

¡Cinismo desarmante!

TERESA MARTIN, ***con un poco de amargura***

¿Desarmante? ¿Qué podría desarmarle a usted esta noche? Es un ataque general…

ÉL

¡Yo no ataco: intento solamente defenderme de los demás!

TERESA MARTIN

Incluso si la voluntad de Dios es de hacerme parecer mejor de lo que soy, no es asunto mío: Dios es libre de obrar como quiere…

ÉL, ***explotando***

¡Pero si le da lo mismo! ¿Por qué te habría escogido a ti, una hermanita cualquiera de un convento de cualquier provincia?

TERESA MARTIN

Si hubiera encontrado un alma más débil que la mía y que se abandonara más enteramente, la hubiera colmado de favores más grandes aún…

ÉL, ***con ironía***

¿Te estimas colmada de favores… excepcionales?

TERESA MARTIN, *con dureza*

Si no, ¿por qué estaría usted aquí?

ÉL

¡Para descansar! Nada me descansa más que la mediocridad… Es una noche perdida.

TERESA MARTIN

¡Eso no! ¡Sus noches están contadas porque nuestros días lo están! *(De frente.)* Hablemos con franqueza: lo sabe muy bien —solo usted y yo sabemos que el Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas.

ÉL, *a media voz*

¡El orgullo, por fin!

TERESA MARTIN, *continuando*

Pero la más grande de todas es la de haberme mostrado mi pequeñez…

ÉL, *continuando con júbilo*

¡El orgullo…! ¡El orgullo yergue su cabeza y silba! ¡El orgullo ha hecho su nido en ti, Teresita!…

TERESA MARTIN

Teresa la Grande ha contestado a eso cuando dice: «Guardaos de creer hacer un acto de humildad no reconociendo las gracias de Dios…»

ÉL

¡Dios! ¡Dios por aquí, Dios por allí! ¡Y yo hablo, y yo afirmo y yo dispongo de Dios!… ¡Ah, sois todas extraordinarias!

TERESA MARTIN

moviendo la cabeza, gravemente

¡En su tiempo, ya no había respeto!

ÉL, *sin oír*

En fin, Teresa, pongámonos en lugar de Dios…

TERESA MARTIN, *alegremente*

Eso es lo que usted quisiera, ¿eh?

ÉL, *de la misma manera*

¿Cómo pensar que pueda tomarse interés por las pequeñeces que forman la trama de tu vida? ¿Conmoverse por un detalle ínfimo y nulo como el del tercer alfiler?

TERESA MARTIN, *con dulzura*

¡Y aún por menos! *(Levantando un dedo.)* «Habéis herido mi corazón por un cabello que volaba por vuestro cuello…»

ÉL, *con un tono de sermón*

La Teresa de la que hablabas hace un momento, la grande, la única Teresa, la fundadora…

TERESA MARTIN

Panegírico de Santa Teresa de Ávila, por…

ÉL, *vivamente*

¡Chist!

TERESA MARTIN

¿Su nombre solo le da miedo? ¡Se está volviendo humano!

ÉL, *continuando*

Teresa de Ávila ha dicho: «Dios no se fija, como nos lo imaginamos, en la multitud de pequeñeces, por eso no hay que apretar nuestra alma…»

TERESA MARTIN, *fulminándolo*

¿Apretar mi alma? ¡Oh, estúpido, ciego y sordo, personaje de plomo, vencido de antemano! ¡Apretar mi alma! ¿Acaso la alondra aprieta su alegría al volar? ¿Y acaso la alegría y el genio del poeta no crecen precisamente con el rigor de las leyes que él se impone? ¿Qué valdría para un jugador un juego sin reglas? Apretar mi alma, ¡qué estúpido! ¡Entonces los guijarros aprietan el torrente que les da toda su vehemencia! ¡Y las rocas aprietan la ola que ruge! ¿Sabes cómo se hace subir un chorro de agua hasta las nubes? «Apretando» su base… Me propones esculpir el barro ¿y si yo quiero esculpir el mármol?

ÉL, *desarmado*

¿Me tuteas Teresa? Nuestra amistad empieza…

TERESA MARTIN

No. El vencedor tutea al vencido cuando lo desprecia.

ÉL, *muy tranquilo, con una especie de tristeza*

¡Qué triste es la victoria del cobarde! Eres cobarde, Teresa, y tú lo sabes. ¿La Priora es injusta contigo? Y dejas que la injusticia se establezca. ¿Sufres un martirio cuyo ejemplo sería eficaz? Y lo ocultas. Llevas un mensaje esencial (¡bueno, tú lo crees!) ¿y a quién lo comunicas? A las cinco novicias… ¡Y aún así…, bajo pretexto de respetar unas almas que humildemente estimas más grandes que la tuya, ni siquiera les impones tu «pequeño camino»! Eres cobarde Teresa; y en el fondo *no quieres líos*… ¡Es una máxima de mediocres, una máxima de cobardes! ¡Cinco novicias, cuando el mundo entero te espera! ¡Cinco ovejas divididas, pastora perezosa, cuando deberías ser Doctor de la Iglesia! Sí, abandonarás a Dios, Teresa…

TERESA MARTIN

turbada, hablando consigo misma

Debe ser verdad… No… no, no puedo vivir así, en el descanso… *(A media voz.)* Cinco novicias… *(Levantando la cabeza.)* Cinco hoy, pero mañana, si Dios quiere, la cosecha será abundante. Si Dios quiere y si el grano molido muere en la tierra oscura… *(Volviéndose hacia Él.)* No, el soldado que muere en el puesto que le ha asignado su jefe, no es cobarde…

ÉL, *interrumpiéndola*

¡Si vale más que el jefe y si sabe que el puesto es ineficaz, es un cobarde!

TERESA MARTIN

¡No! ¡Si fuera más eficaz aún dar ejemplo de obediencia y de

aceptación, no!

ÉL

¡Su muerte será inútil!

TERESA MARTIN

El final de su vida será inútil quizá; ¿pero quién puede decir lo que será su muerte en las manos de Dios? Nuestra muerte no nos pertenece…

ÉL, *se acerca a ella en silencio y dice*

¿Quieres la prueba de tu cobardía escrita por tu propia mano? *(Teresa lo mira fijamente sin contestar. Con un gesto vivo Él le quita del traje un papel que ella llevaba contra el corazón. Teresa da un grito y quiere quitárselo… ¡Demasiado tarde! Él ha retrocedido, ha desplegado el papel y lee.)* «Oh, Jesús, solo te pido la paz…» ¿Eh? ¡Está claro! ¡La *paz*, y nada de complicaciones! ¡La *paz* y que me dejen tranquila en mi rincón! ¡Que el mundo dé vueltas como quiera, pero sobre todo, que yo tenga *la paz*!… *(Arruga el papel y lo tira contra el suelo con repugnancia y dice entre dientes.)* ¡Cobardía!…

(Teresa se arrodilla donde el papel ha caído; lo desarruga y continúa sin leerlo siquiera:)

TERESA MARTIN, *con una voz sorda*

«… La paz y sobre todo el amor sin límites. Que muera mártir por Vos. Dadme el martirio del corazón o el del cuerpo. ¡No! ¡Antes bien, dadme los dos!»

ÉL, *furioso*

«¡Yo! ¡Yo! ¡Me! ¡Me!» ¿Y los demás? ¿Has compuesto también una oración por los demás?

TERESA MARTIN

levantándose, dice en el colmo de la emoción

No, ninguna oración que no sea la suya… ¿Cuándo vendrá la última tarde, para poder decir?: «Os he glorificado en la tierra, he cumplido la obra que me disteis para hacer, he hecho conocer vuestro nombre a los que me habéis dado… De ahora en adelante, ya no estoy en este mundo, pero los que todavía están aquí mientras yo vuelvo a Vos… Guardadlos en vuestro nombre… No os pido que los quitéis de este mundo, sino que los preserves del mal, a ellos y a todos que creen en Vos a causa de vuestra palabra, a fin de que tengan en ellos mismos la plenitud de mi Alegría…» *(Teresa ha hablado, llorando casi, y en las últimas palabras se esconde la cara entre las manos. Silencio muy largo. Por fin separa las manos y muestra un rostro sereno. Hasta el final del acto hablará con un tono sencillo y decidido.)* La Regla manda que duerma a esta hora…

(Teresa se dirige a la cama. Al pasar, echa una mirada sobre una especie de banco pequeño muy bajo y sobre una caja aplastada que se encuentran en el rincón del fondo, a la izquierda.)

ÉL

durante la «oración» de Teresa se ha dado la vuelta; se vuelve justo en este momento y dice con ironía:

¡El escritor echa una ojeada a su cuarto de trabajo! Una tarde perdida ¿verdad? No se te habrá visto, ridículamente acurrucada en

el banco casi por el suelo, con la caja sobre tus rodillas, escribiendo tu sosa novela… *(Acercándose a ella.)* ¿Crees verdaderamente que tu libro vale algo? ¡Francamente!

TERESA MARTIN, *con dulzura*

Es el precio de todo el tiempo en que precisamente no he escrito: vale su peso en silencio.

ÉL, *con despecho*

¡Vamos, confiésalo, orgullosa! ¡Sabes muy bien que tu cuaderno alcanzará el mundo y la posteridad!

TERESA MARTIN, *muy sorprendida*

¡Si es usted quien lo dice!… Pero ese no es asunto mío. *(Silencio. Despacio.)* Solamente sé que muchas páginas de este libro no se leerán sobre la tierra… *(Teresa se sienta en la cama.)*

ÉL

Quieres que me vaya ¿eh? Te equivocas; yo soy tu última luz. Dentro de un instante se hará de nuevo la noche, la verdadera, la noche interior…

TERESA MARTIN

echándose en la cama, cara al público

Entonces, será el momento de la alegría perfecta, el momento de llevar mi confianza hasta los límites extremos… Miraré fijamente al sol: sé que brilla más allá de mi noche…

ÉL, *con un gesto de maldición*

¡Vas a soñar, pobre Teresa! Vas a soñar con muertos y agonías, ahogada en tu pozo de soledad…

TERESA MARTIN, *con una voz tranquila*

Me extrañaría. Normalmente sueño con los bosques, las flores, los arroyos, el mar… Y veo niños pequeños muy monos…

ÉL

Aquí tienes la prueba de que pierdes tu vida: ¡cada uno sueña con lo que le falta!

TERESA MARTIN, *de la misma manera*

¡Entonces, haría muy bien en irse a dormir! *Lucifer*, en latín, significa, «lucero de la mañana»; el diablo se levanta temprano… ¡Vaya a dormir!

> *(Teresa se vuelve despacio contra la pared mientras que la luz que la iluminaba se desvanece. De ahora en adelante, debe adivinársela en la oscuridad. El rayo que ilumina a Él va a debilitarse hasta el final del acto. Él se adelanta hacia la cama y retrocede. Silencio. De pronto, Teresa, que durante todo el acto ha tosido de vez en cuando, tiene un ataque de tos desgarrador. Él la contempla con una sonrisa cruel y empieza a hablar a media voz.)*

ÉL

¡Teresa, Teresa! ¡Contéstame! ¿Acabas de sentir una ola hirviendo que sube hasta tus labios verdad? *(Silencio.)* Y ahora te llevas el pañuelo a la boca… Teresa, si fuera sangre… Levántate, ven aquí: ¡a mi luz, lo sabrás!

LA VOZ DE TERESA MARTIN, *muy tranquila*

No. Mañana, al despertarme.

ÉL, *dando un salto*

¿Pero no comprendes? ¡Es la primera vez que te pasa! ¿Y si fuera la señal? ¿Si fueras a morir?… ¡Teresa, es el momento más grave de tu vida! ¡Mira el pañuelo!

LA VOZ DE TERESA MARTIN, *más baja*

No.

ÉL

(La luz que lo ilumina disminuye rápidamente.)

¡Estás loca, Teresa! ¡Tienes derecho a saberlo, al fin y al cabo! Cualquiera en tu lugar… ¡Piensa que puedes morir esta noche!… ¡Dentro de unos minutos!… ¡Ahora!… ¡Es sangre, Teresa, seguro que es sangre!… ¡Teresa, Teresa!

(Se acerca a la cama, se inclina, y se vuelve de repente hacia el público. Solo tiene iluminada la cara. Da un verdadero grito de desesperación.)

¡Está durmiendo!

La luz que lo iluminaba se desvanece completamente. El escenario se queda totalmente a oscuras y…

CAE EL TELÓN

Si los actores tienen que salir a saludar, el telón se levantará

una primera vez sobre Teresa Martin, de pie a la izquierda del escenario, y Él de pie a la derecha, cada uno iluminado por un haz de luz. Si tienen que volver a saludar saldrán también los otros personajes del acto (excepto las tres novicias de la Escena III que no deberán salir) y se quedarán un poco retirados, entre los dos principales actores, iluminados por cuatro haces distintos de luz. Nadie se inclinará para saludar.

Acto III

Romped el lienzo de este dulce encuentro

«Romped el lienzo de
este dulce encuentro.»

San Juan de la Cruz

El decorado del primer cuadro del Acto III es la enfermería del Convento del Carmen. Debe ser también un decorado sin profundidad para no tener que deshacer el del claustro que se ha construido fijo para toda la obra. A la derecha, la ventana, y a la izquierda, la puerta; la cama (una cama de hierro con cortinas blancas) se encuentra a lo largo de la pared más cercana a la ventana. Algunas sillas en fila contra la pared del fondo y, a la derecha, bajo la ventana, una mesilla de noche. Cuando se levanta el telón, Teresa Martin está acostada en la cama, de cara al público, con el cuerpo levantado por unos almohadones. El capellán está delante de ella, dando la espalda a los espectadores. Lleva la estola y por los hombros el humeral. A su lado, pero de cara a la sala, una monja, con la cara tapada por un velo, lleva una vela encendida.

Escena I

Teresa Martin, el Capellán y una Religiosa

El Capellán

dando la comunión a Teresa Martin

Corpus domini nostri Jesu Christi custodiat animam tuam in vita aeternam. Amén…

Teresa cierra los ojos y se echa hacia atrás. La monja se dirige hacia la puerta de la enfermería, que había quedado abierta. El sacerdote la sigue, con el copón, cubierto por los extremos del humeral, contra el pecho. La monja toca una campanilla para anunciar el paso del Santísimo. Los dos personajes desaparecen, pero durante algún tiempo se oye todavía, cada vez más lejana, la campanilla. Esto, llena el silencio. Teresa sigue inmóvil.

Escena II

Teresa Martin y la Priora

Entra la Priora, llevando en la mano un ramo de violetas que da a Teresa Martin. Teresa abre los ojos.

La Priora

Su familia le envía este ramito…

Teresa Martin

con una voz alterada

¡Ah! ¡el perfume de las violetas!

(Teresa coge el ramo, va a llevárselo a la cara para

respirarlo, pero de pronto dice «no» con la cabeza y lo aleja.)

LA PRIORA, *con dulzura*

Yo le autorizo.

TERESA MARTIN

de la misma manera, a media voz

No. Nada más de la tierra…

LA PRIORA, *después de un silencio*

¿Ha pasado mala noche, Hermana Teresa?

TERESA MARTIN

La peor de todas. ¡Dios tiene que ser bueno para que pueda soportar lo que sufro!

LA PRIORA

¡Sí, yo no la hubiera creído capaz!

TERESA MARTIN

Tenía razón. Sola, no hubiera sido capaz: nunca he podido hacer nada completamente sola…

LA PRIORA

¿Cómo se encuentra esta mañana?

TERESA MARTIN, *sonriente*

Como el viajero del Evangelio de este día: *semivivo*… Mitad viva, mitad muerta…

LA PRIORA, *inclinándose hacia ella*

¿Qué le gustaría más: vivir o morir?

TERESA MARTIN

Dios elegirá por mí. Lo que Él decida, es lo que quiero… *(Silencio.)* Madre, usted sabe que hace mucho tiempo me ofrecí. Por tanto no habrá que extrañarse por nada… *(Con una voz sorda.)* «Víctima de amor»… ¡Es algo más que palabras! Ya veremos…

LA PRIORA

No hable: parece agotada…

TERESA MARTIN, *a media voz*

Un viajero cansado, agotado, que cae al llegar al final del viaje… *(Con un tono triunfante.)* ¡Pero yo caigo en los brazos de Dios! *(Dando un grito de dolor.)* ¡Oh!…

LA PRIORA, *levantándose y con una cierta dulzura*

¿Le duele mucho? ¡Me parece que usted está hecha para sufrir! ¡Su alma tiene el temple para eso!

TERESA MARTIN

¡Para sufrir con el alma, sí, mucho!… Pero con el cuerpo, soy como un niño pequeño: me quedo sin pensamiento y sufro de

minuto en minuto… *(Silencio. Teresa tiende los brazos hacia la ventana y dice con una voz sorda.)* Madre ¿ve usted, al lado de los castaños, ese agujero negro donde no se distingue absolutamente nada? Pues yo estoy en un agujero como ese, con el alma y con el cuerpo… ¡Sí, las tinieblas!… ¡pero a qué precio!

LA PRIORA

Además usted no está acostumbrada a sufrir en su cuerpo…

TERESA MARTIN

después de un silencio, tranquilamente

Ha llegado el momento de hablar… *(Discutiendo consigo misma, sordamente.)* Sí… sí… es preciso… *(A la Priora.)* He pasado un frío horrible, Madre.

LA PRIORA, *sobresaltándose*

¿Frío?

TERESA MARTIN, *despacio*

Hasta morir. A veces tardaba casi una hora para llegar a nuestra celda y desnudarme.

LA PRIORA

Tenía que…

TERESA MARTIN

interrumpiéndola con dulzura

Tenía que llegar hasta el final de mis fuerzas antes de quejarme.

LA PRIORA

Pues ha previsto bien sus fuerzas. En adelante será necesario que…

TERESA MARTIN

interrumpiéndola una vez más, pero con autoridad

Para mí todo está consumado. Pero en adelante será necesario que… *(corrigiéndose, humildemente)* sería necesario suavizar un poco en algunos casos. No tener en cuenta, al hacer observar la Regla, las diferencias de climas y de temperamentos, es… creo yo, sería pecar de imprudencia.

(Silencio. Se oyen varias campanadas repetidas. Teresa Martin sonríe.)

LA PRIORA, *con dulzura*

¿Por qué sonríe?

TERESA MARTIN

La campana vuelve a ponerme en el Tiempo; cierro los ojos y me imagino a cada una de mis hermanas en su empleo silencioso… *(Silencio.)* Yo soy el miembro inútil. Por eso mi muerte no causará la menor molestia a la comunidad…

LA PRIORA, *con fuerza*

Usted puede ser todavía útil a la Comunidad, Hermana Teresa,

teniendo una buena muerte…

TERESA MARTIN, *con dulzura*

Me gustaría mucho para darle gusto… ¡Pero recuerdo que nuestro Señor murió víctima de amor y fíjese cuál fue su agonía!

LA PRIORA, *después de un silencio*

¿Por qué no dice algunas palabras edificantes al doctor cuando viene a verla?

TERESA MARTIN

¡No va con mi manera de ser! Que el señor de Cornière piense lo que quiera… ¡No, le aseguro que en eso, estaría mal de mi parte hacer lo que usted desea!

LA PRIORA, *contrariada*

¡El pobre médico me ha confiado que su enfermedad tomaba una marcha desconcertante! ¿De qué se muere usted?

TERESA MARTIN, *casi con alegría*

¡Pues me moriré de muerte, es muy sencillo! ¿No lo dijo Dios a Adán: «Morirás de muerte…»? *(Bajando la voz.)* Pero la enfermedad me conduce muy despacio a la cita. No cuento más que con el amor…

LA PRIORA, *con alegría*

¿Y si se pusiera buena?

TERESA MARTIN, *entristecida*

Si Dios lo quiere… ¡Sin embargo, ir tan lejos para volver!…

LA PRIORA, *de la misma manera*

Eso me dispensaría de redactar su biografía para enviarla a los Carmelos del mundo entero… *(Cambiando de tono.)* A menos que usted misma me dispensara de hacerlo. Muchas hermanas lo hacen por humildad…

TERESA MARTIN

¿De verdad? ¡No lo comprendo! Es tan dulce conocerse ya, saber un poco con quien viviremos eternamente… *(Con alegría.)* Mi circular no le hará mucho mal. Y si Dios debe «dar a cada uno según sus obras», no sabrá qué hacer conmigo… ¡Pero no! ¡Me dará según sus obras!

(Una campanilla, diferente de la primera, suena muy lejos. Teresa Martin escucha. La Priora la mira sin que ella lo vea moviendo la cabeza.)

LA PRIORA, *con humanidad*

¡Pobre hermanita Teresa! Abandonar este mundo de costumbres y de caras… abandonar a sus hermanas…

TERESA MARTIN

¡Al contrario, si estaré más cerca de ellas! *(A media voz.)* ¡Al fin estaré cerca de ellas!…

LA PRIORA, *de la misma manera*

Abandonar a sus novicias…

TERESA MARTIN

casi con indiferencia

¡Ahora, las pongo en las manos de Dios! Por otra parte, yo solo me contentaba con echar a esos pajarillos, a la izquierda y a la derecha, los granos que Dios colocaba en mi mano… ¡Y ya no me ocupaba más!

LA PRIORA

ha ido hasta la puerta entreabierta, a la izquierda, donde se oía un murmullo:

Ahí están y quisieran verla…

TERESA MARTIN

Todavía les pertenezco.

ESCENA III

LAS CINCO NOVICIAS, TERESA MARTIN, y después la HERMANA SAN PABLO y la HERMANA SAN AGUSTÍN

La Priora introduce a las novicias haciéndoles una seña de no cansar a la enferma, y sale. Las novicias entran tímidamente y, a un gesto de Teresa, se sientan muy prudentes en las sillas, en fila. Teresa las mira un momento en silencio.

TERESA MARTIN

a la Hermana Clara, con dulzura

No hay que sentarse así, torcida en la silla… Lo dice la Regla… *(La Hermana Clara rectifica su posición.)* Qué, hermanitas, vienen a verme, que me estoy muriendo… *(Gestos de protesta.)* Sí, ustedes se dicen: «¡Cómo! algún día me pasará a mí. ¡Es increíble!» A mí también, en mi infancia, los acontecimientos de la vida me parecían de lejos, como montañas inaccesibles. Cuando veía a los mayores hacer la primera comunión, me decía: «¿Cómo haré yo?…» Más tarde, para entrar en el Carmen, tomar el Hábito, hacer la Profesión: «¡Cómo! ¿Yo también? ¿Pero cómo haré yo?…» Pues bien, para morir, es lo mismo…

LA HERMANA ELISABETH, *con dulzura*

Si es duro vivir en el Carmen, es dulce morir en él…

TERESA MARTIN

¡No, Hermana Elisabeth! Si es dulce vivir en el Carmen, es más dulce morir en él… *(Con firmeza.)* Además, ¿qué es la muerte? La separación del alma del cuerpo. ¡Yo no tengo miedo de una separación que me reunirá para siempre con Dios! *(Cerrando los ojos.)* Pero no, no es la muerte quien viene a buscarme, es Él…

LA HERMANA MÉLANIE

Y vendrá acompañado de los ángeles; ¡los verá resplandecientes de belleza!

TERESA MARTIN

¡No, Hermana Mélanie, esas imágenes no hacen ningún bien! Donde yo estoy solo puede uno alimentarse con la verdad… *(Sonriente.)* Por otra parte, los ángeles no son tan felices como yo: ellos no pueden sufrir…

LA HERMANA MARGARITA

con compasión

¿Sufre mucho, Hermana Teresa?

TERESA MARTIN

Sufro mucho, sí. Pero ¿sufro bien? Eso es lo que importa… Habría que ofrecer sus sufrimientos, lo sé. Pero no puedo obligarme a decir: «Dios mío, esto es por eso… Dios mío, esto es por aquello…» Yo le doy todo: ¡Él sabe bien lo que debe hacer con eso!

LA HERMANA CLARA

se levanta rápidamente para alejar las moscas que dan vueltas alrededor de la cama

¡Oh, qué moscas! ¡qué moscas!

TERESA MARTIN

¡Déjelas! Son mis únicas enemigas: ¡es preciso tener a alguien a quien perdonar!

LA HERMANA CLARA, *volviéndose a sentar*

¡Qué paciencia!

TERESA MARTIN

¿Yo? ¡Todavía no he tenido un minuto de paciencia! No es la mía: siempre se equivoca uno… *(Sonriendo.)* Pero alábeme de todas maneras: ¡me dará tanta vergüenza si me alaba que será

necesario que haga algo para merecer los halagos!

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

escondiendo de repente la cara en las manos

¿Cómo puede usted?… ¡No, nunca, nunca podré yo!

TERESA MARTIN, *con severidad*

¡Cállese! La gracia hablará más alto que la naturaleza… *(Con suavidad.)* ¡Uno se desanima y se desespera porque piensa en el pasado y en el porvenir, Hermana Margarita María! *(Despacio.)* Miré, yo solo sufro de instante en instante…

(La Hermana San Pablo entra por la izquierda. Lleva puesto el delantal blanco de enfermera y en la mano lleva un vaso con un líquido rojo.)

LA HERMANA SAN PABLO

¡Es la hora, Hermana Teresa!

(Le da el vaso, arregla maquinalmente la sábana y sale.)

TERESA MARTIN, *enseñando el vaso*

¡Miren este vaso! Parece lleno de un licor exquisito ¿verdad? Y sin embargo, no conozco nada más amargo… *(Bajando la voz.)* Es la imagen de mi vida: siempre ha sido sonriente a los ojos de los demás, pero estuvo llena de amargura, desde la infancia…

LA HERMANA ELISABETH

¡Sin embargo, usted tenía lo que quería!

TERESA MARTIN, *despacio*

Lo que quería, sí, pero nunca me concedí nada…

LA HERMANA CATALINA

¡Es verdad que no se puede nunca juzgar a los demás! De usted, Hermana Teresa, hubiera creído yo también…

TERESA MARTIN, *interrumpiéndola*

Y se ha equivocado *doblemente*, pues precisamente esta amargura hacía mi alegría…

LA HERMANA CLARA

viendo que la Hermana Teresa bebe la medicina a tragos pequeños:

Si es tan amargo ¿por qué no lo bebe de una vez?

TERESA MARTIN

¡Cada uno su manera, Hermana Clara!

(Teresa mira a todas las novicias. Silencio largo. Alegremente.)

A las ovejas se les esquila cuando viene el verano, pero este rebaño conserva sus trajes pesados en pleno mes de agosto… Dios nos devolverá esto, haber llevado hábitos gruesos en la tierra por su amor.

LA HERMANA MÉLANIE, *suspirando*

¡Sí, hoy hemos tenido mucho calor!

TERESA MARTIN

Entonces había que hacer como los tres Hebreos, pasearse por el horno cantando el cántico de amor… *(Bajando la voz.)* ¡Ah! ¡la noche que viene será calurosa!

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

¿Duerme bien o mal, Hermana Teresa?

TERESA MARTIN

Ni una cosa ni otra: ¡en absoluto! *(Cambiando de tono.)* Así que, juego para pasar el tiempo. Miren, por ejemplo, juego a la *Sagrada Familia*… Me imagino en los menores detalles la vida de los tres, en Nazaret… ¡Una vida completamente ordinaria, corriente, se lo aseguro! Las mujeres de la región venían a hablar con María, le pedían que les dejara a Jesús para jugar con sus niños. Y él, miraba a su madre para saber si podía ir… *Les estaba sumiso*, dice el Evangelio. ¡Qué sencillo es! *(Despacio.)* La tarde caía… Las chimeneas echaban humo todavía… José volvía del taller, cansado, con serrín en el pelo… Dios mío, la paz de Nazaret… ¡Danos la paz de Nazaret!…

(Un largo silencio.)

LA HERMANA MÉLANIE

Hermana Teresa, si quiere leer, le he traído un libro con ilustraciones, muy distraído…

(Se lo da.)

TERESA MARTIN

coge y hojea rápidamente el libro, después se lo devuelve diciendo bastante rudamente:

¿Cómo piensa usted que me puede interesar? ¡Estoy muy cerca de mi eternidad para querer distraerme con bagatelas! *(La Hermana Mélanie baja la cabeza, Teresa Martin le tiende las dos manos y dice con pena en la voz:)* ¡Oh perdóneme!… Me he dejado llevar de la naturaleza… Ruegue por mí… *(La Hermana Mélanie coge las manos de Teresa Martin y se las cubre de besos. Teresa Martin las retira inmediatamente.)* ¡Vamos! ¡unas manos que mañana estarán heladas, descompuestas enseguida!

LA HERMANA CLARA

echándose de rodillas a los pies de la cama

¡No, no! Dios hará un milagro por usted: ¡morirá en éxtasis después de la comunión y su cuerpo será preservado de la corrupción!

TERESA MARTIN

¡No! ¡Eso no se parecería en nada a mi camino! ¿Voy a salirme de él para morir? ¡No! Es preciso que las almas pequeñas no puedan envidiarme nada… *(Silencio.)* Morir después de comulgar… Más bien tengo miedo de que me nieguen la comunión de ahora en adelante, a causa *(bajando la voz)* de mis vómitos de sangre… *(Con fuerza.)* ¡Pero la muerte es la comunión eterna!

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

levantándose, después de un silencio, con una voz angustiada

¡Hermana Teresa, no irá a morirse por la noche, sola!

TERESA MARTIN, *firmemente*

No, lo he pedido. Así que no me moriré por la noche, créalo. E incluso… incluso hará muy bueno a la hora de nuestra muerte.

(La vieja Hermana San Agustín —que ha salido solamente en las Escenas II y III del Acto I— entra en este momento, las mira, y dice con autoridad.)

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

¡Qué! ¡Están aquí en fila como en un espectáculo, hermanas! ¡Van a cansar a la Hermana Teresa! ¡Denle las buenas noches, vamos!

(Las novicias se levantan, saludan a la enferma y salen. Teresa retiene a la Hermana Catalina, la observa un instante y le habla en voz baja.)

TERESA MARTIN

¿Todavía es la noche para usted, hermana mía? *(La Hermana Catalina hace señas de que «sí».)* ¡La esconde bajo sus alas como una gallina abriga a sus polluelos! Es la noche de la fe… *(Con autoridad.)* Pero ya no durará mucho más: yo la iluminaré… Buenas noches…

(La Hermana Catalina se inclina y sale.)

Escena III

Teresa Martin, la Hermana San Agustín, más tarde la Hermana San Benito

La Hermana San Agustín viene hacia Teresa, la mira y, moviendo la cabeza, dice a media voz

La Hermana San Agustín

¡He pedido tanto morir en su lugar… y mire!

Teresa Martin, *con viveza*

Yo he suplicado a Dios que no oiga ninguna oración que fuera un obstáculo al cumplimiento de sus planes sobre mí. Hay que dejarles hacer allá arriba: me parece que quieren ver hasta dónde llevaré mi confianza…

La Hermana San Agustín, *a media voz*

¡Es un juego cruel!

Teresa Martin

¡Ganaré más así! Yo me abandono como un niño: los pequeñitos no saben jamás lo que harán con ellos ¿y se inquietan por eso alguna vez? *(Silencio.)* Hoy era día de lavar. ¡Pobres Hermanas! Me daría vergüenza no haber sufrido con ellas… *(Silencio.)* ¿En qué piensa, Hermana?

La Hermana San Agustín

yendo hacia la puerta

Estoy pensando de repente que acaba de recibir el Santo Viático y que no han dejado de molestarla durante su acción de gracias.

TERESA MARTIN

¡Es verdad… pero quédese! La mejor acción de gracias es la de estar a la disposición de todos… *(Silencio largo.)* He llegado a ser de tal manera, Hermana San Agustín, que lo único que brilla a mis ojos en cada ser, es el amor, el amor solo. Y usted… *(bajando la voz)* ¡usted se me aparece resplandeciente!

LA HERMANA SAN AGUSTÍN, *despacio*

¡Yo amé su alma desde el primer día, hijita mía!

TERESA MARTIN, *sonriendo*

¡Por eso desconfié de usted desde el primer día! Tenía el tiempo contado y no tenía lugar para la dulzura…

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

Tardé mucho tiempo en comprenderlo.

TERESA MARTIN

¡Pero le devolveré todo eso! Devolveré todo cuando no tenga el tiempo contado… *(Llaman a la puerta y enseguida después entra la Hermana San Benito. Teresa Martin dice a media voz.)* ¡Ah! ¡es la hora!

(La Hermana San Benito padece una anemia cerebral tan fuerte que casi no habla y parece no oír. Ha vuelto a caer en la infancia, y su manera de andar lo hará comprender. Se

adelanta hasta los pies de la cama, pone las dos manos sobre la barra de hierro y se queda ahí, sonriendo beatamente, mucho tiempo. Teresa se esfuerza en sonreírle. Al cabo de un momento, la Hermana San Agustín coge a la vieja hermana por el brazo, le dice «¡Vamos!» y la conduce a la puerta y después vuelve hasta la cama.)

TERESA MARTIN, *cansada*

¡Y así todas las noches!…

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

Es penoso que a uno le miren sonriendo cuando sufre…

TERESA MARTIN, *con fuerza*

Mucho. Pero al final todo se paga… *(Intentando levantarse sobre los almohadones.)* Ayúdeme, Hermana María, por favor. *(La Hermana San Agustín ayuda a Teresa Martin que da un grito de dolor.)* Perdóneme…

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

¿Qué es este hábito que lleva usted?

TERESA MARTIN

Mi nuevo traje: el primero desde mi toma de hábito… ¡Era hora!

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

¡Pero le va muy mal! ¿No le molesta?

TERESA MARTIN

¡No más que si fuera el de un chino a dos mil leguas de aquí!

LA HERMANA SAN AGUSTÍN

Bueno, la dejo: aquí están sus hermanas…

TERESA MARTIN

¡Todas son mis hermanas!

(La Hermana San Agustín abre la puerta y deja pasar a la Madre Inés de Jesús, después sale, pasando delante de la Hermana María del Sagrado Corazón y de la Hermana Genoveva de la Santa Faz que entran después.)

ESCENA IV

TERESA MARTIN, la MADRE INÉS DE JESÚS, la HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN y la LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

Entran muy de prisa y rodean la cama

LA MADRE INÉS DE JESÚS

Mi pequeña, mi pobre pequeña…

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

Teresa…

TERESA MARTIN

¡Cómo! ¡Lloran como los que no tienen esperanza!

LA HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

a media voz

Ver en este estado a nuestra *pequeña Teresa*…

TERESA MARTIN

La Virgen tuvo sobre sus rodillas a su *pequeño Jesús* desfigurado, sin una gota de sangre… ¡Era otra cosa diferente de lo que ven ahora! Si no tuviera esas tentaciones contra la fe, esa prueba que es imposible de comprender, ¡me moriría ahora mismo con la idea de morir muy pronto! *(Silencio. Despacio.)* «Romped el lienzo de este dulce encuentro…»

LA MADRE INÉS DE JESÚS, *con tristeza*

Ni siquiera muere usted en mis brazos…

TERESA MARTIN

Es mejor así: nuestra Madre Priora representa a Dios. Con usted, hubiera habido un sentimiento demasiado natural…

LA HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

con cierta amargura

¡Hasta el final, Teresa, habrá luchado hasta el final contra la naturaleza!

TERESA MARTIN, *inflamada*

¡Hermanitas mías, saben muy bien que yo no podía ser o una cosa u otra!

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

Habíamos llegado a no conocer siquiera sus pensamientos…

TERESA MARTIN

mirándola, la señala con el dedo

¡Sin embargo he dado más a la Hermana Genoveva, que fue mi novicia, que lo que hubiera dado en el mundo a mi hermana Celina! *(Silencio.)*

LA HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

con dulzura

¡Por lo menos nos mirará desde allá arriba!

TERESA MARTIN

con una fuerza sorprendente

No, yo bajaré… ¡Créanme: es mejor para ustedes que yo me vaya!

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

ocultándose la cara entre las manos

¡Oh, Teresa!

TERESA MARTIN, *con autoridad*

¡Sí, sí! Escúchenme. De ahora en adelante seré la hermana mayor: más cerca de la muerte que ninguna de ustedes… ¡Es bueno que me vaya. Mientras estoy prisionera, no puedo cumplir mi misión, pero mañana será el tiempo de las conquistas! *(Sentándose en la cama.)* Sí, siento que mi misión va a empezar: mi misión de hacer amar a Dios como yo lo amo, de dar mi camino a las almas… Si mis deseos son escuchados, mi cielo estará en la tierra hasta el fin del mundo. Hasta ahí, mientras haya almas que salvar, no podré tomar ningún descanso… Pero cuando el Ángel diga: «¡El Tiempo no existe ya!» entonces descansaré… *(Despacio)*. Quiero pasar mi cielo haciendo el bien en la tierra…

LA MADRE INÉS DE JESÚS, *a media voz*

¡Dios lo permita!

TERESA MARTIN, *con fuerza*

¡Seguro que hará mi voluntad ya que yo no hice nunca más que su voluntad en la tierra! Mi misión se cumplirá, a pesar de los celos… Pero no todo el mundo me querrá, estoy segura… *(Apretando las manos de la Madre Inés de Jesús con una especie de angustia.)* ¡Pero decid a todos después de mi muerte que he sufrido mucho! Si no, lo que he escrito no significará nada… El sello de la Cruz… Solo él existe… Solo él atestigua lo auténtico… *(Vuelve a echarse.)*

LA HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

después de un silencio

¡Bienaventurada la que fue elegida para enseñar a las almas un camino nuevo!

TERESA MARTIN

Yo o cualquier otra… Con tal de que este camino haya sido enseñado ¡qué importa el instrumento! (*Silencio largo. Después, con una angustia inmensa.*) La noche empieza a caer…

LA MADRE INÉS DE JESÚS

Pero nosotras estamos aquí, alrededor suyo…

TERESA MARTIN

con una voz oprimida

¡No, en mi noche no hay nadie, nadie! *(Da un grito.)* ¡Es tan misterioso! Yo sufro por otras almas… Y Él no quiere… *(Silencio. En voz baja.)* ¡Oh! ¡coged mi cabeza entre las manos! *(La Madre Inés de Jesús va a hacerlo.)* No, hablaba a la Virgen. ¡Ah! *(Se tranquiliza un momento y después vuelve a luchar.)* Ni… siquiera… poder hablar… ¡Oh! ¿qué va a ser de mí?… Ya no tengo más que las manos libres… *(La Madre Inés de Jesús se las junta suavemente.)* El aire de la tierra me falta. ¿Cuándo tendré el aire del cielo?… *(Silencio. Después da un grito desgarrador.)* ¡No!… ¡No!… *(Con las manos, aleja cosas invisibles.)* ¡No!… *(Vuelve a caer sobre la cama y dice con una voz sorda.)* «¡Líbranos… de los fantasmas… de la noche!…» ¡Oh! ¡cuánto hay que rezar por los agonizantes!… ¡Si se supiera!… *(Ahora tendrá una crisis de*

opresión terrible. Solo se oirá su respiración ronca y jadeante. Las tres hermanas se han arrodillado y dicen juntas el «Ave María». Por fin, la respiración se tranquiliza y se hace regular. Teresa hablará, hasta el final de la escena, con una voz débil pero tranquila. Tiende una mano hacia sus hermanas.) ¡No! ¡arrodilladas no…, sentadas!… *(Las hermanas obedecen. Un largo silencio.)* Vayan a dormir ahora, hermanitas… ¡Sí, sí! Yo lo quiero…

LA MADRE INÉS DE JESÚS

La Hermana Genoveva la velará esta noche…

LA HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

Y rezaremos por usted.

(Las dos se inclinan sobre Teresa, la miran intensamente, se inclinan delante de la Hermana Genoveva y salen.)

ESCENA V

La Hermana Genoveva enciende una vela, va a cerrar la ventana pero de repente se queda quieta, y Teresa, desde la cama, vuelve la cara hacia la ventana. Se oye un ruido de alas y un arrullo; una tórtola se posa en el alféizar de la ventana, se para un instante y después se marcha volando. La Hermana Genoveva la sigue con la mirada levantando la vela y se vuelve hacia Teresa.

TERESA MARTIN y la HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

¡Una tórtola! Es la primera vez que se posa una en nuestro jardín…

TERESA MARTIN, *levantando un dedo*

«Se deja oír el arrullo de la tórtola…»

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

continuando

«… Levántate, amada mía, paloma mía, y ven, porque ha pasado el invierno…» *(Se miran las dos en silencio. Después la Hermana Genoveva deja la vela y coge dos libros que llevaba consigo. Abre uno.)* ¡Ah! le he traído una lectura muy bonita sobre la vida de san Francisco, que habla de flores y de pájaros…

TERESA MARTIN, *inquieta*

En mi libro yo también hablo de flores y de pájaros —¡quizá demasiado! ¿Cree usted que solo se verá eso?

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

tranquilizándola

Lo que ha hecho un san Francisco de Asís es la humildad y no «nuestra hermana abeja…» *(Silencio. Cogiendo el otro libro.)* Le he encontrado también un buen pasaje sobre la bienaventuranza eterna…

TERESA MARTIN

¡La bienaventuranza!… *(Silencio.)* ¡No, no es eso lo que me atrae… es el amor! Amar, ser amada, y volver a la tierra para hacer amar al amor… *(La Hermana Genoveva cierra el segundo libro.)* Hermana Genoveva, coja más bien el Evangelio *(lo señala sobre la mesilla de noche)* y ábralo al azar; siempre he encontrado así mi alimento de cada momento…

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

coge el libro, se sienta de nuevo, abre al azar y lee

«… ya resucitó, no está aquí; mirad el lugar donde lo pusieron…» *(Se interrumpe y mira a Teresa.)*

TERESA MARTIN

Sí, es eso: parece que he resucitado… Ya no estoy en el lugar en que me creen… El Señor me ha cogido y me ha puesto ahí… ¡No os preocupéis pues por mí, pase lo que pase! *(Pronuncia estas últimas palabras con dificultad.)*

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

levantándose

¡Tiene la boca seca! ¿Quiere un poco de agua fresca?

TERESA MARTIN, *con viveza*

¡Tengo verdaderamente ganas!

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

con una voz triste

Nuestra Madre la obliga a pedir lo que le es necesario… Hermana Teresa ¡hágalo por obediencia!

TERESA MARTIN, *con firmeza*

Tengo verdaderamente ganas… Pero necesario ¡no! no me es necesario.

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

con autoridad

¡Sí! *(Va a buscar un vaso de agua y se lo da Teresa.)* ¡Beba! pero despacio… *(Vuelve a sentarse; y mientras Teresa bebe lentamente, la cabeza de la Hermana Genoveva se inclina: está muerta de sueño. Teresa le devuelve el vaso y se queda así durante algún tiempo, con el brazo extendido, sin hacer nada por despertarla. La Hermana Genoveva se despierta sola.)* ¡Oh, perdón! ¿Hace mucho tiempo que…? ¿Pero por qué no me ha llamado?

TERESA MARTIN

Vaya a dormir, Hermana Genoveva: ¡no puede más de cansancio!

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

¡De ninguna manera!

TERESA MARTIN

Me encuentro mucho mejor… No me pasará nada esta noche. Se

lo suplico, Hermana Genoveva… *(La Hermana Genoveva dice «no» con la cabeza.)* Te lo ruego, Celina…

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

casi capitulando

Duermo al lado… ¡pero no puedo dejarla sola!

TERESA MARTIN

No, sola no… *(Designando un rincón de la enfermería.)* Acerque a la vela la Santa Faz… (*La Hermana Genoveva acerca a la cama la imagen de la Santa Faz*[1] *que aparece a la luz.)* Gracias. ¿Quién podrá decir que estoy sola? Buenas noches, hermana Genoveva… Buenas noches… *(La Hermana Genoveva se inclina durante algún tiempo sobre Teresa, bosqueja una bendición y sale en silencio. Quedan en escena la Santa Faz, la vela que la ilumina con una luz viva, y Teresa Martin, la cara vuelta hacia ella. Silencio. Después Teresa dice lentamente.)* Afortunadamente que tiene los ojos cerrados… ¿cómo entrever su verdadera mirada sin morir de alegría?… *(Silencio.)* «… No tiene hermosura, ni belleza. Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores… Se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada…»

(Mientras recitaba estas palabras, un telón transparente desciende despacio. Las dos escenas siguientes se representarán delante de este telón detrás del cual se continuarán viendo vagamente y como irreales, la vela, la Santa Faz y Teresa, inmóvil.)

ESCENA VI

LA HERMANA SAN PABLO y la HERMANA SAN JOSÉ

Las dos hermanas entran en el escenario por la derecha y van hasta la mitad del proscenio; al llegar aquí, se paran y hablan a media voz.

LA HERMANA SAN JOSÉ

No hay nada que hacer, ¿verdad?

LA HERMANA SAN PABLO

¡Es decir, es sorprendente que viva todavía!

LA HERMANA SAN JOSÉ

Ha sido tan repentino…

LA HERMANA SAN PABLO

Algunos pretenden que estaba enferma desde hacía mucho tiempo, pero yo no lo creo: ¡lo habríamos sabido!

LA HERMANA SAN JOSÉ

Naturalmente. Además no tiene el aspecto de sufrir demasiado…

LA HERMANA SAN PABLO

¿Quiere que le diga la verdad? ¡La enfermedad encontraba toda clase de facilidades en una hermana muy joven que vivía sin esfuerzo, que jamás había tenido contrariedades!

LA HERMANA SAN JOSÉ

¡Pero ha practicado la virtud!

LA HERMANA SAN PABLO

Sí, desde luego, pero en fin, de ahí a hablar como de una santa… ¡No era en absoluto una virtud adquirida por las humillaciones y el sufrimiento! ¡Todo eso, sabe usted *(duda)*, todo eso no es más que poesía!

LA HERMANA SAN JOSÉ

No sé lo que nuestra Madre podrá decir de ella en la circular.

LA HERMANA SAN PABLO

Sí, realmente. Por muy amable que sea, esta hermana no ha hecho nada que valga la pena de ser contado.

LA HERMANA SAN JOSÉ

Existe ese famoso manuscrito…

LA HERMANA SAN PABLO

encogiéndose de hombros

¡Bah! ¡Otra vez la poesía!

LA HERMANA SAN JOSÉ

¡Salgamos! Aquí llega nuestra Madre con el médico…

(Se tapan la cara con el velo y salen rápidamente por la izquierda. Por la derecha entran la Priora con la cara tapada y el médico. Atraviesan lentamente la escena de derecha a izquierda hablando.)

Escena VII

El Médico y la Priora

Ella lleva un velo sobre la cara

El Médico

Nunca he visto esta forma de enfermedad de pecho. Es horrible lo que soporta esta joven religiosa…

La Priora

¿Está perdida?

El Médico

¡Cien veces! ¡Y desde hace tiempo! Incluso hay algo de anormal en su caso…

La Priora

¿De anormal?

El Médico

¿Cómo decir? Tengo la impresión —es estúpido quizá— de que sufre por dos, por tres…

La Priora, ***después de un silencio***

¿Es mejor tenerla sentada o echada?

El Médico

Sentada. Pero sus huesos le traspasan la piel: ¡es como si la sentaran sobre hierros puntiagudos!

LA PRIORA

Parece que beber la alivia un poco…

EL MÉDICO

Es más o menos como si vertiera fuego sobre fuego, La tuberculosis ha ganado los intestinos, comprende usted, y ahí empieza la gangrena…

(Han llegado a la derecha del escenario y salen hablando. La cama, la vela y la Santa Faz quedan un momento iluminados detrás del telón transparente; después, se apaga la vela y todo cae en la noche, excepto la parte de delante del escenario por donde pasan en silencio, durante algunos momentos, las hermanas rezando o llevando cosas, a pasos diferentes, y cruzándose como durante el Acto I. Por fin, todas desaparecen por la izquierda y por la derecha, y aparece iluminada la enfermería después de levantar el telón transparente. La Priora y las tres hermanas de Teresa Martin rodean la cama. Es por la tarde, la ventana está cerrada y hace un tiempo horrible: viento y lluvia.)

ESCENA VIII

TERESA MARTIN [2], la PRIORA, la MADRE INÉS DE JESÚS, la HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN, la HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ, y, después las demás HERMANAS

TERESA MARTIN, *a la Priora*

¿Es hoy, Madre? *(La Priora hace señas de que «sí».)* ¡Morir en la cama, yo!… *(Extiende la mano hacia el crucifijo que está en la mesilla de noche. La Madre Inés se lo pone entre las manos. Teresa mira al crucifijo.)* Está muerto… Prefiero que lo representen muerto: pienso que no sufre ya… *(Tiene una crisis de opresión, apenas puede respirar.)* Madre ¿es la agonía? *(La Priora hace señas de que «sí».)* ¿Cómo voy a hacer para morir? ¡Nunca sabré!… ¡Ah! *(Ha dado un grito de dolor. Nueva crisis de ahogo. Sin embargo murmura con una voz extraña.)* ¡Sí, Dios mío! ¡Lo quiero todo!…

LA PRIORA, *inclinándose sobre ella, emocionada*

¿Es tan atroz lo que sufre usted?

TERESA MARTIN

Atroz, no… pero mucho… mucho… justo lo que puedo soportar… *(Crisis de opresión. Solo se oye la respiración espaciada, angustiosa. Por fin dice:)* Sufrir… sufrir… ¡Se emplea demasiado esta palabra! No se puede saber… hay que sentirlo… *(Con fuerza.)* ¡Ah! ¡todo lo que he dicho y escrito es verdad EN TODO! *(Silencio. Un grito de dolor y después:)* Si esto es la agonía ¿qué será la muerte?… (Se *oye solo) la respiración jadeante*.)

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

inclinándose hacia ella

¡Teresa, una palabra, una mirada para tu Celina!

TERESA MARTIN

mirándola, despacio

Ya he dicho todo… todo se ha cumplido… solo importa el amor… *(La Hermana Genoveva cae de rodillas. Dan las tres. Poniendo el crucifijo sobre su pecho, Teresa extiende los brazos en cruz. La Madre Inés y la Hermana María le cogen una mano cada una y se arrodillan a los lados de la cama.)* No puedo respirar… no puedo morir… *(Silencio.)* Acepto sufrir todavía…

(El telón transparente cae de nuevo. Durante lo que sigue, se oirá solamente la voz de la Madre Inés, mientras que, detrás del telón se representará exactamente lo que cuenta la voz. El relato, por supuesto, habrá sido grabado antes, ya que la Madre Inés, debe representar su propio papel en las escenas mimadas. Se ve primero a la Madre Priora retirarse y a la Hermana María encender una vela.)

LA VOZ DE LA MADRE INÉS DE JESÚS

Hacia las cinco, estábamos solas al lado de ella; su rostro cambió súbitamente: empezaba la última agonía… Yo avisé a nuestra Madre que llamó a la Comunidad… Cuando las Hermanas entraron en la enfermería, Teresa las acogió con una sonrisa… Tenía el crucifijo en sus manos y lo miraba constantemente. Durante más de dos horas, un estertor terrible le desgarró el pecho. Tenía la cara congestionada, las manos violáceas; tenía los pies helados y temblaba en todos sus miembros. Un sudor abundante caía en gotas enormes sobre su frente y le corría por la cara. Solamente podía respirar ya dando gritos muy débiles…

A las seis, cuando tocaron el *Angelus*, levantó los ojos suplicantes hacia la estatua de la Virgen.

A las siete y unos minutos, la Madre Priora, creyendo que su estado era estacionario, despidió a la Comunidad…

(El telón transparente se levanta otra vez cuando las Hermanas acaban de salir.)

TERESA MARTIN

con una voz suplicante

Madre, ¿no es la agonía todavía? ¿No voy a morir?

LA PRIORA, *con dulzura*

Sí, hija mía, es la agonía… Pero Dios quiere tal vez prolongarla algunas horas…

TERESA MARTIN

¡Bueno, vamos, vamos!… ¡No quisiera sufrir menos tiempo!… *(Sentándose en la cama y abrazando el crucifijo!)* ¡Oh! lo ¡amo!… ¡Dios mío!… ¡Yo… os… amo!…

(De repente, cae suavemente hacia atrás, con la cabeza inclinada a la derecha.)

LA MADRE INÉS DE JESÚS, *gritando*

¡Se acabó!

LA PRIORA, *a la Hermana Genoveva*

¡Toque! ¡Toque de prisa! *(La Hermana Genoveva se levanta y toca muy seguida la campana de la enfermería. La Priora va la puerta, la abre de par en par y grita:)* ¡Abran todas las puertas!… ¡Abran todas las puertas!…

(Se oye este grito repetido por varias voces, y ruidos de puertas que se abren. Las Hermanas entran, se arrodillan y

empiezan a decir las oraciones por los agonizantes. De pronto…)

LA HERMANA MARÍA DEL SAGRADO CORAZÓN

casi gritando

¡Miren!

(Todas las Hermanas miran: Teresa Martin se ha incorporado en la cama. Su cara está resplandeciente de frescor; sus ojos están fijos en lo alto; sonríe y hace varios movimientos de cabeza.)

LA HERMANA GENOVEVA DE LA SANTA FAZ

El éxtasis…

(Las hermanas empiezan de nuevo a rezar, pero un poco más fuerte. La Hermana María del Sagrado Corazón se levanta, coge la vela encendida e, inclinándose sobre Teresa, se la pasa varias veces por delante de los párpados sin que Teresa parpadee. En este momento, la ventana se abre sola; el viento apaga la vela; un espléndido rayo de sol inunda el cuarto que un cielo de tormenta ensombrecía hasta entonces. Se oye una explosión de cantos de pájaros.)

LA HERMANA MARGARITA MARÍA

murmurando

«Hará bueno a la hora de nuestra muerte…»

(Todo esto ha durado veinte segundos. Teresa Martin cae entonces hacia atrás y cierra los ojos. Se ha terminado. Se oye llorar a sus tres hermanas. De pronto, la vieja Hermana San Benito se levanta, se acerca a la cama y, a través de los barrotes, apoya la frente contra los pies de Teresa. Se levanta entonces, erguida, desconocida, y, vuelta hacia la Priora:)

LA HERMANA SAN BENITO, *casi gritando*

¡Madre, estoy curada!

LA HERMANA CATALINA

(Se levanta también, con la mirada en el cielo, y la cara resplandeciente.)

¡Yo también!

LA PRIORA

colocando una corona de rosas sobre la frente de Teresa Martin:

Ella también…

CAE EL TELÓN

y se echan las campanas al vuelo. Primero discretamente, van subiendo de tono hasta aturdir y llenar la sala.

Notas

[1] Prescindiendo del anacronismo, la Santa Faz será una foto muy grande del rostro del Santo Sudario de Turín, detrás de un cristal, sin cuadro ni marco. Estará puesta sobre un caballete invisible o sobre un mueble, pero de manera que pueda ser quitada rápidamente, así como la vela, justo antes de la escena VIII. < <

[2] Hasta el final, Teresa Martin hablará con una voz débil, cada vez más oprimida y trágica. Estas indicaciones valen ya para siempre, para no cansar la lectura. < <